

# SUPLEMENTO ANTROPOLÓGICO

<i>Patricio Dobrée</i>	¿Cómo se las arreglan para sostener la vida? Prácticas, experiencias y significados del cuidado entre mujeres pobres que viven en el Bañado Sur de Asunción	7
<i>Caroline E. Schuster</i>	Finanzas y fantasmas: Parentesco y nuevas prácticas mortuorias en la frontera paraguaya	167
<i>Cristhiano Kolinski</i>	El grupo tradicional Kamba Cuá: Música y danza en la formación del movimiento político-identitario afro-paraguayo	199
<i>Joaquín Ruiz Zubizarreta</i>	Enemigos afines. Parentesco, canibalismo y transformación en la mitología guaraní	285
<i>Marcelo Bogado</i>	Los descendientes del Cacique Guairá y del Cacique Paragua	323
<i>Pedro R. Caballero C.</i>	Nacionalismo y Antropología. La influencia del Nacionalismo en la construcción de la memoria colectiva en el Paraguay 1936-1989	377



Universidad  
**Católica**  
"Nuestra Señora de la Asunción"

Revista del Centro de  
Estudios Antropológicos  
Asunción del Paraguay

**¿Cómo se las arreglan para sostener la vida?**  
*Prácticas, experiencias y significados del cuidado entre mujeres pobres que viven en el Bañado Sur de Asunción*<sup>1</sup>

*How are you fixed to sustain life?*  
*Practices, experiences and meanings of care among poor women living in Bañado Sur de Asunción*

Enviado: 25/06/2018

Aceptado: 28/09/2018

**Patricio Dobrée**<sup>2</sup>

**Resumen**

El cuidado es una actividad feminizada que engloba aquellas prácticas necesarias para la supervivencia y el bienestar de las personas en lo cotidiano. Para las familias pobres, el cuidado forma parte de las estrategias de subsistencia que despliegan con el fin de lograr su reproducción como grupo. Este artículo expone los resultados de una investigación sobre las prácticas, las experiencias y los significados asociados al cuidado entre un grupo de mujeres que viven en el Bañado Sur de Asunción. Los datos sobre los que se apoya fueron obtenidos por medio de técnicas etnográficas. Su principal conclusión es que estas mujeres están condicionadas por esquemas de percepción que refuerzan el rol reproductivo que la sociedad les asigna y que los cuidados que prestan tienen un doble efecto: actúan como paliativo de la pobreza y a la vez contribuyen a profundizarla.

---

1 Este artículo presenta una versión adaptada y resumida de una memoria presentada en el marco de la Maestría en Antropología Social de la Universidad Católica "Nuestra Señora de la Asunción" como requisito para la obtención del título de Magíster en Antropología Social.

2 Investigador del Centro de Documentación y Estudios (CDE).

## **Palabras clave**

Cuidados. Reproducción social. División sexual del trabajo. Pobreza urbana. Género.

## **Abstract**

Care is a feminized activity that includes those practices necessary for the survival and well-being of people in everyday life. For poor families, care is part of the subsistence strategies that they perform in order to achieve their reproduction as a group. This article presents the results of an investigation about the practices, experiences and meanings associated with care among a group of women living in the Bañado Sur of Asunción. The data on which it is supported were obtained through ethnographic techniques. Its main conclusion is that these women are conditioned by perceptions that reinforce the reproductive role that society assigns them, and that the care they provide has a double effect: acts as a palliative of poverty and at the same time contributes to deepen it.

## **Key words**

Care. Social reproduction. Sexual division of labor. Urban poverty. Gender.

## Introducción

La sostenibilidad de la vida, en todos sus procesos y formas, se encuentra ligada de manera indisoluble con el cuidado. Como introducción a este estudio, la afirmación puede resultar de entrada un poco vaga y ambigua. ¿De qué vida estamos hablando? ¿Qué implica sostenerla? ¿Cuál es el significado del cuidado? Poner el acento en la vida nos lleva a un terreno sin lugar a dudas muy amplio, con profundas connotaciones filosóficas, donde convergen múltiples dimensiones de lo humano, así como también de lo que excede sus propios límites. Y justamente en esta compleja y vasta extensión es donde sitúo el foco de atención.

La definición de la vida consiste en un proyecto por demás ambicioso y siempre inacabado, que ha estado en el centro del pensamiento filosófico desde sus orígenes. No es mi propósito reseñar aquí los esfuerzos intelectuales realizados para abordar este tema desde muy distintas perspectivas, tarea que excede mis capacidades y obviamente los fines de este trabajo. Sin embargo, quisiera dejar en claro que cuando menciono la vida me refiero a esa multiplicidad de procesos biológicos, sociales y culturales que ocurren desde el momento en que nacemos, que nos permiten desarrollarnos como personas y que nos conectan con otros seres humanos y con la naturaleza que nos rodea dando forma y sentido al mundo que habitamos. Este es el espacio existencial que ocupamos como seres humanos y donde procuramos crear las condiciones necesarias para lograr aquello que definimos como bienestar.

¿Y qué tiene que ver el cuidado con todo esto? Pues bien, la respuesta es que para que haya vida es necesario cuidarla. Todos los seres humanos necesitamos cuidados para poder vivir bien. Cuidar, en la acepción más básica y elemental del término, consiste en realizar una actividad concreta para ayudar a otra persona a efectuar algo que no puede hacer por sí misma. Dar de comer a un niño muy pequeño, acompañar durante un paseo a una anciana o suministrar sus medicinas a una persona enferma son tareas de cuidado. Pero el cuidado no se reduce a las acciones centradas en personas con algún nivel de dependencia, que por su edad o por alguna otra razón tienen menos capacidad para valerse por sí mismas. Aunque a veces nos cueste reconocerlo, los seres humanos requerimos cuidados

durante todas las etapas de nuestro ciclo de vida. Cuando llegamos a la adultez, pese a que logramos mayor autonomía, no dejamos de precisar alimentos que alguien debe preparar o una casa habitable donde vivir, así como muchas veces necesitamos que alguien se ocupe con afecto de nosotros en circunstancias desfavorables. Como seres interdependientes, el apoyo y la asistencia de otras personas resultan fundamentales para que nuestras vidas tengan continuidad.

Sin embargo, a pesar de su relevancia para el sostenimiento de la vida, el cuidado es una actividad que comúnmente pasa desapercibida y es socialmente poco reconocida. Por lo general, su responsabilidad se transfiere al ámbito de las relaciones privadas bajo el supuesto de que las familias, y en particular las mujeres, son las principales encargadas de proveer bienestar a las personas. La naturalización de este modelo organizativo tiene distintas implicancias. Por un lado, confina la reproducción social al plano doméstico, con lo cual libera a otros agentes de este compromiso. Esto es particularmente beneficioso para los mercados, porque así obtienen de manera gratuita el trabajo necesario para reproducir cotidianamente la fuerza laboral que los sostienen. Ello se logra mediante un sistema de representaciones que consagra el valor de lo que se produce para la esfera mercantil a la par que resta importancia a lo que se sucede en ámbitos desmercantilizados como el espacio doméstico. Por otro lado, dicho modelo contribuye a la persistencia de las desigualdades desde el momento en que ubica en una posición subalterna a determinados sectores de la población mediante una separación artificial y jerárquica de las esferas productiva y reproductiva. Estas diferenciaciones se producen mediante el reconocimiento de derechos para quienes se desenvuelven en la primera y la limitación o directa negación de los mismos para quienes son asociados a la segunda.

Para las personas que viven en contextos de pobreza, esta clase de configuraciones tiene un significado particular. Al encontrarse mayormente excluidas de los procesos de producción, distribución y consumo de la economía mercantil, buscan solventar sus necesidades materiales y simbólicas mediante otros mecanismos. El cuidado entonces se presenta como un recurso que permitiría generar algunas condiciones, aunque

sea mínimas, de bienestar y de protección en un marco de vulnerabilidad material y simbólica. Pero como dicha actividad se realiza por fuera o en los bordes del mercado, el valor social atribuido a esta alternativa suele ser ínfimo.

Con dicho panorama como telón de fondo, la investigación que aquí se introduce pretende contribuir a conocer de modo más detallado las prácticas del cuidado y a comprender mejor su significado desde la perspectiva de un grupo humano específico constituido por las personas que viven en el Bañado Sur de Asunción. Dicho con otras palabras, su finalidad consiste en saber cómo las personas que viven en un contexto de pobreza urbana resuelven algunas de sus necesidades más elementales para reproducirse como grupo social y sostener diariamente la vida y cómo estas mismas personas interpretan y experimentan lo que hacen.

Los datos empíricos utilizados para abordar esta tarea fueron recogidos a lo largo de un proceso de trabajo de campo que duró aproximadamente 5 meses comprendidos entre febrero y junio de 2016. Esta labor se llevó a cabo durante un período en que las personas que viven en los distintos barrios del Bañado Sur tuvieron que abandonar sus hogares debido a la crecida del río Paraguay para asentarse provisoriamente en campamentos montados en diversos espacios públicos de la ciudad de Asunción. El trabajo de campo supuso la realización de entrevistas a mujeres bañadenses, la participación en actividades y talleres organizados con agentes de la comunidad y la observación participante en distintos momentos de la cotidianidad de estas personas.

El resultado es un informe que consta de siete secciones o apartados. La primera de ellas es la más breve y se refiere a los estudios realizados en Paraguay que han tomado como objeto al cuidado. Aquí también se definen los objetivos generales y específicos de la investigación. La segunda presenta una sintética reseña de algunos aspectos conceptuales clave utilizados para interpretar el asunto del cuidado desde el punto de vista de la antropología. Seguidamente, la tercera sección desarrolla el marco metodológico utilizado para producir esta investigación. La cuarta sección tiene como finalidad ubicar su contexto y para ello expone un panorama general de la historia y de la situación demográfica, social y

económica actual del Bañado Sur de Asunción. En la quinta sección, se realiza una descripción de las principales prácticas de cuidados observadas en el Bañado Sur y de los agentes que se encuentran involucrados<sup>3</sup>. Luego, en la sexta sección, se abordan los significados y las experiencias que las informantes atribuyen al cuidado asociándolo a cuestiones como la familia, la experiencia de la maternidad y la formación de redes de intercambio de recursos. Finalmente, la séptima y última sección, presenta las conclusiones de la investigación con un foco de orden más teórico.

### **1. El cuidado como objeto de estudio en Paraguay: Avances y cuestiones pendientes**

El cuidado como un tipo de trabajo invisible y socialmente no reconocido fue estudiado por numerosas pensadoras feministas a partir de la mitad del siglo XX, muchas de ellas bajo la influencia de una tradición marxista, quienes observaron que la asociación de las mujeres al trabajo reproductivo constituía una de las principales barreras para su emancipación en el contexto de sociedades patriarcales y capitalistas.

La investigación sobre el cuidado a partir de ese momento se centró en la discusión conceptual de esta noción y en la producción de datos empíricos que pusieran en evidencia su desigual distribución. En este marco, se produjo una amplia literatura teórica sobre el tema, se realizaron encuestas de uso del tiempo, se intentó cuantificar el aporte del trabajo reproductivo a las economías nacionales y se investigó de manera puntual cuestiones como el rol maternal o algunas formas de trabajo de cuidados específicas, como el trabajo doméstico o el de las enfermeras. Todo esto representó la posibilidad de realizar avances sustantivos en la comprensión del cuidado como un elemento central para el funcionamiento de la sociedad.

No obstante, como sostiene Esteban (2017), es relevante situar el análisis del tema en contextos históricos y culturales específicos para evitar miradas generales y naturalizadoras sobre el mismo. Gran parte de los trabajos sobre dicho tema proviene de las sociedades del norte, las

---

3 Debido a la necesidad de reducir la extensión de este trabajo para esta publicación, la sección cinco expone un resumen de un texto original más amplio donde los contenidos se desarrollan con más detalle.

cuales tienen características específicas que determinan una configuración particular del cuidado que no es aplicable a todos los contextos. La revolución industrial acontecida en los países con un mayor desarrollo económico relativo promovió una división sexual del trabajo que relegó a muchas mujeres al ámbito doméstico mientras que a los hombres se les asignó el papel de proveedores. Esta manera de resolver el cuidado mediante el trabajo de las mujeres en el hogar fue puesta en crisis cuando ellas comenzaron a sumarse masivamente al mercado de trabajo a raíz de una serie de cambios de la estructura productiva (el crecimiento del sector de los servicios, por ejemplo) y el acceso a más años de educación, entre otros factores.

Pero en varios países del sur global la historia ha sido diferente. Las mujeres desde siempre han cumplido un doble rol como proveedoras y encargadas del bienestar de sus hogares, con lo cual se puede afirmar que la crisis ha sido un elemento constante. En estos casos, la tensión entre el trabajo remunerado y las responsabilidades del hogar ha sido por lo general resuelta a través de arreglos frágiles e insatisfactorios, aunque la información que disponemos sobre estas situaciones es relativamente menor. Por ejemplo, no sabemos demasiado acerca de cómo se organiza el cuidado en el marco de las economías informales y populares, donde la división entre trabajo productivo y reproductivo no es tan clara, o sobre cuáles son las estrategias que utilizan las mujeres más pobres para asegurar que sus hijos e hijas puedan acceder a un nivel mínimo de bienestar.

En el marco de estas limitaciones, las investigaciones producidas específicamente en Paraguay sobre la organización social del cuidado todavía son escasas. En los últimos años solo se ha producido una investigación que ha tomado como objeto de estudio al cuidado en un sentido amplio (Echauri y Serafini, 2011). La conclusión más destacada de dicho estudio es que en nuestro país la mayor carga de trabajos de cuidados recae sobre las mujeres, sin que exista corresponsabilidad por parte del resto de los integrantes de la familia —sobre todo, de los varones— ni por parte de otros agentes sociales como el Estado o el sector privado. De manera complementaria, otro estudio ha indagado puntualmente sobre la situación de madres solteras en situación de pobreza que están a cargo de un hogar,

concluyendo que la carga de responsabilidades familiares condiciona su acceso y permanencia en el mercado laboral y, en consecuencia, también las oportunidades para desmarcarse del círculo vicioso de la pobreza (Montalto y Achinelli, 2014).

El trabajo doméstico remunerado, que es una de las modalidades en las que se manifiesta la actividad de cuidados, en cambio sí ha sido estudiada de manera más amplia y detallada. Dentro de esta línea de investigación, se han producido estudios que analizan la situación de personas que realizan cuidados a cambio de una remuneración desde la perspectiva de su acceso a derechos (Román y Soto, 1996; Bareiro, Soto y Valiente, 2005; López, Soto y Valiente, 2005; Bareiro y González, 2009; Valiente, 2010), sus condiciones de vida (Escobar y Soto, 2009; Heikel, 2014) y su participación en corredores migratorios (Sanchis y Rodríguez E., 2011; Soto, González y Dobrée, 2012 y 2015; Imas, 2014; Messina, 2015). La línea común de estas investigaciones remarca la compleja intersección que se produce entre la división sexual del trabajo, la pobreza y la discriminación dentro de este sector social.

Partiendo de las consideraciones anteriores, como se indicó en la introducción, esta investigación propone habilitar una escena de reflexión y producción de conocimientos que aporte al debate sobre los cuidados en Paraguay desde la perspectiva de la antropología. Con este propósito, busca producir conocimientos que permitan comprender con mayor profundidad cómo son y qué significado tienen los trabajos de cuidados para un grupo de personas concretas que viven en situación de pobreza en la zona del Bañado Sur de Asunción. Dentro de este marco general, se pretende identificar y describir las prácticas asociadas al cuidado que desarrollan estas personas en los tiempos y espacios de su vida cotidiana, reconociendo los sujetos que participan en el cuidado, sus roles, las tensiones existentes, modos de desigualdad y sus lógicas económicas subyacentes, entre otros aspectos relevantes. Por otra parte, se espera interpretar los significados que las personas atribuyen al cuidado mediante un análisis en profundidad de los valores asociados a dicha actividad, la moralidad, la afectividad, el parentesco y las ideas acerca de su calidad.

## **2. Una revisión conceptual para reconocer los supuestos de partida**

Según un paradigma bastante arraigado en las ciencias sociales, la elaboración de un marco teórico supone la construcción de un modelo explicativo con diferentes grados de abstracción que intenta explicar el funcionamiento de aquella parte del mundo social que se desea estudiar (Sautu *et al.*, 2006). Este punto de partida suele ser considerado de un aspecto fundamental en el proceso de construcción de conocimientos porque determina en gran medida los objetivos que como investigadores nos propondremos, las preguntas que nos haremos y la forma en que abordaremos nuestro objeto de estudio.

Ahora bien, una investigación producida según los parámetros de la antropología supone un cuestionamiento de dicho principio epistemológico. Uno de los elementos distintivos de la disciplina consiste en poner en suspenso las teorías explicativas cerradas para habilitar una escena donde también tengan cabida lo imprevisible y significados que desestructuren las formas habituales de comprender el mundo. La apertura hacia perspectivas novedosas deviene del interés por escuchar qué tienen que decir los otros sobre aquello que nos interesa y de realizar un intento para interpretarlos de la manera más fiel que sea posible. Ello supone adoptar una actitud de “docta ignorancia”, que coloque por un momento entre paréntesis el horizonte de ideas, conceptos, representaciones, imágenes y asociaciones transmitido y reelaborado por la cultura que nos sirve de marco interpretativo. Como sostienen Marcus y Fischer (2000), se trata de renunciar a la autoridad de la “gran teoría” para prestar atención a cuestiones tales como la contextualidad, el sentido de la vida social para quienes la protagonizan, la explicación de las excepciones y la indeterminación de los fenómenos observados, en desmedro de las regularidades y las certidumbres.

Surge entonces el interrogante acerca de cuál es el sentido de una suerte de marco teórico en el contexto de esta investigación. La respuesta tiene dos dimensiones: una de honestidad intelectual y la otra pragmática. Respecto a la primera, considero necesario dar a conocer la posición inicial desde donde interpreto el objeto de estudio. Mantengo

una relación particular con la temática del cuidado construida en torno a vivencias personales y a una experiencia de trabajo en un centro de investigación especializado en estudios de género donde me he familiarizado con la literatura y algunos debates relacionados con el cuidado. Entre otras cuestiones, esto quiere decir que me encuentro influenciado por una serie de conocimientos y modelos explicativos que determinan una visión particular del objeto. La reflexividad sobre este modo de comprender las cosas y la construcción de una distancia que me separe de sus supuestos, por tanto, puede comenzar a establecerse a partir del reconocimiento y la explicitación de dichos marcos interpretativos. En cuanto a la segunda dimensión, la pragmática, guarda relación con la necesidad que tuve de identificar algunos ámbitos de interés iniciales para abordar el proceso de investigación. Dada la imposibilidad para realizar una estancia prolongada con el grupo social estudiado, consideré pertinente identificar ciertos ámbitos de interés para la indagación. Esto me permitió focalizar la atención en temas específicos que, según mi opinión, eran relevantes para la configuración de las prácticas y los significados del cuidado. Aun así, es importante aclarar que estos ámbitos no se encontraban clausurados, sino más bien fueron interpretados como puntos de partida que podían ser ampliados.

Esta breve introducción ofrece algunas claves para la lectura de los apartados que siguen. Mi intención consiste en identificar algunas de las líneas de pensamiento que más me interesan en torno a la cuestión del cuidado, primero desde el punto de vista de las ciencias sociales en general y, posteriormente, desde la mirada de la antropología. La revisión ciertamente no aborda todos los temas que cabría tomar en cuenta ni desarrolla de modo completo y sistemático cada una de las líneas seleccionadas (no se trata de un “estado del arte” sobre la cuestión). Pretende, más bien, reconocer lecturas y movilizar algunas reflexiones útiles para esta indagación. Además, en ninguno de los casos las ideas expuestas se plantean como modelos explicativos cerrados, sino representan líneas de indagación que me interesó profundizar y problematizar a lo largo del proceso de investigación.

## **2.1. Los cuidados desde la perspectiva amplia de las ciencias sociales**

El cuidado constituye una temática que en la actualidad ha ganado un espacio propio en el campo de las ciencias sociales, donde confluyen aportes provenientes de esferas disciplinarias muy diversas, como la sociología, la demografía, la política, la economía y los estudios de género (Carrasco, Borderías y Torns, 2011). Sobre la base de estas contribuciones, se ha desplegado un rico debate conceptual y se han producido datos empíricos que vuelven más compleja y profunda la comprensión de este hecho social.

En su acepción general, los cuidados pueden ser definidos como aquellas actividades de asistencia y apoyo que tienen como finalidad proporcionar bienestar físico, psicológico y emocional en el marco de relaciones interpersonales cotidianas. Algunos ejemplos muy concretos de estas tareas se encuentran en los casos de una persona preparando la comida para su familia, una mujer cambiando los pañales de un bebé o alguien dando la medicina a una persona enferma. Sin embargo, el concepto del cuidado puede adquirir muchos matices, y no existen consensos sobre su extensión. Algunas autoras utilizan definiciones amplias, que subrayan los lazos de interdependencia existentes entre todas las personas y el entorno que las rodea. Tronto (2005), por ejemplo, sostiene que el cuidado incluye “todo lo que hacemos para mantener, continuar y reparar nuestro mundo, de tal manera que podamos vivir en él tan bien como sea posible”. Al referirse a “nuestro mundo” alude a ese espacio vital que integra nuestros cuerpos, nuestro ser y todos los objetos que forman parte de nuestro ambiente. En cambio, hay otras autoras que prefieren emplear conceptos más restringidos. En estos casos, los cuidados suelen ser definidos como aquellas acciones que tienen como propósito ayudar o apoyar específicamente a una persona dependiente en el desarrollo y el bienestar de su vida cotidiana (Thomas, 2011; Aguirre, 2009). Dichas tareas engloban una dimensión material (representan un trabajo y demandan recursos) y una dimensión psicológica (se encuentran atravesadas por distintos estados afectivos). Por otra parte, aunque se presten fundamentalmente en el hogar de modo gratuito, pueden realizarse en otros contextos institucionales así como también a cambio de una remuneración.

Como cualquier otra práctica social, el cuidado se encuentra organizado de una manera específica, que es producto de procesos históricos, económicos y políticos. En varias sociedades el modelo que determina cómo se distribuye la responsabilidad del cuidado es familista, lo cual quiere decir que se delega principalmente al grupo doméstico y, dentro de éste, a las mujeres de manera más específica. En efecto, el cuidado es una actividad altamente feminizada que se ajusta al esquema tradicional de la división sexual del trabajo. Según esta matriz, se atribuye a las mujeres la mayor parte de aquellas actividades que se realizan en el hogar, mientras que se reserva para los hombres las tareas propias del mercado y de la vida pública. Una de las consecuencias de esta asociación entre los cuidados y una supuesta naturaleza femenina es que acaba representando un obstáculo para el ejercicio de la ciudadanía social de las mujeres (Aguirre y Batthyány, 2005; Aguirre, 2007 y 2009; Durán, 2011; Torns, 2008). Entre varios otros efectos, la dedicación a las actividades de cuidado insume una gran cantidad de tiempo para las mujeres, privándolas de oportunidades para su desarrollo personal y para una mayor participación en otras esferas sociales.

La relevancia de los trabajos de cuidados para el conjunto de la sociedad durante mucho tiempo ha sido un hecho invisible. En el contexto de la cultura capitalista, la primacía de los mercados ha relegado a un plano secundario lo que sucede en la esfera reproductiva, considerándolo de menor valor. Sin embargo, esta lectura ha sido ampliamente discutida desde la perspectiva de la economía feminista, que ha subrayado la contribución que realizan las mujeres por medio del trabajo no remunerado en el hogar a los ciclos de valorización y acumulación del capital<sup>4</sup>. Aunque la discusión tiene muchas aristas y algunos nudos de desacuerdo, el punto básico en que muchas autoras y autores coinciden es que el cuidado de las personas consiste en un trabajo invisible y socialmente no reconocido, realizado mayoritariamente por mujeres, que garantiza la reproducción de la fuerza de trabajo en las sociedades capitalistas y que por medio de esta acción subsidiaria se contribuye decididamente a la

---

4 Un repaso bastante completo de los hitos del pensamiento feminista en torno al trabajo doméstico y el papel de las mujeres se puede encontrar en Borderías, Carrasco y Alemany (1994) y en Rodríguez y Cooper (2005).

producción de plusvalía. Visto desde esta perspectiva, el cuidado es un trabajo clave para los procesos productivos, que necesita ser reconocido, cuantificado e incluido en el análisis del funcionamiento del sistema económico para evitar sesgos en elaboración de políticas y avanzar en la erradicación de las desigualdades (Rodríguez Enriquez, 2012; Esquivel, 2011 y 2012). Aun así, algunas autoras van más allá y señalan que ello no necesariamente resuelve todavía la contradicción fundamental entre la acumulación del capital y los procesos de sostenimiento de la vida (Pérez Orozco, 2014). En esta última línea, es relevante destacar también el enfoque del ecofeminismo, que problematiza la noción de desarrollo de cara al sostenimiento de la naturaleza, ampliando la noción del cuidado a un mundo que trasciende los bordes de lo meramente humano y se extiende a la vida en su dimensión más amplia y abarcadora (Shiva, 1995).

Para finalizar este brevísimo repaso sobre cómo el cuidado ha sido abordado por las ciencias sociales en general, es importante observar su vinculación con la noción de los derechos humanos. En este sentido, el cuidado ha comenzado a ser interpretado como un derecho de todas las personas en una triple acepción (Pautassi, 2010). Tener derecho al cuidado significa contar con la posibilidad de recibir cuidados de calidad, de elegir cuándo y de qué modo cuidar y de hacerlo en condiciones dignas. Este enfoque es relevante porque apunta a promover la corresponsabilidad del cuidado entre las familias, el Estado y el sector privado por medio de servicios, recursos y políticas regulatorias.

## **2.2. Los aportes de la antropología**

La antropología ha dialogado con los planteamientos desarrollados en el marco de las ciencias sociales y ha contribuido con sus propios enfoques y metodologías a profundizar los conocimientos sobre los cuidados y a complejizar algunos de sus supuestos.

Desde sus inicios a mediados del siglo XIX, el registro de los modos de vida de sociedades distintas a las de Occidente ha incluido detalles sobre las tareas necesarias para la reproducción material, social y cultural de los individuos que los integran. Por lo general, este tipo de observaciones fueron incluidas en monografías cuyo propósito era describir de manera

amplia sociedades específicas, integrando al análisis referencias sobre sus sistemas de parentesco, económicos, políticos o culturales. Pero no fue hasta las décadas de los sesenta y setenta, con la aparición de investigaciones de algunas antropólogas feministas o interesadas en el rol que ocupan las mujeres en las sociedades estudiadas, que la temática del cuidado comenzó a ser analizada desde una perspectiva teórica que ponía acento en sus diferentes implicancias para los hombres y mujeres y para la producción de distintas modalidades de discriminación o desigualdades<sup>5</sup>.

Durante las últimas décadas, se produjeron estudios etnográficos que aportan datos para comprender las distintas dimensiones de las prácticas asociadas al cuidado desde la perspectiva de sus propios agentes, colocando cierto énfasis en particularidades culturales que desestabilizan algunas teorías generales sobre asuntos como quién tiene la responsabilidad de cuidar, cómo se organiza socialmente el cuidado o qué significa cuidar bien. Gran parte de los trabajos referidos también fueron elaborados con enfoques afines al pensamiento feminista, aunque no necesariamente en todos los casos, ya que el interés por el microcosmos doméstico fue igualmente relevante para antropólogos y antropólogas con otros posicionamientos políticos.

Sin la pretensión de realizar una revisión exhaustiva, me interesa referirme a tres grandes nudos de análisis sobre el cuidado desde la mirada de la antropología. El primero de ellos corresponde al parentesco; el segundo, la maternidad; y el tercero, a las relaciones de reciprocidad. Los ámbitos de indagación señalados no clausuran los modos en que la antropología aborda la temática del cuidado, así como tampoco constituyen marcos de estudio separados, sino más bien son esferas que se solapan y sobredeterminan de diversas maneras.

### **2.2.1. Parentesco y moral**

Las obligaciones y los derechos derivados de los sistemas de parentesco forman parte de un primer núcleo de indagación que ofrece claves

---

5 Existen antecedentes relevantes de estos estudios que se remontan a las primeras décadas del siglo XX. Las obras de antropólogas como Margaret Mead (1994) o Ruth Benedict (1971) estimularon una revisión de los enfoques androcéntricos de la antropología asumidos como "neutrales" hasta ese momento.

interesantes para comprender el cuidado. Durante mucho tiempo, el estudio del parentesco fue una de las piedras angulares de la antropología. Para los autores clásicos, el parentesco representa una suerte de lenguaje por medio del cual se fundan las relaciones sociales ya sea a través de la filiación, como sostenía Radcliffe-Brown, o de las alianzas, en el caso de Lévi-Strauss (Radovich, 2006). El primero sostenía que los vínculos sociales básicos eran resultado de la idea de consanguinidad o, dicho de otra manera, de la creencia en una sustancia común compartida entre varios individuos. El segundo consideraba que las relaciones se fundaban en una política de alianzas por medio del intercambio de mujeres y la prohibición del incesto. Uno u otro sistema, de acuerdo con estos autores, permitirían diferenciar quiénes son parientes y quiénes no o con quién alguien se puede casar y con quién no. Según estas clasificaciones, se definía en consecuencia un conjunto de derechos y obligaciones entre determinados grupos de individuos, incluyendo el deber moral del cuidado de aquellas personas que forman parte de la propia red de parentesco.

Las teorías clásicas, con el paso del tiempo, fueron sometidas a la crítica en diferentes aspectos. Schneider (1984), por ejemplo, argumentó que la construcción de relaciones sociales a partir de hechos naturales como la procreación es una construcción de Occidente y no se puede proyectar a otras sociedades. Desde esta perspectiva, el parentesco se entendió como un proceso (no un atributo o estado permanente del ser social) que se despliega a través de diversas formas de actuación. Con ello, como sostiene Bestard (1998), el parentesco comenzó a ser interpretado como una forma característica occidental de ordenar y dar significado a relaciones sociales en las que se privilegian los lazos biogenéticos en tanto que símbolos de una solidaridad duradera surgida de una experiencia compartida. Sin embargo, independientemente del carácter y la variedad de estos símbolos, el parentesco parecería estar siempre asociado a un conjunto de normas morales que dictaminan las interacciones entre los individuos que se autoperciben como miembros de un mismo grupo. El cuidado y la idea de un sujeto conectado con otro, en este sentido, son dos aspectos que aparecen directamente ligados a las relaciones de parentesco (Bestard, 2004).

Por otra parte, algunos autores han ido todavía más allá, argumentando que en determinadas circunstancias el cuidado funda las relaciones de parentesco. Dentro de esta línea, Borneman (1997) sostiene que el parentesco no está determinado ni por la reproducción, ni por la sangre, ni por el matrimonio, sino por procesos de filiación voluntaria, donde los actos de cuidar y recibir cuidados cumplen un rol central. De acuerdo con este antropólogo, todas las personas experimentan la necesidad fundamental de cuidar y de ser cuidadas y esto las conduce a crear de modo imaginativo nuevas formas de afiliación y a buscar formas de reconocimiento social y legal de dichos vínculos. Las uniones entre parejas homosexuales y los procesos de adopción son casos que ejemplifican estas relaciones que desestabilizan la idea de la consanguinidad o la alianza heterosexual como fundamentos exclusivos de los vínculos sociales primarios.

Ahora bien, el género cumple una importante función en la organización del parentesco y los deberes morales que conlleva. La inscripción de las personas en las redes genealógicas se encuentra determinada por la posición que socialmente se les atribuye dentro del sistema sexo-género. De allí se derivan derechos y obligaciones diferenciados, modos de dividir el trabajo familiar y formas de dar y recibir asistencia. Para las mujeres esto significa asumir un papel preponderante en el cuidado cotidiano de las personas, lo cual implica un conjunto de actividades bajo su responsabilidad y la definición social de su identidad (Comas D'Argemir, 1993). Por otra parte, en las sociedades occidentales las mujeres muchas veces también tienen a su cargo el sostenimiento del parentesco por medio de funciones como la circulación de información, la actualización de los vínculos, la organización de las prácticas rituales y la conservación de la memoria familiar (D'Argemir, 1993; Di Leonardo, 1987).

El parentesco ciertamente establece un lenguaje moral que prescribe obligaciones relacionadas con el cuidado que se atribuyen principalmente a las mujeres. Pero en determinadas circunstancias este tipo de vínculos a la par puede ser utilizado de modo estratégico para obtener un mejor posicionamiento en las estructuras de poder doméstico. Como apunta Lamphere (1974), entre algunos grupos sociales pobres o pertenecientes

a la clase trabajadora de las sociedades capitalistas contemporáneas las mujeres pueden aumentar su poder y capacidad de negociación en la estructura doméstica por medio de alianzas con los hijos que han cuidado, recurriendo al apoyo de sus parientes varones para enfrentar a sus maridos o a través de arreglos con otros hombres y mujeres de la familia para compartir gastos de vivienda y alimentación mediante la formación de hogares extensos.

La pertenencia a una misma red de parentesco puede generar formas de cooperación entre las mujeres. En determinadas circunstancias, por ejemplo, el cuidado se distribuye entre distintas integrantes de una misma familia con el objeto de hacer más liviana su carga o para liberar de tiempo a alguna de ellas cuando se encuentra en el mercado de trabajo. Pero simultáneamente el parentesco también da lugar a formas de competencia. El vínculo producido por el cuidado puede ser aprovechado en beneficio propio como un recurso que confiere mayor poder para ejercer influencia dentro de la familia o como un mecanismo de transmisión de bienes materiales o sociales (Lamphere, 1974; Di Leonardo, 1987).

En resumen, el parentesco puede ser entendido como un sistema de símbolos —heredado y al mismo tiempo instituido— que establece relaciones sociales duraderas entre las personas. Una de las características de esta trama es encontrarse atravesada por fuertes dictámenes morales que establecen una serie de derechos y obligaciones ordenados según criterios como el género y la edad. Dentro de dicho orden, el cuidado es una de las funciones que socialmente se atribuye a las mujeres adultas de la red de parientes. Pero atendiendo las particularidades que presentan los distintos grupos humanos, sería relevante para el desarrollo de una antropología de los cuidados identificar y comparar entre contextos culturales específicos cómo se producen esta clase de símbolos y cómo se les confiere socialmente un significado. Ello permitiría conocer mejor a qué mujeres específicas de la red de parientes se asigna la responsabilidad de cuidar, cuáles son los límites de estas atribuciones, qué normas morales justifican y prescriben esta tarea y que posibilidades existen para que el cuidado sea asumido también por agentes extrafamiliares.

### **2.2.2. La maternidad y el amor**

Forma parte de cierto sentido común considerar que el vínculo entre las mujeres y el cuidado es una cuestión dada por la naturaleza. Como señala Moore (1991), esta tendencia es bastante fuerte incluso en el marco de la antropología contemporánea, donde se cree que este hecho se presenta de manera bastante similar en todas las culturas.

Dicha interpretación en parte es heredera de la concepción de Malinowski (1961) sobre la familia, quien propuso que la crianza es una necesidad generalizada de todos los grupos humanos y que esta función la efectúa la familia, con lo cual asumió que dicha institución tiene un carácter universal. En principio, Malinowski no descartó que los hombres también cumplieran con la tarea de criar a la prole, pero muchos de sus sucesores posteriormente redujeron el núcleo familiar a la unidad básica conformada por la madre, los hijos y las hijas. El pensamiento funcionalista así entendió que las funciones sociales consistían en una suerte de respuesta a “necesidades biológicas” inmutables, y de acuerdo con este paradigma las mujeres cumplían un rol muy concreto como reproductoras mientras que a los hombres se los asociaba con la acción y los procesos sociales más amplios (Collier, Rosaldo y Yanagisako, 1997).

El aparente vínculo entre la maternidad y el cuidado, no obstante, fue puesto en cuestión por otras antropólogas y antropólogos por medio de estudios históricos y etnográficos que buscaron demostrar que el concepto de la maternidad no está anclado exclusivamente en procesos biológicos (como el embarazo, el parto y la lactancia), sino es una construcción cultural que las sociedades resuelven de distinta manera. Los primeros aportes que se realizaron en esta línea consistieron en el análisis realizado por algunas autoras sobre los ámbitos sociales aparentemente separados o dicotómicos que determinan los roles de los hombres y las mujeres. Bajo la influencia del pensamiento estructuralista, algunas de estas antropólogas intentaron encontrar una explicación universal a la desigualdad entre los sexos examinando categorías como “naturaleza/cultura” (Ortner, 1979) y “doméstico/público” (Rosaldo, 1979), mientras que otras se concentraron desde un enfoque marxista en el análisis de las categorías “reproductivo/productivo” (Harris y

Young, 1979). Estas antropólogas observaron que el mundo social se organiza jerárquicamente en torno a esferas contrapuestas que tienen un valor distinto. Dentro de este orden, los hombres son relacionados con la esfera más apreciada, en tanto que las mujeres son relegadas a la que tiene menos valía. De acuerdo con la lectura que hicieron de las matrices culturales de las diversas sociedades que estudiaron, dicha clasificación se sustenta en un paradigma de pensamiento que entiende el quehacer humano como una forma superior a la naturaleza, que la supera y la transforma. Dentro de este orden, las mujeres pertenecerían ciertamente al mundo de la cultura por su condición de seres humanos, pero bajo el argumento de que sus cuerpos se encuentran más próximos a la naturaleza se entiende que ellas ocupan una posición inferior a la de los hombres. Dicha cercanía al mundo natural se infiere a partir del reconocimiento de que sus cuerpos están preparados para garantizar la reproducción de la especie. Es así que la maternidad y el cuidado, que engloba desde dar a luz a los niños hasta alimentarlos y socializarlos, se suele interpretar como un rol que “por naturaleza” compete a las mujeres.

Sin embargo, los datos etnográficos recogidos por algunas de estas antropólogas muestran que los roles no siempre están tan claramente definidos en todos los lugares. Collier y Rosaldo (1981), por ejemplo, citan casos de sociedades sencillas de varios continentes donde las representaciones sobre la mujer no giran tanto en torno a su capacidad para gestar la vida como en ser fuente de salud y placer sexual. Por otra parte, no es necesario desplazarse demasiado para reconocer esta clase de variaciones. La maternidad y el cuidado también se prestan a reconfiguraciones que se alejan de lo aceptado por el sentido común en las sociedades occidentales. Las investigaciones de Drummond, Stack, Ariès y Gathorne-Hardy (citados por Moore, 1991) describen numerosos casos que ilustran cómo el cuidado puede estar asociado a distintas prácticas y tener diferentes connotaciones según contextos sociales particulares. Los casos que estos autores y autoras describen van desde niños y niñas de familias negras pobres de Estados Unidos que son criados en hogares distintos a los de sus madres biológicas hasta las progenitoras de la aristocracia victoriana

que delegaban el cuidado de sus hijos e hijas a las *nannies*<sup>6</sup> en la Inglaterra del siglo XVIII.

La asociación entre la maternidad y el cuidado igualmente se encuentra determinada por otros factores culturales en las sociedades de Occidente. Existe, en este sentido, una ideología del amor que consolida el vínculo socialmente construido entre la madre y la prole. En el contexto de la cultura moderna, el amor se entiende muchas veces como un elemento emotivo interno de los seres humanos (una suerte de sustancia) que actúa como fuerza para mantener la cohesión del grupo social frente a un individualismo extremo (Esteban, 2008). La figura de la madre, según esta visión determinista, sería el núcleo alrededor del cual se mantiene unida la familia, y el supuesto de un amor natural e incondicional hacia los hijos e hijas representaría el argumento principal que justifica su entrega absoluta hacia el otro. Pero como señala Rosaldo (citada por Esteban, 2008) el amor es un repertorio de ideas, valores, capacidades y actos corporales, que se combinan e implementan de diversas maneras, con lo cual sus clasificaciones y vivencias pueden adoptar formas múltiples en las distintas culturas, grupos sociales e individuos. En consecuencia, una tarea relevante para una antropología del cuidado consistiría en indagar cómo se construyen social y culturalmente las maternidades —así como también las paternidades—, dando cuenta de distintos modelos o de las variaciones que puedan existir entre distintos grupos humanos, las expectativas manifiestas o subyacentes en cada caso, lo que habilita y lo que prohíbe y los conflictos y las tensiones que presenta este rol.

### 2.2.3. Cuidados en redes de reciprocidad

Finalmente, un tercer núcleo de estudios sobre el cuidado gira en torno a la configuración y el sostenimiento de espacios de intercambio de bienes y servicios por fuera o en los márgenes de la economía monetarizada. Como un recurso fundamental para la reproducción biológica, social y cultural de los seres humanos, el cuidado puede ser entendido también como una suerte de “don” que circula dentro del microcosmos

---

6 *'Nanny'* es una palabra en inglés que designa a una persona, tradicionalmente una mujer, que es contratada para cuidar a un niño o una niña.

de las economías familiares y comunitarias. De más está decir que la noción del don desarrollada por Mauss (2009) en su célebre ensayo no puede extrapolarse llanamente a la cuestión del cuidado. Sin embargo, hay un cierto “aire de familia” que se puede comentar para comprender una lógica económica que rompe con los presupuestos de un enfoque puramente mercantil.

Dicho de manera muy general, el don es un objeto o servicio que se intercambia. Tanto el cuidado como el don se desmarcan de los principios del interés individual y la racionalización de las decisiones, con lo cual habilitan un campo más amplio y heterogéneo de medios y fines. El don se inscribe en un sistema de intercambios recíprocos donde dar, recibir y devolver ciertamente tienen un sentido material, pero a la par implican una dimensión social, moral, jurídica y hasta religiosa. Es la base sobre la que se construye la cohesión de un grupo humano y se asegura su reproducción. Por eso el don tiene un carácter voluntario y aparentemente libre, pero al mismo tiempo es obligatorio e interesado. Algo similar sucede con el cuidado. Su circulación trasciende los límites del beneficio personal y opera como un elemento alrededor del cual se teje una red de individuos mutuamente dependientes. Cuidar y ser cuidado, así, son funciones intercambiables en diferentes momentos y circunstancias de la vida, que pueden nacer de una decisión libre, pero que a la vez tienen un carácter imperativo, dando lugar a una compleja trama de tensiones y negociaciones.

La circulación de cuidados suele ocurrir en el marco de redes de reciprocidad donde los esfuerzos para asegurar la subsistencia, la sociabilidad y la construcción de identidades forman parte de un mismo continuo. Por lo general, estas redes se encuentran conformadas por mujeres que interactúan dentro de estructuras relacionales como la familia, el parentesco ampliado, los vínculos de amistad y el vecindario. Como han observado diversas autoras en el contexto latinoamericano (Hardy, 1987; Lomnitz, 2003; Gutiérrez, 2007; Vásquez, 2012), los mecanismos de reciprocidad entre los sectores de la población estructuralmente excluidos del mercado laboral son medios para asegurar un nivel básico de subsistencia frente a la falta de seguridad social y económica. El cuidado

de este modo actúa como un recurso intercambiable que permite dar respuesta a problemas o necesidades vitales que no se resolverían de otra forma debido a las limitaciones para acceder a soluciones mercantiles o a la ausencia de servicios públicos.

En estas circunstancias, siguiendo a Vásconez (2012), hay dos elementos que merecen ser resaltados. En primer lugar, cuando un recurso —como puede ser el cuidado— circula en el contexto de redes de reciprocidad su valor se encuentra definido principalmente por el uso y menos por el precio (como sucede con los bienes y servicios que se inscriben dentro del ámbito mercantil). En segundo lugar, este recurso opera como un don que busca satisfacer fundamentalmente al otro, es decir, a quien lo recibe. Estas dos características configuran una lógica económica que se distancia del paradigma de la acumulación individual y habilita otras formas de entender y practicar los intercambios más centradas en la producción de un bienestar grupal.

No obstante, si bien la organización de las redes de reciprocidad suele estar guiada por principios cooperativos, el interés propio también es un elemento presente. Las redes conectan a individuos que son interdependientes, pero que a la vez cuentan con propósitos personales. Es por eso que la dicotomía altruismo—egoísmo requiere ser sustituida por categorías más flexibles (Vásconez, 2012). Por otra parte, también es necesario tomar en cuenta que el altruismo en el caso de las mujeres que forman parte de estas redes puede representar una disposición socialmente impuesta mediante una serie de normas morales relacionadas con las obligaciones familiares (Badgett y Folbre, 1999). Las dinámicas de la reciprocidad, efectivamente, están normadas por las construcciones sociales del género (Comas-d'Argemir, 2017) y por la edad (Ashwin *et al.*, 2013). Además, las estructuras y las dinámicas de las redes en las que se intercambian recursos tienen capacidad para encubrir distintas formas de desigualdad al igual que pueden suponer lealtades conflictivas (Narotsky, 2001 y 2005).

Todo esto propone que las redes de reciprocidad son estructuras que sirven de soporte para la circulación del cuidado entendido como un recurso que produce bienestar. La lógica de estos sistemas se organiza según

principios distintos a los que rigen para los mercados. Sin embargo, la mirada sobre las relaciones a escala microsocia sugiere que las redes son complejas y no se encuentran exentas de intereses antagónicos, modalidades de distribución desigual del poder y del efecto de mandatos culturales muy arraigados. Además, aunque el tema no se haya desarrollado en los párrafos precedentes, las redes no constituyen campos completamente aislados del mercado. En las condiciones actuales, más bien habría que entenderlas como espacios contiguos que tienen múltiples puertas comunicantes que producen constantes reacomodos y ajustes de uno y otro lado.

### **2.3. Hacia una agenda de investigación**

El sucinto repaso realizado pone en evidencia algunos de los aportes que ofrece la antropología a los debates contemporáneos sobre el cuidado. El foco puesto en el nivel microsocia, la inclinación para dialogar con los puntos de vista de los sujetos de estudio (punto de vista *emic*) y su interés por la comparación cultural son factores que contribuyen a enriquecer y ampliar las perspectivas de análisis.

A modo de resumen, se visualizan dos grandes temas de indagación que podrían ser profundizados. El primero de ellos se refiere a las construcciones sociales del parentesco y la maternidad. Dentro de este campo, resulta relevante comprender mejor cómo los cuidados se insertan dentro de una trama de significados y prácticas histórica y culturalmente situados que instauran vínculos fuertes y duraderos entre las personas. Dicha tarea, además de discutir la esencialización de algunos patrones de la responsabilidad del cuidado, podría aportar luces sobre cómo este mandato es asumido por medio de diversas estrategias y con distintos sentidos, quizás más flexibles, en las sociedades contemporáneas.

Algunas de las preguntas que se desprenden de este eje son: ¿El parentesco es un factor relevante para la construcción de relaciones de cuidados en el Bañado Sur? ¿Hay posiciones dentro de la familia a las que se atribuye mayor responsabilidad sobre el cuidado de otras personas? ¿De qué manera se definen? ¿Cómo se justifica el rol que se les confiere? ¿Qué se piensa de una persona que no cumple con el rol o función asociado

a la posición que ocupa? ¿Existen sanciones? ¿Es posible que parte de la responsabilidad del cuidado sea compartida con agentes extrafamiliares? ¿Existe la confianza necesaria? ¿Cuáles son las principales funciones que cumplen las madres que cuidan? ¿Cuáles son las ideas dominantes que definen el perfil de una “buena madre”? ¿Qué conexiones guarda este ideal con lo que se considera “buen cuidado”? ¿El rol materno atribuido a las mujeres produce conflictos o se cuestiona? ¿En qué casos?

El segundo tema es la inscripción del cuidado en el contexto de las redes domésticas. En este caso, el análisis de sus lógicas de funcionamiento puede dar cuenta de modelos económicos más centrados en el bienestar que en la acumulación. Paralelamente, una aproximación antropológica también puede brindar información sobre las tensiones y los conflictos que se presentan dentro de estas redes y sobre las conexiones que mantiene con la economía de mercado, evitando así lecturas simplistas.

Como en el caso anterior, este eje también sugiere algunas preguntas como las que siguen: ¿De qué manera se inserta el cuidado en las estrategias que utilizan las personas que viven en contextos de pobreza para producir niveles básicos de bienestar? ¿Qué clase de recursos o servicios relacionados con el cuidado circulan en las redes domésticas? ¿Cuáles son sus lógicas de funcionamiento? ¿Existen reglas (tácitas o explícitas) que determinen la circulación de recursos o servicios de cuidados? ¿Cuáles son las condiciones necesarias para que puedan constituirse? ¿Por qué algunas personas cuentan con redes densas y otras con redes más débiles?

Ambas líneas de indagación obviamente no agotan todos los campos de estudio que pueden ser abordados desde la disciplina, pero ofrecen algunos ejemplos de la contribución que podría realizar la antropología para comprender mejor la organización social del cuidado.

### **3. Estudiar el cuidado en el presente**

El reconocimiento de la alteridad constituye uno de los hechos fundacionales de la antropología como disciplina científica. El contacto con sociedades distantes de Occidente configuró las bases epistemológicas y los dispositivos metodológicos de la disciplina desde sus inicios a me-

diados del siglo XIX. El trabajo de campo etnográfico, la observación participante y la descripción densa fueron en este contexto algunas de las herramientas utilizadas para dar cuenta de modos de vida extraños a los hábitos del observador europeo. Pero hoy en día este mundo ha cambiado mucho. No solo quienes no son europeos producen también conocimientos dentro del campo de la antropología, sino que además se han desdibujado muchas de las fronteras que demarcaban la separación entre mundos extraños. Esta situación sin duda plantea numerosos dilemas metodológicos para quienes producen investigación siguiendo las pautas epistémicas que plantea esta ciencia. ¿Quiénes son los otros? ¿Cuál es nuestra posición respecto a ellos? ¿Cómo se construye una distancia cuando formamos parte de una misma sociedad? Preguntas como éstas formaron parte de los problemas que tuve que enfrentar para construir un marco metodológico con el fin de investigar el cuidado en el contexto de un grupo social particular.

### **3.1. El abordaje antropológico**

Ahora bien, ¿por dónde comenzar? Para realizar esta tarea lo primero que resulta necesario es definir las características específicas de un conocimiento enmarcado dentro de la antropología. Esta forma particular de acercarse al objeto de estudio, de acuerdo con Guber (2001), se distingue por configurar de un modo singular tres cuestiones, a saber: un determinado enfoque, un método propio y una forma peculiar de producir un texto.

De manera resumida, el enfoque propio de la antropología es el que intenta comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de las personas que forman parte del grupo estudiado. Reconocer los hechos según este punto de vista significa privilegiar sus formas de atribuirles sentido, clasificarlos y valorarlos, aprehendiendo las estructuras conceptuales con las que la gente actúa y hace inteligible su conducta y la de los demás. Sin embargo, es relevante tomar en cuenta que la descripción que formula el antropólogo no es idéntica al que realizan las personas que estudia. Más bien se trata de una interpretación, que a la par conlleva una traducción, donde entran en juego los propios presupuestos teóricos del investigador. En consecuencia, nos encontramos dentro de una estructura de diálogo.

En cuanto al método, siguiendo a Guber (2001), la antropología apela a una serie abierta de pasos, sin quedar encorsetada formulaciones demasiado rígidas. Dentro de su caja de herramientas, caben las encuestas, las técnicas no directivas, como la observación participante y las entrevistas no dirigidas, y la residencia en los lugares donde viven las personas con las que se trabaja. Esta flexibilidad y apertura responde al principio de otorgar voz propia a los agentes mediante la escucha atenta de lo que tienen que decir y la observación de sus prácticas cotidianas. Para lograr este propósito, resulta útil que el investigador pierda su centralidad, desaprendiendo lo aprendido. En dicho proceso es necesario que el antropólogo construya sus conocimientos a partir de una supuesta y premeditada ignorancia que lo habilite a captar la realidad en términos diferentes a los propios. Ello le permitirá advertir lo imprevisible, aquello que no se ajusta a sus categorías habituales.

Finalmente, como indiqué, la antropología produce un tipo singular de texto caracterizado por ser una traducción de determinados aspectos de una cultura extraña, que está dirigido a quienes no están familiarizados con ella. El investigador, en este sentido, debe traducir lo aprendido a un lenguaje que sea inteligible para quienes no pertenecen al grupo estudiado. Con ello se asegura la comunicabilidad de la ciencia.

### **3.2. La antropología del presente y la construcción de la distancia**

El conocimiento producido por la antropología, de este modo, parte de un enfoque particular que busca reconocer, dar voz y traducir el punto de vista de los otros sobre cuestiones que interesan al investigador. Sin embargo, como mencioné más arriba, uno de los problemas fundamentales que se presentan es cómo construir la categoría de la otredad sin salir de nuestra propia sociedad. Este es un dilema común para varios antropólogos que estudian sus propias sociedades, y sus implicancias encuentran de modo patente en la obra que Gérard Althabe (1999 y 2008) dedicó a la antropología del presente, de donde es posible extraer algunas orientaciones para abordar dicha contrariedad. El conocimiento antropológico, según Althabe (1999), surge del interior de un mundo social captado a escala microscópica. Dentro de este espacio, se produce un diálogo entre

el investigador y sus interlocutores, en el que el primero se encuentra obligado a introducir y mantener una distancia.

La construcción de la distancia, en efecto, es el momento fundacional de la antropología. Althabe sostiene que esta distancia se establece mediante dos actos básicos. El primero consiste en identificar a los sujetos agrupados en una situación que ya estos existen empíricamente, sin que medie su intervención, como agentes de un universo social que le es extraño. El segundo acto consiste en definir una posición propia, ubicada en el exterior de este universo social. En este juego de posiciones se define la separación necesaria. Ahora bien, cuando la antropología se inscribe en la sociedad de la que formamos parte, la producción de la distancia se genera a partir de un agrupamiento que produce el investigador y que no necesariamente coincide con el que puedan realizar los sujetos estudiados desde su punto de vista. Por ejemplo, el antropólogo se interesa en las “prácticas laborales que ocurren en una oficina” o en los intercambios que sostienen “hinchas de un club de fútbol”, pero en cualquiera de los casos el investigador está produciendo un recorte del universo social que no abarca otras situaciones sociales de los sujetos que estudia (los oficinistas pueden ser a la vez estudiantes o militantes de un partido político y los hinchas de fútbol, padres o miembros de una iglesia). Las personas, en este sentido, pueden pertenecer a una pluralidad de situaciones sociales que el investigador no toma en cuenta y por añadidura se encuentran inmersas en una esfera privada familiar de la que tampoco forma parte. En consecuencia,

[...] el antropólogo no puede edificar un conocimiento desde el interior, pues no abarca ni todas las situaciones sociales a las cuales pertenecen los sujetos, ni lo privado familiar, esfera de la cual resulta sistemáticamente separado. Desde el lugar en el que está, solo obtendrá la representación de los intercambios que allí se desarrollan bajo la forma de una puesta en escena que surge en su encuentro con los sujetos y cuyo sentido debe buscarse principalmente en la situación misma donde tiene lugar el encuentro (Althabe, 1999: 63).

La distancia, por consiguiente, se gana por medio del recorte del universo social<sup>7</sup>. En el caso de esta investigación, la selección realizada com-

7 La existencia del grupo estudiado solo puede ser hipotética. Es producto de una decisión del investigador. Por esta razón, Althabe recomienda una constante vigilancia que conduzca a interrogarse sobre la perti-

prende un grupo de mujeres que habitan en los barrios del Bañado Sur, cuyos bajos o nulos ingresos económicos y falta de acceso a medios de vida y servicios públicos básicos las ubican dentro del círculo de la pobreza. La posición que ellas ocupan en términos materiales es marcadamente diferente a la mía, así como también lo son las distancias territoriales y simbólicas que nos separan y que determinan posiblemente distintos modos de comprender el mundo y conferir un significado a los hechos.

Pero además de ello la construcción de esta distancia deviene también de otro factor importante, que es mi posición dentro del campo de las relaciones de género. Si se toma en cuenta que la responsabilidad del cuidado es atribuida principalmente a las mujeres, mi condición de hombre me coloca en un lugar diferente. Por más de que mis acciones busquen enmarcarse en un principio de igualdad, debo reconocer que soy beneficiario de aquello que Connell (1997) llama el “dividendo patriarcal”, vale decir, de un conjunto de ventajas materiales y simbólicas que recibimos los hombres, aun cuando no apoyemos ni respondamos exactamente al ideal de la masculinidad dominante. Esta situación marca otra distancia significativa respecto al grupo estudiado conformado por mujeres.

### **3.3. Definición del objeto de estudio**

La metodología elaborada para esta investigación se sustenta en los supuestos conceptuales precedentes. Ahora bien, el siguiente paso fue establecer cuál es el objeto de estudio y precisar sus límites. Como ya mencioné, mi interés principal consistió en estudiar cómo las personas de una comunidad particular cuidan y qué sentidos se encuentran asociados a este tipo específico de actividad. Dicho de otro modo, el objeto de estudio quedó delimitado a las prácticas del cuidado y a las experiencias y significados que las determinan dentro de una matriz cultural específica. De manera preliminar, la definición que tomé en cuenta para

---

nencia de la perspectiva del investigador. En el marco de los intercambios que ocurren a partir del contacto con los sujetos estudiados, se corre riesgo de que las personas impongan al antropólogo sus puntos de vista o, inversamente, que el antropólogo refuerce sus propias opiniones y deje de escuchar a los otros. En ambas situaciones se pierde la distancia. Es necesario, por tanto, promover la autorreflexión durante todo el proceso de investigación y vigilar que las posiciones se mantengan para que pueda producirse un diálogo productivo.

reconocer estas prácticas es aquella que concibe al cuidado como una actividad realizada por lo general en la esfera doméstica –aunque no siempre– que tiene como finalidad proporcionar apoyo y asistencia a las personas durante las diferentes etapas de su ciclo de vida para que puedan acceder a niveles básicos de bienestar y sean capaces de desarrollarse o participar en los distintos ámbitos de la vida social. La amplitud de esta definición habilita la posibilidad de explorar diferentes dimensiones del cuidado, abarcando cuestiones que van desde los modos en que se realiza hasta la distribución de esta responsabilidad, los tiempos y recursos que demanda, las obligaciones morales a las que se encuentra asociada y los sentidos que la gente le confiere. La holgura de las dimensiones citadas, a las que posiblemente se podrían añadir otras, tenía una intención premeditada. Dado que el enfoque seleccionado es antropológico, me interesó escuchar lo que las personas tienen que decir acerca del cuidado y por eso busqué evitar categorías demasiado estrictas que impidieran percibir otras situaciones que desconocía. Por este motivo, mi propósito fue partir de una forma elemental de precomprender el cuidado para volver a ella posteriormente con los sentidos –similares o distintos– que resulten del proceso de investigación.

### **3.4. Construcción preliminar de categorías analíticas**

Considerando lo anterior, elaboré un esquema de categorías como punto de partida. Esta guía fue empleada como referencia para preparar los instrumentos de recolección de información que utilicé durante el trabajo de campo.

Dentro de esta matriz establecí dos categorías principales de indagación de las cuales se derivaban una serie de categorías secundarias. La primera de ellas se refería a las prácticas de cuidados. Dentro de esta noción amplia cabía todo lo que pudiera responder a la pregunta sobre cómo se organizan las personas para cuidar. De allí se desprendía un conjunto de subcategorías de indagación relacionadas con las actividades de cuidado, los tiempos y los lugares donde se realiza, los recursos que están en juego, los modos de intercambio, los agentes que participan y la distribución de responsabilidades.

La segunda gran categoría de indagación que me interesó fueron los significados del cuidado. El fin de este amplio campo fue indagar los sentidos que la actividad en cuestión tiene para el grupo estudiado. A partir de allí identifiqué también otra serie de sub-categorías que giraron en torno al valor del cuidado, los estándares de calidad apreciados, la moralidad que ordena su prestación, su inscripción en redes de parentesco y el papel de las emociones.

El esquema sucintamente descrito de categorías y subcategorías, junto con una serie de preguntas iniciales, me permitió así contar con una idea preliminar acerca de lo que me interesaba observar y conocer durante el trabajo de campo.

### **3.5. El territorio donde se realizó la investigación**

El microespacio social que tomé como referencia para estudiar las prácticas y los significados culturales del cuidado es un suburbio pobre de la ciudad de Asunción. Este lugar es conocido como Bañado Sur y forma parte de un sistema de barrios y asentamientos irregulares situados en zonas potencialmente inundables sobre la ribera del río Paraguay. Inicialmente, cuando la investigación se encontraba en una fase de preparación, decidí focalizar el trabajo de campo en dos barrios específicos conocidos como San Cayetano y Yukuty. La razón principal de esta decisión estaba relacionada con el hecho de que en ese momento mantenía un contacto fluido con personas de la comunidad que trabajaban en un centro de cuidado infantil perteneciente a una fundación y en una guardería infantil comunitaria. Estas personas, a quienes había conocido en espacios laborales, manifestaron su deseo de colaborar con el proceso de recolección de datos.

Sin embargo, durante esos meses –nos situamos a inicios de 2016– ocurrió algo inesperado. El río Paraguay experimentó una de sus crecidas cíclicas, y una considerable proporción de las familias que habitan San Cayetano y Yukuty tuvo que abandonar sus hogares para asentarse provisoriamente en campamentos (también denominados “refugios”) ubicados en zonas más elevadas de la ciudad. La subida de las aguas, además de impedir el acceso al territorio, me distanció de las referentes comunitarias con las que había contactado, debido a que ellas también forman

parte de la organización social de base territorial y en medio de la crisis les resultaba más urgente intentar resolver la asistencia a las familias necesitadas que dedicar tiempo para colaborar en la investigación.

Si bien las conversaciones mantenidas con estas mujeres resultaron muy útiles e iluminadoras para una introducción al campo y para la realización de algunas entrevistas a otras mujeres del barrio, pronto tuve que cambiar de estrategia. Fue así que contacté con referentes de una organización civil vinculada con un sector de la Iglesia, quienes cuentan con una vasta experiencia de trabajo comunitario en la zona y en ese momento brindaban asistencia a las familias bañadenses ubicadas en los campamentos instalados en distintos puntos de la ciudad cercanos a los barrios que conforman el Bañado Sur.

Con la colaboración de algunas educadoras de calle de esta organización, pude contactar y relacionarme con un grupo de mujeres que en ese momento vivían con sus familias en estos campamentos. El trabajo de campo se realizó así en un territorio diferente al previsto inicialmente. En total fueron 7 campamentos o refugios distribuidos en un radio aproximado de un kilómetro donde conversé informalmente con la gente, visité sus viviendas, realicé entrevistas, participé en talleres y charlas y compartí momentos de su vida cotidiana. Estos lugares por lo general son espacios públicos como plazas, paseos o veredas donde se instalan viviendas precarias fabricadas con madera. Pero también hay sitios privados que se ocupan por la fuerza o por medio de alguna negociación con sus propietarios. Los asentamientos comúnmente son conocidos por la gente que circunstancialmente vive allí por nombres asociados a lo que existe en ese sitio. Dentro de este contexto, el trabajo de campo se realizó en los campamentos referidos en la tabla N° 1.

**Tabla N° 1.** Lista de campamentos donde se realizó el trabajo de campo

Nombre	Tipo propiedad	Dirección	Barrio
Expopar	Pública	Calles Rafaela Machaín de Guanes, Esteban Gorostiaga, Gaspar Centurión y Coronel Abdón Palacios	Republicano
Plaza Japón	Pública	Calles Teniente Edmundo Dávalos, Adella Bello de Riart, Esteban Gorostiaga y Gaspar Centurión	Republicano
Cancha Pablo Rojas	Privada	Calle Desiderio Villalón, entre Nathalie Bruel y Japón.	Republicano
Universidad Católica	Pública	Calle Lidio Cantalupi, entre Gustavo Crovato y 35 Proyectadas	Republicano
Japón y 35 Proyectadas	Privada	Japón y 35 Proyectadas	San Cayetano
Cerro Lambaré	Pública	Calle Tomás Romero Pereira, sobre la ladera del cerro Lambaré.	Yukyty
Cancha Colonial	Privada	Calle A. Samudio	Santa Ana

### 3.6. Los sujetos de estudio

En el marco de este estudio, me propuse concentrarme en un tipo específico de sujetos, que son las personas adultas. Decidí, por tanto, no incluir directamente a niños y niñas. El motivo de este recorte se debió a que el trabajo de investigación con niños y niñas –un tema por demás interesante desde el punto de vista de la antropología– exigiría el desarrollo de una metodología específica para el caso.

Ahora bien, en un comienzo la idea consistió en interactuar con personas adultas que se ajustaran a distintos perfiles. Me interesaba, en este sentido, establecer comunicación con hombres y mujeres, de distintas edades y con diferentes roles. También consideré relevante identificar personas que cuidan, que son potencialmente cuidadoras y que necesitan cuidados. Esta pluralidad obedecía a una intención de contar con una diversidad de perspectivas para complejizar la interpretación del objeto de estudio.

No obstante, en los hechos, los resultados fueron diferentes. Principalmente, no pude obtener entrevistas a hombres adultos debido a motivos que iban desde su ausencia durante la mayor parte del día en los campamentos hasta la desconfianza que generaba en ellos la presencia de un entrevistador varón en sus casas. Lo cierto es que el material recogido en esta investigación corresponde al punto de vista de las mujeres de distintas edades y con trayectorias de vida diferentes.

Así, durante el trabajo de campo tuve la oportunidad de conocer a varias mujeres que se convirtieron en mis principales informantes. El denominador común de todas ellas es que viven en alguno de los barrios que forman parte del Bañado Sur y que con la crecida del río Paraguay tuvieron que asentarse junto a sus familias en alguno de los campamentos ubicados en zonas más altas. En total me relacioné de manera directa con 12 mujeres a quienes entrevisté, acompañé y visité en distintos momentos y circunstancias. La siguiente tabla presenta una sistematización de sus nombres<sup>8</sup>, edades y lugares de residencia antes y durante la inundación.

**Tabla N° 2.** Mujeres entrevistadas

Nombre y apellido	Edad	Lugar donde vive	Campamento
Ana Cardozo	21	San Blas	Expopar
Antonia Salazar	41	San Blas	Plaza Japón
Carmen Franco	19	San Blas	UCA
Estela Corrales	26	San Cayetano	Expopar
Martina Velilla	35	Santa Ana	Cancha Colonial
Mercedes Morínigo	55	San Cayetano	Japón y 35 proyectadas
Mirian Gómez	57	Virgen de Luján	Pablo Rojas
Marciana Ferreira	68	Virgen de Luján	Pablo Rojas
Noelia Fernández	44	Roberto L. Petit	Expopar
Rosa Barreras	31	Virgen de Luján	Expopar
Teófila Santacruz	63	Yukuty	Ladera del Cerro Lambaré
Verónica Talavera	38	San Blas	UCA

8 Por motivos de confidencialidad, los nombres de las 12 mujeres, así como los de sus parientes y amistades, fueron modificados.

Todas ellas tienen algún familiar, generalmente hijos o hijas o un padre o una madre ancianos, cuyo cuidado se encuentra bajo su responsabilidad. Carmen es la única que todavía no tiene hijos, aunque cuida a su hermano menor como si fuera propio. El tamaño de los hogares de los que forman parte es muy variable. En el caso de Ana, por ejemplo, se circunscribe a su pareja y su pequeña hija, mientras que alguien como Marciana comparte su hogar con uno de sus hijos, dos de sus hijas y 8 nietos y nietas de diferentes edades. De todas formas, la mayoría de estas mujeres forma parte de redes de parientes que son más extensas y con las que se relacionan de modo bastante frecuente. Otro dato en común es que en todos los casos recae sobre ellas la mayor parte del trabajo doméstico que demanda la vida cotidiana. Esta dedicación plena al trabajo reproductivo, sin embargo, no significa que dejen de realizar actividades remuneradas, ya sea de modo permanente o esporádico, u otro tipo de tareas productivas como la cría de pequeños animales o el cultivo de huertas. Un dato que llamó mi atención durante el trabajo de campo fue que la mitad de estas mujeres fueron “criaditas”<sup>9</sup> durante la etapa de su infancia, lo cual ofrece pistas sobre cómo el trabajo reproductivo es atribuido a estas mujeres desde edades muy tempranas.

En resumen, el cuidado tiene un peso indiscutible en la vida de las mujeres que oficiaron como mis principales informantes y en el marco de sus relatos sobre sus vidas cotidianas pude identificar elementos que seguramente forman parte de la experiencia de numerosas mujeres en la misma situación.

### **3.7. Instrumentos de recolección de datos**

Dentro de la antropología, el trabajo de campo caracterizado por prolongadas estancias en los lugares donde viven los sujetos estudiados forma parte de una de las tradiciones más arraigadas de la disciplina. La con-

---

9 El criadazgo consiste en una práctica mediante la cual una persona menor de edad, que por lo general proviene de un hogar rural en situación de pobreza, es incorporada a otro hogar con mayores recursos económicos con la finalidad de recibir ciertos beneficios (vivienda, alimentación y estudios, por ejemplo) usualmente a cambio de trabajo doméstico. En la mayoría de los casos estos compromisos no se cumplen. Muchas veces quienes acogen a las criadas o criados son parientes o personas más o menos conocidas de su familia de origen (López, Soto y Valiente, 2005).

vivencia cotidiana con los miembros de la comunidad es la fuente más cercana de conocimientos y ofrece condiciones para poder comprender con mayor profundidad sus prácticas y las formas culturales que determinan sus significados.

El proceso de investigación, como ya se expuso, se realizó en el terreno de los campamentos o refugios donde vivían las familias bañadenses que fueron desplazadas por la crecida del río Paraguay en 2016. Si bien desde un inicio no consideré la posibilidad de un régimen de coresidencia, dediqué tiempo suficiente a la estancia en estos espacios, participando en actividades comunitarias y en momentos de la cotidianidad de las mujeres como cuando preparaban el almuerzo para la familia, cuidaban a sus hijos e hijas o tomaban tereré en la calle. Con una de ellas, incluso, llegué a negociar el intercambio de tiempo para contestar a las preguntas de una entrevista por ayuda con las tareas del colegio nocturno al que asiste.

Los principales instrumentos que utilicé para recoger los datos necesarios para la investigación fueron entrevistas semi-estructuradas con preguntas referidas a las categorías y subcategorías previamente identificadas, un diario de actividades donde registré sistemáticamente lo que hacían las mujeres durante un día completo de sus vidas, mapas de las principales redes sociales de las que forman parte, reuniones grupales y registros de observaciones participantes. Por otro lado, también recurrí a apuntes tomados de conversaciones informales mantenidas en los espacios de interacción cotidiana.

La información recogida posteriormente fue sistematizada y utilizada para redactar las secciones o apartados que forman parte de este estudio.

#### **4. El Bañado Sur, su gente y algunas dimensiones de su realidad actual**

Este apartado está dedicado a presentar una breve caracterización de las personas que habitan en el Bañado Sur de Asunción, del territorio que ocupan y de las condiciones sociales y económicas en las que viven. Las notas comunes que afectan a la mayoría de este grupo social son la desigualdad y la exclusión. Como explica Sousa Santos (2010), la

desigualdad y la exclusión pueden entenderse como dos sistemas de pertenencia jerarquizada, que tienen distintas implicancias. La desigualdad es un sistema que admite una integración subordinada, donde el sujeto participa siempre en una posición de inferioridad respecto a otros agentes. La exclusión, en cambio, es un sistema que asume la paradoja de una pertenencia definida por la separación del sujeto (se pertenece estando afuera). Estos dos sistemas son modelos abstractos, pero sirven para interpretar la situación de una importante proporción de la población bañadense. En algunas ocasiones, estas personas forman parte de un sistema regulado por la lógica de la desigualdad. Esto sucede cuando se las admite para realizar los trabajos menos apreciados o cuando participan en el ritual democrático como electores y electoras cautivos dentro de un esquema de política clientelar. Pero en otras ocasiones estas personas viven dentro de un sistema ordenado por la lógica de la exclusión. Pertenecer al Bañado Sur significa en muchos casos subsistir fuera del orden económico dominante y sin protección ni cobijo por parte de las instituciones públicas. En los hechos, ambos sistemas se superponen y entrelazan, modelando las trayectorias vitales de los hombres y las mujeres que viven en la periferia sur de Asunción.

La manifestación territorial de este tipo de configuración social es la consolidación de áreas precarizadas e hiperdegradadas que contrastan con zonas formales de servicios e inversión inmobiliaria dentro de una misma ciudad. Como señala Davis (2004), los territorios hiperdegradados se caracterizan por el predominio del hacinamiento, las viviendas pobres o informales, el acceso inadecuado a servicios sanitarios y al agua potable y la inseguridad respecto a la propiedad. Estas formaciones urbanas, multiplicadas de modo exponencial como efecto del modo de producción neoliberal, albergan alrededor del 78% de la población urbana de los países menos desarrollados y al menos un tercio de la población urbana global, según datos del Programa de Asentamientos Urbanos de las Naciones Unidas (UN-Habitat) citados por este autor.

Sin embargo, también es importante reconocer los matices que existen en este grupo social. Agrupar a todas las personas que viven en el Bañado Sur como parte de un colectivo liso y homogéneo ciertamente

significa distorsionar los hechos. Además de reconocer sus particularidades como individuos, es relevante destacar los aspectos heterogéneos de la población del Bañado Sur. En los barrios que se asientan sobre el margen del río Paraguay conviven personas que han migrado desde otros lugares hace muchos años con otras que se han instalado allí recientemente y gente que ha nacido y crecido en este sitio. Pese a que la pobreza de ingresos es una situación que comparte la mayoría de ellas, también hay personas que experimentan distintas realidades económicas. Por otra parte, algunas de las personas que conviven en este complejo espacio social manifiestan un profundo sentimiento de arraigo hacia el territorio que ocupan mientras que otras piensan que su vida en este lugar es resultado de un lamentable concurso de circunstancias adversas y que, si fuese posible, preferirían vivir en otro lugar.

La descripción que a continuación se presenta pretende dar cuenta de algunos rasgos de este complejo mundo social. El apartado aborda en primer lugar un breve recuento histórico acerca de cómo fue poblada esta área de la capital del país. Luego presenta ciertos detalles sobre sus características territoriales y sobre la configuración actual de su población. Finalmente analiza aspectos relacionados con la pobreza y el mundo del trabajo.

#### **4.1. Historia de una diáspora sin fin**

Varias de las casillas ubicadas en los campamentos donde viven las familias desalojadas por la crecida del río Paraguay están fabricadas con materiales que la gente ha traído de sus hogares de origen. Cuando el agua comienza a llegar al borde de la casa, el jefe o la jefa de la familia toma la decisión de recoger todo lo que se pueda para trasladarse a una zona más alta. Vigas, planchas de madera terciada, chapas y puertas, además de algunos muebles y otros artículos básicos necesarios para la vida cotidiana, se suben a un camión o carro que se pide prestado a algún vecino o por el que se paga una suma que oscila entre los 200.000 y 300.000 guaraníes por viaje. De este modo la familia se traslada con algunos de sus bienes más valorados hasta el lugar donde vivirá hasta que baje la crecida.

La experiencia del movimiento humano se encuentra arraigada en las historias de vida de las personas que habitan en el Bañado Sur y forma parte de una memoria compartida. Casi todas las personas del lugar saben lo que significa trasladarse de un sitio a otro. La mayoría de ellas ya ha padecido otras inundaciones años atrás y quienes son más viejos recuerdan los tiempos en que ellas mismas o sus padres dejaron sus hogares en el interior del país o alguna zona alejada a Asunción para ocupar un pedazo de tierra en la zona del Bañado Sur. Estas imágenes de desplazamientos recientes o más antiguos se encuentran muy presente en la conciencia de la población bañadense y hoy cobran mayor fuerza a partir de la posibilidad de desalojo que plantea la implementación del proyecto de la Franja Costera. Por esta razón se podría decir que la historia de las familias que viven en el Bañado Sur es una crónica de constantes descentramientos unidos por un hilo de continuidad que conecta el pasado, el presente y el futuro.

El proceso reciente de poblamiento de las zonas colindantes con la ribera sur del río Paraguay se inició en la década de los cuarenta del siglo pasado, pero su expansión masiva recién se produjo en los años setenta y ochenta. El crecimiento del número de familias asentadas en este territorio coincidió con importantes transformaciones que en ese momento afectaron la estructura demográfica y productiva del país. Como señala Morínigo (1998), hasta la década de los sesenta la sociedad paraguaya había tenido un marcado carácter rural en el que coexistían un modo productivo de tipo minifundiaro y una limitada economía de mercado. Esta configuración, no obstante, comenzó a modificarse en los setenta a partir de la convergencia de una serie de factores que propiciaron la urbanización del país junto con la expansión del modelo económico característico del capitalismo moderno. En esta época, numerosas familias campesinas comenzaron a trasladarse a centros urbanos como resultado de la disminución de la rentabilidad de sus tierras debido al desgaste del suelo y a la fragmentación de las parcelas a partir de sucesivas divisiones entre herederos. De modo concomitante, en el este del país, la introducción de la agricultura mecanizada de la mano de colonos brasileños también ejerció presión sobre el campesinado tradicional motivándolo a

vender sus tierras a muy bajo precio. Mientras tanto, el ingreso de capitales extranjeros y grandes emprendimientos hidroeléctricos propiciaron la formación de mercados de trabajo urbanos en los sectores de la construcción y de los servicios. La posibilidad de insertarse dentro de estos espacios laborales funcionó igualmente como un estímulo para que muchas familias campesinas tomaran la decisión de asentarse en la periferia de Asunción. Esta combinación de factores contribuyó a que se produjera un intenso proceso de urbanización en Paraguay que comenzó a percibirse en el período intercensal 1972-1982 y se consolidó definitivamente en el período 1982-1992 (Vázquez, 2013).

Parte de esta población de origen rural expulsada de sus territorios se estableció en los territorios que hoy corresponden a los Bañados, donde hasta ese momento vivían unas pocas familias de pescadores o dedicadas a la fabricación de ladrillos. Pero a la par que recibían nuevos pobladores de origen rural, las ciudades experimentaron otro tipo de cambios que promovieron el desplazamiento de familias pobres ya instaladas en las ciudades hacia terrenos más bajos cercanos al río. El crecimiento económico de los setenta también generó un efecto de especulación inmobiliaria en el mercado de la tierra urbana. Los costos de los terrenos ubicados en Asunción subieron extraordinariamente y los sectores más ricos comenzaron a acapararlos como una forma de ahorro e inversión. A su vez, la concreción de obras de infraestructura, como el empedrado o el pavimento asfáltico, y el encarecimiento los servicios públicos establecieron obligaciones que los sectores con menores recursos no pudieron afrontar. En consecuencia, muchos grupos familiares comenzaron a buscar nuevos espacios habitables en el litoral del río Paraguay como una estrategia adaptativa para afrontar el costo de vida urbano sin distanciarse demasiado de los lugares donde se generaban oportunidades laborales. Todo ello paralelamente fue favorecido por medio de la compra de lealtades políticas a cambio de permisos para ocupar terrenos fiscales considerados en ese momento como inservibles.

Los procesos brevemente descritos dieron forma a los flujos poblacionales que determinaron la conformación de los bañados como espacios habitados. Esta dinámica tomó impulso en los setenta y alcanzó su mayor

efervescencia en los años ochenta, cuando el crecimiento económico fue interrumpido por una profunda crisis que incrementó el número de personas pobres en áreas urbanas. Morínigo y Barrios (1984) calculan que la población ubicada en áreas de pobreza sobre el litoral del río Paraguay experimentó una tasa acumulativa de 4,59 entre los años 1972 y 1980, muy superior a la tasa de la población total de Asunción dentro del mismo período (2,97). Una encuesta realizada por la organización Base ECTA hacia fines de los noventa también reflejó claramente dicha tendencia al constatar que el 29,8% de las personas consultadas llegó al Bañado Sur entre 1970 y 1979 y el 47,2% (casi la mitad) lo hizo entre 1980 y 1990 (Imas, 1993). Además, otros datos de este último estudio sugieren que el proceso de inserción de estas familias en los barrios del conglomerado bañadense fue por etapas. Si bien el instrumento utilizado no permitió determinar dónde nacieron las personas entrevistadas, llama la atención que cerca de la mitad de ellas (48,2%) manifestó haber vivido en una zona no inundable de Asunción, en otro barrio o en un área suburbana antes de instalarse en el Bañado Sur. En consecuencia, no sería difícil suponer que las familias que ocuparon estas tierras hayan seguido un itinerario marcado por sucesivas expulsiones y desarraigos donde se entremezclan paisajes rurales tanto como urbanos.

El Bañado Sur, sin embargo, no ha sido el lugar de asentamiento definitivo de esta diáspora. Vivir al borde del río para la mayor parte de las familias implica estar preparadas para desmontar todo otra vez y moverse en busca de protección cada vez que suben las aguas. El Paraguay es un río de llanura, cuyas aguas provienen de una enorme cuenca con una superficie de alrededor de 1.000.000 de kilómetros cuadrados. Los regímenes pluviales que afectan a la cuenca del río Paraguay producen crecidas cíclicas del nivel de agua en Asunción hacia fines del otoño, en mayo y junio. Pero estas subidas pueden alcanzar niveles críticos y sobrepasar las cotas de seguridad si los períodos de lluvias o el volumen de las precipitaciones en el norte superan los niveles acostumbrados, lo cual cada vez es más frecuente debido a las alteraciones bioclimáticas que se producen como consecuencia de la tala masiva de áreas boscosas y otros factores asociados a la expansión de un modelo productivo ba-

sado en el monocultivo intensivo. En los últimos 40 años, en efecto, se han registrado por lo menos 6 crecidas críticas del río Paraguay en los años 1982/1983, 1992, 1997/1998, 2004, 2014 y 2015/2016<sup>10</sup>. Frente a esta última situación de emergencia, las familias se vieron forzadas a abandonar nuevamente sus viviendas para instalarse en zonas más altas de la ciudad. La mayor parte de estas personas se ubicó en campamentos improvisados en plazas, paseos de avenidas, veredas, canchas de fútbol cedidas por algunos clubes, terrenos privados sin construcciones o lotes pertenecientes a las fuerzas militares. Aunque en menor número, otras se mudaron a casas de parientes o amigos o incluso alquilaron pequeños departamentos o piezas. El tiempo que permanecieron en estos lugares dependió de la duración de la crecida. Durante la última inundación, las familias bañadenses comenzaron a movilizarse en julio de 2015 y recién pudieron a regresar a sus lugares de origen casi un año después. De acuerdo con datos de la Secretaría de Emergencia Nacional (SEN), en enero de 2016 cerca de 22.000 familias, es decir, unas 110.000 personas<sup>11</sup> se encontraban en esta situación (OPS/OMS, 2015). Si se toma en cuenta que la ciudad de Asunción cuenta con poco más de 500.000 habitantes, eso quiere decir que 1 de cada 5 personas residentes en la capital del país tuvo que desplazarse durante el último año por causa de la crecida del río Paraguay.

La diáspora de las familias bañadenses sin embargo no se acaba con la migración temporal a zonas más altas de la ciudad cada vez que sus casas quedan rodeadas por el agua. La posibilidad de que hogares enteros sean trasladados de los territorios donde actualmente se asientan constituye un riesgo permanente desde que, hace dos décadas, se presentó el proyecto de creación de una franja costera para la ciudad de Asunción. Esta iniciativa fue impulsada por el gobierno municipal electo en 1991 con el apoyo de organismos financieros internacionales, pasó por diversas etapas en las que hubo avances tanto como retrocesos y finalmente parte del mismo comenzó a ejecutarse en 2008. El proyecto “Franja Costera de Asunción” pretende una transformación del uso del suelo de las zonas

10 Análisis y datos más amplios y detallados sobre el comportamiento del río Paraguay y el impacto de sus crecidas pueden encontrarse en Imas (1993) y Monte Domeq *et al.* (2003).

11 Se contabiliza también a las personas que viven en el Bañado Norte de Asunción.

riberañas con el fin de ganar espacios para la ciudadanía e integrar la ciudad al río de una manera sostenible (Garay, 2013). Pero en los hechos la noción de ciudadanía utilizada en este proyecto podría tener un sesgo jerárquico y excluyente desde el momento que integra a ciertos sectores (inversores inmobiliarios, por ejemplo) y margina a otros (población bañadense). El plan maestro elaborado en 1993, en efecto, incluye entre sus principales componentes la “relocalización de los pobladores de las zonas inundables en nuevos barrios urbanizados” por una parte y la “creación de zonas de urbanización concertada para el mercado inmobiliario” por otra, si bien menciona también el “mejoramiento socio-económico y fortalecimiento del capital social de la población ribereña”. Lo cierto es que en el contexto de estas transformaciones las familias del bañado temen ser desalojadas de los lugares donde viven, lo cual supone para ellas un reinicio de la diáspora que a través de distintas generaciones las ha llevado de un sitio a otro.

#### **4.2. La costa del río y sus habitantes**

Bañado Sur es el nombre genérico utilizado para denominar una amplia zona colindante con el río Paraguay, ubicada en la periferia suroeste de la ciudad de Asunción<sup>12</sup>. Su superficie es de aproximadamente de 6,5 km<sup>2</sup> y se extiende desde el arroyo Pesoa en las inmediaciones del Puerto Sajonia hasta el arroyo Lambaré (Imas, 1993). Como ya se mencionó, una de las principales características de este territorio es que se encuentra afectado por las crecidas cíclicas del río. Sobre estas tierras inundables, se han instalado distintas clases de asentamientos. Los más consolidados se hallan en las zonas más altas, entre las cotas 61 y 63<sup>13</sup>, donde las aguas solo llegan cuando el río alcanza una altura de 7 a 9 metros. Aquí las barriadas suelen contar con calles empedradas o incluso asfaltadas, hay despensas, iglesias, puestos de salud, comedores populares y una gran cantidad de casas que están construidas con materiales sólidos y durables. El hacinamiento forma parte del panorama habitual de esta zona. Los asentamientos menos estables se ubican en las zonas más bajas, en la franja

12 El área ribereña luego se extiende aguas arriba del río Paraguay formando lo que se conoce como Bañado Norte.

13 La zona de riesgo está definida por debajo de la cota 64.

conformada por las cotas 58 y 59, zona que se inundan con mayor frecuencia cuando el río alcanza una altura de unos 5 metros. En este lugar el paisaje tiene una apariencia más rural, los caminos se encuentran más deteriorados y las casas son más precarias y están más separadas.

La mayor parte de los hogares bañadenses están instalados en tierras fiscales o de la Municipalidad de Asunción. Algunas fuentes indican que el 85% de los casos se encuentra en esta situación (Caravias, 2015). Al igual que en las áreas rurales, cuando una familia desea ubicarse en el lugar puede recurrir a distintos métodos para ocupar un lote o una casa según las circunstancias. En algunos casos, se instala directamente en los espacios que encuentra vacíos. Esto todavía sucede en las zonas más cercanas al río. Otras veces puede comprar el derecho de uso de los lotes a un antiguo ocupante. Pero probablemente la práctica más frecuente consiste en que una familia recién formada construya una pequeña vivienda —a veces tan solo en una pieza— en el terreno de los progenitores de alguno de los miembros de la nueva pareja, sumando construcciones en un lote que se vuelve cada vez más insuficiente para el número de sus ocupantes.

En términos de la administración pública municipal, actualmente existen 4 barrios asuncenos que estarían incluidos dentro del Bañado Sur. Estas unidades territoriales definidas por la Municipalidad de Asunción son Tacumbú, Santa Ana, San Cayetano y Jukuty. Sin embargo, la comunidad bañadense suele reconocer los barrios o asentamientos que habita de manera distinta y más específica. Es frecuente que muchos lugares sean identificados tomando en cuenta el área de influencia de una iglesia o parroquia, como sucede con San Blas, San Miguel, María Auxiliadora o Virgen de Fátima. En otros casos, los lugares conservan los nombres que los pobladores originarios les asignaron como Villa Serenidad o Porvenir. Otros toman como referencia una calle (Calle F) o alguna actividad puntual que se realiza en la zona (Arenera). Lo cierto es que la cartografía oficial no coincide necesariamente con las representaciones que utilizan los pobladores y las pobladoras del Bañado Sur para nombrar y reconocer los territorios donde viven y transitan.

En estas circunstancias, el área bañadense concentra una considerable proporción de la población de la capital del país. De acuerdo con los datos provistos por el Censo 2012, en los barrios que forman parte del Bañado Sur viven casi unas 40.000 personas, lo cual representa el 7,4% de la población total de Asunción (529.433 habitantes). Este grupo se encuentra dividido casi por el mismo porcentaje de hombres y mujeres.

Proporcionalmente en los barrios del Bañado Sur hay una mayor cantidad de personas menores de 14 años que en el conjunto de Asunción y una menor cantidad de adultos mayores de 64 años<sup>14</sup>. Esta diferencia se podría explicar tomando en cuenta que en Paraguay la tasa de fecundidad es más elevada en los estratos más pobres de la población<sup>15</sup> y que el área bañadense fue poblada de modo relativamente reciente en comparación con otros barrios de Asunción. La presencia de una considerable población infantil es un dato significativo porque plantea la existencia de una demanda diferenciada de cuidados. En contextos sociales donde hay más niños y niñas que personas ancianas se requieren, por ejemplo, más centros de atención infantil y establecimientos de salud con servicios para la primera infancia.

Con el paso de los años, el Bañado Sur se ha convertido en territorio segregado del resto de la ciudad donde se concentra la pobreza que produce un modelo productivo excluyente que distribuye de manera muy desigual las oportunidades y los recursos socialmente producidos. En este espacio viven personas que podrían ser definidas como un excedente del modelo productivo dominante, quienes por lo general solo acceden al mercado laboral de una manera discontinua, insegura y precaria. Para subsistir y lograr reproducirse como grupo social, estas personas han desarrollado distintas estrategias adaptativas que incluyen indudablemente el trabajo remunerado, pero a la vez abarcan prácticas fundamentales para

---

14 De acuerdo con datos del Censo Nacional 2012, las personas menores de 15 años representan el 22,6% de la población total de Asunción, mientras que en Tacumbú, Santa Ana, San Cayetano y Jukyty representan en promedio el 33% de la población total de cada uno de estos barrios. En el caso de las personas mayores de 64 años, las proporciones se invierten. Esta franja etaria representa el 9,9% de la población total de Asunción y el 5,1% (promedio) de la población total de estos barrios.

15 La Tasa Global de Fecundidad en Paraguay es de un promedio de 2,5 hijos/as por cada 1.000 mujeres. Pero si se analiza este indicador por estratos socio-económicos el promedio de hijos/as aumenta considerablemente entre la población más pobre. En la población paraguaya de nivel socio-económico muy bajo, aumenta a 4,1 el promedio de hijos/as por cada 1.000 mujeres (CEPEP, 2009).

el sostenimiento de los hogares como el trabajo no remunerado o la participación en redes domésticas de ayuda mutua tanto como el acceso a sistemas de clientelismo político o de asistencialismo.

### **4.3. Pobreza y segregación espacial**

Las personas que viven en los bañados de Asunción por lo general suelen permanecer invisibles para el resto de los habitantes de la ciudad. Probablemente haya pocas personas que no sean de este lugar que conozcan sus rostros y sus voces o las calles y recovecos por donde transitan diariamente. Sin embargo, de tanto en tanto se producen acontecimientos que ponen de manifiesto su presencia para el resto de los asuncenos y asuncenas: Sus cuerpos se tornan tangibles en los campamentos de damnificados instalados en los espacios públicos; las imágenes de un televisor reproducen la captura de microtraficantes en alguno de sus barrios; una manifestación de organizaciones sociales bañadenses produce un embotellamiento de autos. Cuando alguno de estos hechos sucede, es bastante común que circulen representaciones estereotipadas sobre la población de los bañados. Uno de los prejuicios más recurrentes señala que la mayoría de los bañadenses son pobres, haraganes y delincuentes. Demás está decir que este tipo de representaciones emerge de las matrices del pensamiento clasista y colonial con el cual la sociedad paraguaya se representa a sí misma. Mediante esta clase de dispositivos simbólicos, se pretende silenciar e invisibilizar cualquier elemento que cuestione las profundas desigualdades que caracterizan a la estructura social, atribuyendo la responsabilidad de la brecha a los sectores subordinados.

La evidencia disponible, como se podría esperar, pone en tela de juicio algunos de estos prejuicios. Si bien es cierto que la mayor parte de la población bañadense vive en la pobreza, resulta importante reconocer las diversas dimensiones que tiene dicho estado y las implicancias diferenciadas que conlleva para las personas según su posición dentro de un espacio social complejo. Por otra parte, es relevante dar cuenta de cómo los hombres y las mujeres que viven en los bañados buscan asegurar su subsistencia y la de sus familias mediante la combinación de estrategias que incluyen diversas prácticas económicas.

Pero antes de exponer algunos de los principales rasgos y matices de la estructura material del Bañado Sur, conviene introducir algunas nociones básicas sobre la pobreza. Como señala Rojas (2013), la pobreza no es un problema aislado e individual, sino el resultado de determinadas relaciones sociales construidas históricamente por distintos agentes. Por eso, entre otros aspectos, es relevante analizar cómo se relaciona el Bañado Sur con el resto de la ciudad de Asunción. Por otra parte, la pobreza puede ser conceptualizada de muchas maneras, lo cual conduce a no limitarla a la incapacidad para producir una determinada cantidad de ingresos monetarios (Spicker, 2009). Asumiendo una perspectiva multidimensional, la pobreza también se relaciona con una imposibilidad para acceder a ciertos servicios públicos o al estándar de vida que una sociedad particular considera indispensable en un momento de su historia. De igual manera, la pobreza existe cuando no se tiene control sobre algunos recursos clave, se padece dependencia e inseguridad económica o no se cuenta con tiempo suficiente para realizar actividades que se consideran valiosas.

Partiendo de esta noción multidimensional de la pobreza y tomando como referencia los datos provistos por el Censo 2012, existen distintos factores a tomar en cuenta que colocan a la luz las distancias sociales existentes entre los barrios del Bañado Sur el conjunto de la ciudad de Asunción, a la vez muestran las diferencias entre estos mismos suburbios<sup>16</sup>. La población que vive en el Bañado Sur forma parte de un conglomerado humano que experimenta mayores restricciones que el resto de los asuncenos y las asuncenas para lograr un nivel básico de bienestar, ya sea a través del

---

16 Desde el punto de vista de los ingresos, los datos de la Encuesta Permanente de Hogares 2015 indican que el 11,4% de la población asuncena es pobre, vale decir, aproximadamente unas 57.000 personas –de un total ligeramente superior a 500.000– viven en hogares que no cuentan con los recursos económicos necesarios para acceder a una canasta básica de bienes y servicios. Dentro del conjunto total de la población asuncena, a su vez, el 3% (unas 15.000 personas) es pobre extremo. Para realizar esta segregación, se toma en cuenta que en el año 2015, el Banco Central del Paraguay estimó a través del Índice de Precios al Consumidor que el costo mensual por persona de una canasta básica alimenticia y no alimenticia para el Área Metropolitana de Asunción era de 643.606 guaraníes (DGEEC, 2015), lo cual equivale a unos 21.000 guaraníes por día. Esta medida se utiliza para discriminar a las personas que en razón de sus ingresos se encuentran por debajo de la línea de la pobreza. El mismo año el costo mensual por persona de una canasta básica únicamente alimenticia (indicador de pobreza extrema) fue estimado en 378.520 guaraníes, vale decir, aproximadamente 12.000 guaraníes diarios. Los datos proporcionados por esta clase de instrumentos estadísticos ciertamente no permiten detectar cómo se distribuye la población pobre a una escala barrial.

uso de servicios públicos como por la vía del mercado. Por lo general, los barrios que forman parte del área bañadense presentan una situación más adversa que la del resto de la ciudad en materia de acceso a servicios básicos. El porcentaje de viviendas con desagüe cloacal, recolección de basura y sistemas de saneamiento en el Bañado Sur, en algunos casos, es dramáticamente inferior en comparación con la proporción de viviendas asuncenas que disponen de estos servicios. Por ejemplo, mientras que en Asunción el 95,7% de las viviendas tiene algún tipo de desagüe (ya sea a través de una red pública o un pozo ciego), en Yukuty solo el 54,8% cuenta con acceso a esta infraestructura. La proporción de viviendas con energía eléctrica y agua corriente, en cambio, es relativamente parecida entre los barrios del Bañado Sur y el conjunto de la ciudad, según los datos censales. Sin embargo, es necesario considerar que la estadística no logra captar la potencial precariedad de dichas conexiones —muchas veces clandestinas por falta de medios económicos para cubrir sus costos—, lo cual hace que el servicio sea inconstante y hasta muchas veces peligroso para sus usuarios.

Las mismas limitaciones encuentran los pobladores y las pobladoras de los barrios ribereños del sur de Asunción para acceder a mejores condiciones de vida por medio del consumo privado. La disponibilidad de heladeras, lavarropas, acondicionadores de aire o incluso un teléfono celular siempre es proporcionalmente menor en las viviendas ubicadas en esta zona que en el resto de la ciudad. Un lavarropas, por citar un caso, se encuentra en casi el 78% de las viviendas asuncenas, pero en Santa Ana solo el 57% de las viviendas dispone de este electrodoméstico. Tanto la carencia de servicios como de determinados bienes tiene mayor impacto en las personas a las que se asigna el mantenimiento del hogar. Como principales responsables del quehacer reproductivo, las mujeres deben lidiar con estas privaciones y resolver con mayor esfuerzo y tiempo de dedicación la satisfacción de necesidades que son indispensables para la vida cotidiana.

Pero sería errado pensar que el Bañado Sur constituye una totalidad indiferenciada donde la pobreza se extiende en la misma medida en cada uno de los barrios que forman parte de esta zona de la ciudad. Tanto los servicios públicos como los bienes de los que dispone una familia se en-

cuentran repartidos de manera desigual también dentro de este territorio. Si se observan en conjunto los datos estadísticos disponibles, donde más se percibe la pobreza es hacia el sur, en Jukyty. Luego le sigue el barrio Santa Ana, ubicado entre Tacumbú y San Cayetano, los cuales exhiben indicadores de bienestar relativamente superiores en comparación con los dos primeros<sup>17</sup>. Estas cifras ofrecen alguna idea de las diferencias aludidas. Sin embargo, la mejor manera de reconocer las distancias sociales que existen dentro del Bañado Sur es a través de la experiencia. En las zonas altas, más cercanas a las avenidas circundantes<sup>18</sup>, se pueden encontrar pequeñas centralidades, con varios comercios, casas construidas con ladrillos y calles que han sido recientemente asfaltadas. Pero a medida que el observador se interna en los barrios y baja hacia los humedales de la costa, los caminos se encuentran en peor estado, las viviendas son más precarias y resulta más difícil reconocer objetos materiales que puedan indicar algún grado de acceso a recursos económicos.

Lo que estas evidencias muestran es que la pobreza urbana tiende a concentrarse en barrios periféricos como los del Bañado Sur. Este territorio se encuentra demográficamente abarrotado, pero desprovisto de servicios públicos que brinden condiciones básicas de bienestar a su población. Al comparar la situación de sus barrios con el resto de Asunción, queda bastante claro la existencia de concretas brechas de desigualdad. Ahora bien, es importante comprender que esta forma de segregación espacial no es producto de elecciones individuales ni de una suerte de acomodo “ecológico” de ciertos conglomerados humanos. Se trata más bien de la consecuencia de la combinación de un orden económico excluyente y de un Estado fallido que es incapaz de garantizar el ejercicio de derechos elementales a sus ciudadanos y ciudadanas.

---

17 Los hogares de Jukyty cuentan proporcionalmente con menos bienes materiales que los hogares de los demás barrios del Bañado Sur. Por ejemplo, mientras que en Tacumbú el 87,6% de los hogares cuenta con una heladera, este porcentaje se reduce al 69% en Yukyty. La misma tendencia se registra con otros bienes como lavarropas, duchas eléctricas, acondicionadores de aire y teléfonos celulares. Este tipo de diferencias se registran también al comparar los demás barrios del Bañado Sur.

18 Las principales avenidas que circundan el Bañado Sur son Yta Ybate, Félix Bogado y Juan Domingo Perón.

#### **4.4. Ganarse la vida en el Bañado**

Afrontar la pobreza por medio de la inserción en el mercado laboral formal no parece ser una alternativa real para gran parte de la población bañadense. Las personas que viven en los barrios cercanos a la costa sur del río usualmente atraviesan por largos períodos de inactividad y cuando consiguen trabajo por lo general se dedican a ocupaciones socialmente poco valoradas y muy mal remuneradas. Aunque no existan datos suficientes para sustentar esta afirmación, es muy posible que los períodos de crecimiento económico no afecten las circunstancias en las que vive la gente en este enclave. La disponibilidad de hombres y mujeres dispuestos a ofrecer su fuerza de trabajo cada vez que se necesite para realizar trabajos despreciados a cambio de una paupérrima remuneración, forma parte del orden social vigente y resulta funcional para su reproducción. Mejorar sus condiciones laborales y de vida en general podría en riesgo la disponibilidad de esta fuerza de trabajo lista para aceptar cualquier arreglo laboral que se le proponga.

En su gran mayoría, quienes trabajan en el Bañado Sur se encuentran dentro de la categoría de dependientes, vale decir, ofrecen su fuerza de trabajo a un empleador (Imas, 1993; Techo a, 2016; Techo b, 2016). El trabajo independiente, en cambio, está proporcionalmente menos extendido. Este hecho desmonta el supuesto de que la mayoría de la población bañadense se dedicaría a trabajos por cuenta propia en la calle, como la venta informal o el cuidado o lavado de automóviles. El carácter dependiente de las relaciones laborales, sin embargo, no debe ser interpretado en este caso como un indicio de formalidad y mucho menos de un empleo de calidad. La mayor parte de las personas que trabajan a cambio de una remuneración seguramente no tiene contrato ni protección social, se encuentra expuesta a prolongadas jornadas laborales y lo hace en la modalidad de jornaleros o jornaleras, como se deduce a partir del tipo de ocupaciones predominantes que se describen a continuación tomando como referencia informes recientes de distintas organizaciones públicas y privadas<sup>19</sup>.

19 En 2016, algunas organizaciones elaboraron diagnósticos de comunidades específicas pertenecientes a barrios del Bañado Sur. Estos análisis incluyeron información sobre las ocupaciones de sus habitantes. Pese a que utilizan una metodología cuantitativa, los datos recabados no ofrecen información suficientemente representativa de la población bañadense. Sin embargo, aun con esta limitación, aportan una idea

El emplazamiento del vertedero municipal de Cateura en el barrio San Cayetano ha convertido a familias enteras (hombres y mujeres, así como niños y niñas en muchos casos) en recicladoras de la basura que produce el resto de las personas que viven en Asunción. Esta actividad económica se caracteriza por una organización del trabajo bastante compleja donde existen distintas categorías de trabajadores y trabajadoras divididos según el derecho adquirido para acceder a determinadas áreas donde se encuentran objetos de mayor o menor valor<sup>20</sup>. La actividad del reciclado, a la vez, genera un conjunto de sub-actividades relacionadas que van desde la clasificación de los materiales hasta el acopio. Otras formas de producir pequeños ingresos que tiene la población bañadense es la venta ambulante, el comercio al por menor y la realización de diversos tipos de changas. Por otra parte, muchas mujeres se dedican al trabajo doméstico remunerado al igual que varios hombres se ocupan en el sector de la construcción, reproduciendo los patrones tradicionales de la división sexual del trabajo. En algunas áreas además se concentran personas que trabajan en actividades más específicas. Dentro de Tacumbú, en la zona de San Felipe, concretamente en un lugar conocido como “Mar del Plata”, vive un importante número de pescadores agrupados en algunas organizaciones. En el mismo barrio igualmente hay zonas que aglutinan a personas que trabajan o han trabajado en las antiguas olerías instaladas también cerca del río (Suarez y Rabey, 1997).

---

sobre el tipo de actividades laborales predominantes en los barrios. Ver MA, 2016; STP a, 2016; STP b, 2016; TECHO a, 2016; TECHO b, 2016.

- 20 La descripción pormenorizada de la organización del trabajo en el vertedero de Cateura demandaría un apartado entero, que excede los límites de esta caracterización del territorio donde se ha realizado el trabajo de campo. De manera muy resumida, se puede mencionar que a partir de 2005, cuando la empresa Empo fue adjudicada con un contrato de concesión para que se ocupe de la disposición final de la basura recolectada en Asunción, el terreno donde se arrojan los desechos fue dividido en distintas áreas. Esta división afectó también a las personas que hasta ese momento recogían libremente los materiales destinados al reciclaje (gancheros y gancheras). El acceso a las áreas más apreciadas, donde los camiones depositan inicialmente la basura, fue concedido a los gancheros que ya contaban con alguna forma de organización. Las otras áreas fueron repartidas entre los gancheros que no estaban organizados. Actualmente el acceso a las distintas áreas continúa en manos de las organizaciones de gancheros. Una persona que tiene derecho a acceder al área más valorada puede transferir este derecho a otra persona (un familiar, por ejemplo). Además, una persona que quiera iniciarse en el reciclaje puede comprar el derecho a otra que quiera venderlo.

Es muy frecuente que las personas dedicadas a esta clase de actividades laborales no reciban una remuneración estable, por lo que su situación se vuelve mucho más precaria ante acontecimientos imprevistos como un día de lluvia o una enfermedad. Como parte de estos fenómenos no esperados, las inundaciones representan un factor que tiene un profundo impacto en la frágil economía doméstica de las familias bañadenses. Además de los costos relacionados con el traslado y la instalación en los refugios, durante la última crecida del río muchas familias perdieron bienes y varios trabajadores se vieron obligados a dejar la ocupación que tenían<sup>21</sup>. La incertidumbre económica y la ausencia de seguridad que produce se suman así al patrón de privaciones que caracteriza la pobreza que afecta a gran parte de la población del Bañado Sur.

En estas circunstancias, la subsistencia de las familias bañadenses debe asegurarse en el marco de economías paralelas a la del mercado, donde la producción, la distribución y el consumo no se encuentran mediados por el capital. Las redes de parentesco y vecinales constituyen ámbitos económicos donde circulan recursos como alimentos, vestimentas, remedios y donde se prestan diversos tipos de servicios que resultan fundamentales para sostener un hogar (Martin, 2015). Además, en el territorio bañadense persisten formas de producción campesinas adaptadas al medio urbano (Coronel, 2001). Algunas familias, sobre todo aquellas que viven más cerca de la costa, todavía cuentan con pequeñas huertas para el autoconsumo donde plantan mandioca o porotos y espacios donde crían animales domésticos como los cerdos y las gallinas. Este tipo de estrategias son elementos clave para poder sostener los hogares en un contexto de numerosas privaciones materiales y un acceso fluctuante a recursos monetarios.

La necesidad de producir a diario los recursos básicos para subsistir, no obstante, es una norma que tiene algunas excepciones significativas. En los barrios del Bañado Sur también viven personas que cuentan con empleos más estables e incluso formales. Los relevamientos realizados por diversas instituciones del Estado y privadas dan cuenta de la presencia de hombres y mujeres empleados en el sector público y privado, en

---

21 De acuerdo con el censo comunitario realizado por la Municipalidad de Asunción en 2016, prácticamente 1 de cada 4 jefes o jefas de hogar tuvo que cambiar de trabajo desde que se mudó al refugio (MA, 2016).

puestos técnicos o como docentes. Aun así la remuneración que reciben estas personas por lo general no supera el salario mínimo. No obstante, la identificación de estas modalidades de inserción laboral es importante para reconocer los matices que caracterizan al espacio social bañadense.

Las estadísticas laborales aplicadas a nivel barrial ciertamente son difíciles de obtener. No se puede tener una idea exacta sobre cuántas personas desempleadas hay o cuántas están subocupadas. Sin embargo, las tasas de la población activa<sup>22</sup> arrojadas por el censo 2012 ofrecen la oportunidad de esbozar algunas ideas acerca de la relación entre la configuración por sexo de la fuerza laboral y la pobreza. La tasa de actividad total de los barrios del Bañado Sur siempre es inferior a la de Asunción (57,7), aunque varía según las zonas. Pero llama mucho la atención cómo en los barrios que forman parte del Bañado Sur (excepto Tacumbú) aumenta notablemente la tasa de hombres activos a la par que disminuye la de las mujeres. Dicho de otra manera, en las áreas donde se concentra la pobreza aumenta la proporción de hombres que trabajan o buscan trabajo a cambio de una remuneración y disminuye la de las mujeres. Para explicar este fenómeno, se pueden formular por lo menos tres hipótesis que están interrelacionadas. En primer lugar, hay que tomar en cuenta que el instrumento censal no reconoce como actividad económica el trabajo no remunerado que realizan las mujeres en los hogares más pobres con el fin de asegurar la subsistencia familiar, como la cría de pequeños animales, la clasificación de los objetos reciclados<sup>23</sup> o la venta ocasional de alimentos o de otros productos en la propia casa, por citar unos pocos ejemplos. En segundo lugar, se podría suponer que la sobrecarga de trabajo en el hogar limita las oportunidades laborales de las mujeres más pobres, quienes a diferencia de sus congéneres de clase media o alta no pueden delegar estas tareas mediante la contratación de otra persona. Por último, y relacionado con lo anterior, también cabría suponer la pobreza se profundiza en los hogares donde hay una sola persona que provee ingresos —por lo

---

22 Suma de población ocupada y población desocupada con edad para trabajar (12 años y más, en Paraguay).

23 El trabajo de reciclaje demanda una clasificación de los objetos recolectados que luego serán vendidos a distintos compradores. En algunos casos, cuando esta actividad es realizada por un hombre que cuenta con una pareja, se asigna a ella la tarea de seleccionar y apartar los objetos según sus propiedades. Este trabajo por lo general se realiza en el hogar.

general, un hombre— y se aliviana en aquellos hogares donde tanto hombres como mujeres trabajan de manera remunerada y logran así producir mayores ingresos familiares.

Esta breve descripción de los trabajos que realizan las personas que habitan el Bañado Sur pone en evidencia la necesidad de evitar representaciones simplificadas. La gente recurre a una combinación de estrategias para hacer frente a esta situación de pobreza en la que vive. El trabajo remunerado es una de ellas, pero no la única. También es fundamental el trabajo no remunerado que se realiza en los hogares y la participación en economías no monetarizadas para generar condiciones mínimas de subsistencia. Dentro de esta trama, el trabajo de cuidados es un elemento fundamental que, además de asegurar la reproducción generacional de este grupo social, aporta las condiciones básicas para sostener la vida cotidiana de las personas, especialmente aquellas ligadas a su bienestar físico, emocional y psicológico. Decir que la población bañadense es haragana y que no trabaja, por tanto, es un prejuicio que encubre los esfuerzos que día a día realizan estas personas para continuar sosteniendo la vida en los márgenes de la ciudad.

## **5. Cuidar y ser cuidado en los márgenes**

Todavía está muy oscuro cuando Rosa se despierta. Son las cinco de la mañana y ya siente el cansancio desde temprano. Anoche no pudo dormir bien. La energía eléctrica volvió hace solo unas horas, después de un corte general en la zona que la dejó sin el ventilador que usa para espantar a los mosquitos y respirar algo de aire fresco dentro de la pequeña pieza sin ventanas que comparte con su marido, sus tres hijas y su hijo. Cada vez que hace mucho calor, en Asunción estalla algún transformador y muchos barrios quedan sin electricidad, incluyendo los campamentos donde viven las familias desplazadas por la crecida del río Paraguay. Rosa se apura para ir al baño comunitario instalado en medio de la plaza para lavarse la cara. Dentro de una hora se despertará su marido y el desayuno tiene que estar listo antes que se vaya a trabajar. Esa mañana, como todas las demás, prepara un cocido con leche en el brasero instalado en una cocina improvisada, bajo un techito de madera al costado de la pieza.

Luego cocina un bife que el hombre almorzará mientras está fuera de la casa. A las seis el marido se levanta y media hora después sube a la moto con la que se suele trasladar hasta la pizzería donde trabaja sobre la calle Artigas. Rosa aprovecha ese tiempo libre para repasar los apuntes de su cuaderno porque esa noche rendirá un examen de física en la escuela nocturna a la que asiste para completar los cursos que le faltan de la educación media. Pero apenas revisa los primeros problemas ya escucha que se despierta Ireneo, quien llorisquea pidiendo que se le dé de mamar. A Rosa no le queda más que dejar lo que estaba haciendo para atender a su pequeño hijo. Lo amamanta, le cambia los pañales y luego le ofrece un trozo de pan para que se entretenga mientras despierta a las mellizas para que lleguen a tiempo a las actividades de refuerzo escolar que ofrece a los niños y niñas que viven en los campamentos una organización social que opera en el Bañado Sur. Cuando las hijas salen de la casa después de haber desayunado, Rosa intenta repasar de nuevo las clases de física. El tiempo que le queda es muy breve, porque a las nueve ya debe comenzar a preparar el almuerzo. Solo le alcanza para mirar un ejercicio más antes de ponerse a cocinar con la ayuda de Pamela, su hija mayor, quien se acaba de despertar. Mientras cortan las verduras para hacer un guiso de arroz, las dos aprovechan para tomar tereré y conversar sobre sus cosas. Pamela suele aconsejar a su madre que no se deje avasallar por el padre y cuando encuentra el momento le pide dinero para imprimir un trabajo práctico del colegio. La mañana pasa volando, como dice la gente. Además de cocinar, Rosa hace las camas, limpia la pieza y lava los cubiertos que utilizó. Pero lo que más demanda su atención es saber qué está haciendo Ireneo. El niño ya camina y no se queda quieto ni un momento. A Rosa esto le preocupa mucho porque a veces lo tiene que ir a buscar hasta la calle, donde pasan muchos autos y camiones y transitan personas extrañas. Por eso ella ya quiere que bajen las aguas del río para poder regresar a su casa de Virgen de Luján, donde conoce a sus vecinos y su hijo tiene mucho espacio para jugar. Al rato llegan las mellizas y comen con su hermana mayor porque pasado el mediodía las tres tienen que ir a la escuela. Rosa almuerza con Ireneo recién cuando ellas se van. A eso de la una el niño se acuesta a dormir la siesta. Rosa se queda con él hasta que se queda dormido y luego se levanta para lavar los platos que que-

daron sucios. Cuando termina esta tarea, aprovecha para bañarse y volver a repasar más sus estudios, mientras Ireneo todavía duerme. Pero este tiempo para sí misma no dura mucho ya que el niño se despierta media hora después. La rutina de la mañana así se repite de una manera más o menos parecida por la tarde. Desde las tres hasta las seis, Rosa anda detrás de Ireneo, lo baña y prepara la merienda para cuando vuelvan sus hijas y su marido. El trajín recién se interrumpe cuando a eso de las seis y media entra a clases en la escuela nocturna. Mientras ella se encuentra fuera de la casa, Pamela se queda a cargo de sus hermanas y su hermano menor. Rosa regresa a su casa a las ocho y media de la noche. Cuando llega, todo el mundo la está esperando para que resuelva la cena. Esa noche Rosa hará como casi siempre, que es recalentar lo que sobró del mediodía. Sin embargo, su marido dice que no es suficiente y pide que le preparen dos huevos fritos. Pamela se ofrece para ir a comprar los huevos porque sabe que puede encontrarse con sus amigos camino a la despensa. A Rosa no le agrada mucho que su hija hable con ellos porque no los conoce, pero acepta pensando que puede aprovechar esos minutos para descansar un rato. Cuando Pamela regresa, Rosa calienta la cena y fríe los huevos. Primero comen las hijas y luego los mayores con Ireneo. Como a las nueve y media, todos terminan de cenar y toman una gaseosa juntos como postre. Tras este breve momento de tranquilidad, las hijas y el hijo de la pareja se acuestan para dormir. Entonces Rosa sale de la casa para ir al baño y cepillarse los dientes antes de ir a la cama. Poco después de las diez de la noche se escucha el ruido del motor del auto de un vecino del barrio que estaciona en el garaje de su casa mientras Rosa duerme a pocos metros de distancia, en el campamento ubicado en la plaza de enfrente.

Este corto relato basado en el diario de actividades de un día en la vida de Rosa, una de mis principales informantes, sirve de introducción para poner en escena parte de la diversidad de prácticas, agentes, tiempos relaciones y ámbitos donde se produce el cuidado. Si bien la composición de las familias es variada así como pueden existir distintos arreglos para resolver cuestiones de la vida cotidiana, muchos de los elementos mencionados son compartidos por varios hogares del Bañado Sur, dando forma a un cierto patrón de situaciones percibidas a escala microsocia-

Partiendo de este horizonte, la sección que sigue a continuación tiene como finalidad presentar un análisis resumido de las prácticas de cuidados observadas y de la forma en los agentes involucrados se organizan para cuidar. En primer lugar me referiré a las prácticas de cuidado directo, que son aquellas que comprenden una relación cara a cara entre la persona que cuida y la que recibe cuidados. Luego abordaré las prácticas de cuidado indirecto, definidas como aquellas acciones donde no necesariamente existe una relación de proximidad, pero que son fundamentales para que el cuidado se produzca. Finalmente me concentraré brevemente en la organización del cuidado que predomina en el Bañado Sur.

### **5.1. Las relaciones cara a cara**

En los siguientes párrafos describiré algunas prácticas de cuidado que pude observar o que me fueron relatadas durante el trabajo de campo. Mi intención no es construir tipologías, sino ofrecer un panorama lo suficientemente amplio y a la vez abierto de las distintas modalidades que puede adoptar la acción del cuidado en un contexto concreto. En cuanto a la extensión del concepto, utilizaré un enfoque amplio, incluyendo dentro de la categoría aquellas actividades que tienen como finalidad producir condiciones básicas para que las personas –sobre todo aquellas que no cuentan con suficiente autonomía– puedan acceder a un mínimo bienestar en un contexto de profundas privaciones materiales.

Lo primero que hay que registrar es que la práctica del cuidado involucra una relación corporal. Una de las imágenes que evoca esta conexión humana es la de un bebé cuando se amamanta del pecho de su madre. La vida del niño o la niña en dicho momento depende de ese contacto con un ser externo, del cual muchas veces depende su supervivencia. Prácticamente durante todas mis visitas a los campamentos y en casi todas las actividades en las que participé pude observar esta clase de situaciones. El amamantamiento se realiza en el hogar, en la calle, en las reuniones, de una manera íntima y personal o a la vista de otras personas. El cuidado que se brinda por medio del contacto directo, además, abarca otro tipo de experiencias. La materialidad del cuerpo se encuentra íntimamente comprometida en otras actividades concretas como fregar con

jabón un cuerpo con el fin de asearlo, cambiar la ropa, dar de comer con una cuchara, tocar la frente para saber si tiene fiebre o dar un abrazo para consolar la tristeza o el dolor conllevan siempre un acercamiento íntimo, una comunicación de orden somático, entre dos individuos.

Pero, aunque algunas imágenes de esta simbiosis corporal puedan estar cargadas de afectividad, es necesario evitar las idealizaciones. Las acciones de cuidado donde el cuerpo se encuentra comprometido tienen una dimensión más penosa y agotadora. Las tareas donde se produce un contacto directo demandan organismos que puedan responder a las exigencias materiales de este trabajo. Para brindar asistencia a otro individuo se requiere en primer lugar cierta fortaleza física. Alzar a un niño o ayudar a levantarse a una persona anciana, por ejemplo, exigen determinada fuerza muscular. Además, es necesario coordinar acciones que se realizan en simultáneo, como me comentó Rosa durante una de nuestras tantas conversaciones.

“Yo primero, por ejemplo, corto mis verduras, después ando cocinando, después vengo a hacer otras cositas, después me voy otra vez [...] Dos o tres cosas a la vez alguna vez hago [...] Ando como medio loca algunas veces” (Rosa, 31 años, refugio Expopar).

Esta superposición de tareas exige cuerpos atentos y capacitados para reaccionar ante cualquier imprevisto, lo cual se convierte en una tarea más ardua en los campamentos. La ausencia de espacios propios donde contar con la intimidad necesaria, la falta de recursos básicos como el agua caliente y el incremento de algunos factores de riesgo como el peligro de los accidentes en la calle o en viviendas que no son suficientemente seguras demandan cuerpos más vigilantes y alertas. Los cuerpos dispuestos para el cuidado, por otra parte, tienen que ser capaces de conservar su funcionalidad aun cuando se encuentren cansados o enfermos. La responsabilidad del cuidado establece un vínculo de una naturaleza particular, que difícilmente puede ponerse en suspenso por razones que son justificables en otros contextos. La persona que cuida por lo general no puede dejar de cumplir con esta tarea en circunstancias que en otros ámbitos serían motivo de reposo o descanso, como una enfermedad o el agotamiento.

El cuidado como una labor de contacto físico exige cuerpos amorosos, pero que a la vez ofician como una herramienta de trabajo, siempre disponibles y en actividad de manera permanente. Para poder llevar a cabo dicha función, esos cuerpos a veces necesitan censurar sus propias necesidades de cuidados. En contextos de pobreza urbana, el diferimiento permanente de las atenciones que también requiere el propio organismo, en el caso de las personas adultas que cuidan, puede ser interpretado como un factor que contribuye a profundizar su situación de exclusión. Al alcanzar una edad mediana, esos organismos ya se encuentran agotados y soportan el desgaste que produce la postergación del autocuidado.

Así como compromete los cuerpos, el cuidado también moviliza distintas experiencias emocionales, como el amor, la compasión, la preocupación o la angustia. La acción de cuidar, en este sentido, no puede ser reducida a una operación mecánica e impersonal. El interés por el bienestar de otra persona se encuentra mediado por sentimientos y emociones que se despliegan en los tiempos y espacios de la vida cotidiana.

Para varias de las mujeres con las que conversé, el amor constituye uno de los factores fundamentales que se encuentran ligados al cuidado. Las tareas de apoyo y asistencia dirigidas a otra persona, según su opinión, deben realizarse con amor para que produzcan el bienestar esperado. La efectividad del cuidado depende de la presencia de este componente afectivo que actúa como un valor agregado a las cosas o una forma particular de hacerlas, tal como lo sugiere Carmen, una de las jóvenes que entrevisté.

“Al cuidarle a una persona obviamente vos hacés sentirle a esa persona que te importa, que le tenés algún afecto. Y así también uno cuida porque esa persona le importa o porque siente algún afecto por ella” (Carmen, 19 años, refugio UCA).

Sin embargo, el cuidado produce igualmente constantes tensiones y frustraciones que son producto de desencuentros o de expectativas no satisfechas. Cuando un niño se lastima o un familiar no se recupera de una enfermedad se presentan con facilidad estados de preocupación y angustia. Por otra parte, el cuidado implica tener que lidiar con conflictos familiares que pueden ser leves, como las peleas habituales entre her-

manos y hermanas, hasta mucho más serios, como la presencia de algún hijo involucrado con el consumo problemático de drogas. La felicidad y la preocupación forman parte de una experiencia continua, sin límites ni demarcaciones que los separen claramente. Son estados emocionales que se alternan y superponen de manera constante en las relaciones de cuidado.

Además, muchas personas que cuidan en el contexto del Bañado Sur experimentan preocupación frente a la necesidad de afrontar los costos asociados al cuidado. Administrar el escaso dinero que ingresa al hogar para poder cubrir las necesidades básicas de todos los integrantes de una familia es una actividad que genera tensión y exige tomar decisiones difíciles a cada momento, como posponer constantemente la adquisición de un bien indispensable o privilegiar las demandas de un miembro de la familia en desmedro de las de otro. La presión constante que produce la administración de la economía doméstica se refleja en un comentario sobre las dificultades con las que habitualmente debe lidiar Rosa cuando alguna de sus hijas le pide cosas típicas de las chicas de su edad.

“Yo me siento chantajada en algunas cosas. Por ejemplo, su papá me deja un 5.000 o un 10.000 [guaraníes] para comprar verduras que me faltan. Y ella [su hija] me pide. Amanece y ya quiere que le compre galletitas, quiere que le compre ya esto. Y con ese 10.000 no puedo hacer nada. Entonces tengo que ver si me falta algo, y si no, le compro. Y ella se da la vuelta, y ya empieza: «¿No tenés 1.000 para comprar esto? ¿No tenés 1.000 para comprar aquello?» A cada rato golosinas quiere comer. Y yo le digo «Pará» [...] «Vos tenés que aprender que no todo en la vida es así» [...] Tengo que pasar la semana con todo lo que yo tengo. Para mí es complicado también. Yo no soy las que quieren pedir a cada rato. Yo no soy así luego...” (Rosa, 31 años, refugio Expopar).

Ocuparse del bienestar diario de otra persona es así un tipo de actividad particular caracterizada por la presencia de distintos estados emocionales en quienes realizan la tarea tanto como en quienes reciben el apoyo. No se trata de un simple acto automático y repetitivo o de la ejecución de una labor que exige una mera facultad intelectual. El cuidado implica involucramiento y un esfuerzo considerable para administrar emociones que muchas veces son contradictorias y conflictivas.

El cuidado, por otra parte, también consiste en una actividad orientada a prevenir situaciones de peligro e inseguridad. Es relativamente común que las personas llamen a esta tarea “mirar” a los más chicos. Mirar significa estar pendientes de ellos, saber qué están haciendo y dónde se encuentran. Esta forma de cuidado pasivo permite realizar otros trabajos al mismo tiempo, como cocinar u ordenar la casa, pero siempre exige la presencia física y un estado de alerta por parte de la persona cuidadora para responder ante cualquier emergencia.

“Mirar” qué hacen los niños y las niñas se volvió una exigencia más imperiosa desde la llegada de la inundación y el traslado de muchas familias a los campamentos. La vida en estos lugares impuso sobre las mujeres la necesidad de incrementar el tiempo y la atención dedicada a esta forma de cuidado pasivo. Los mayores riesgos percibidos son los peligros de la calle y la presencia de personas extrañas. Fuera de sus espacios habituales, los niños y niñas más pequeños se ven forzados a jugar o deambular en áreas por donde circulan muchos vehículos, lo cual preocupa a las personas que tienen la responsabilidad de cuidarlos. Para evitar que salgan a la calle, varias madres apelan a la televisión como una forma de entretenerlos y lograr que permanezcan más o menos quietos en una vivienda que habitualmente no cuenta con más que con una pieza. Pese a todo, esto no impide que los niños salgan a jugar afuera ni que estén expuestos a otros riesgos dentro de sus casas, donde existen conexiones eléctricas precarias, braseros encendidos o techos frágiles que en cualquier momento pueden caerse. Es por eso que el grupo de mujeres que cuida al pequeño Atilio, uno de los niños que viven en el campamento ubicado al costado de la Universidad Católica, opina que una dimensión relevante de esta tarea consiste en prevenir esta clase de contingencias.

“Ese es mi temor. Por eso lo que de él no puedo ni salir. Las veces que está en horas de escuela, hago lo que tengo que hacer, porque tengo miedo de dejarle, porque pasan muchos colectivos, camiones, y él no atiende, sale corriendo de la pieza” (Silvia, 38 años, refugio UCA).

“Lo principal en los niños es cuidar que no salga, que no cruce de repente la calle, que no toque algo que sabemos que le va a hacer mal, que toque electricidad o cosas que le va a cortar” (Carmen, 19 años, refugio UCA).

Además, otra fuente de preocupación es la circulación de individuos extraños. Es común que las personas vivan muy cerca de gente desconocida o que está de paso. Esta situación provoca recelo y desconfianza entre quienes tienen a su cargo el cuidado de niños y niñas porque temen que algo malo les ocurra. De igual manera, se experimenta mucha intranquilidad frente a la posibilidad de que los hijos o hijas adolescentes comiencen a frecuentar pares de su misma edad que están involucrados con el consumo problemático de drogas. Cuidar, por tanto, también significa saber con quiénes están los niños, niñas y adolescentes que viven en el hogar.

Otra de las actividades que las mujeres bañadenses asocian al cuidado es la transmisión de un conjunto de conocimientos, orientaciones y valores que ellas consideran necesarias para la vida adulta de sus hijos e hijas. Cuidar, en estos casos, significa enseñar a los niños y las niñas cómo desenvolverse en el ambiente social en el que les tocará vivir. Dentro de este proceso, una de las prácticas frecuentes es facilitar a niños y niñas el acceso a un horizonte de conocimientos y habilidades útiles para la vida adulta. Quienes están a cargo de su cuidado les proporcionan orientaciones y los inducen para que sean capaces de resolver por cuenta propia varios quehaceres de la vida cotidiana. Desde que son pequeños se les enseña a peinarse, a guardar la ropa o a lavar los cubiertos, y a medida que van creciendo se les asigna otras responsabilidades más complejas. La progresiva delegación de tareas muchas veces suele ser resistida por los niños y las niñas, quienes prefieren no asumir esta clase de trabajos. Sin embargo, en los contextos de pobreza urbana parecería que en varios casos el tránsito de una situación de dependencia a una de relativa autonomía es más acelerado que en otros ámbitos sociales, sobre todo cuando se trata de niñas. Hay que aclarar al respecto que en la mayoría de los casos conocidos durante el trabajo de campo, la atribución de responsabilidades tempranas es más frecuente en las niñas que en los niños. Ellas por lo general trabajan más y asumen mayores compromisos que ellos en el hogar, aunque también hay excepciones de varones que realizan trabajo doméstico, como en el caso de los hijos de Noemí, que cuidan a su hermano menor, cocinan, lavan los platos y limpian la casa.

La necesidad de que los hijos y las hijas comiencen a manejarse solos

desde una edad temprana forma parte de las expectativas de las personas adultas del hogar forzadas a dedicar más tiempo a la generación de recursos para la subsistencia. Posiblemente, una de las expresiones extremas de esta disposición sea el trabajo infantil, que podría ser interpretado como el producto de una compleja combinación de factores como la necesidad de aumentar los ingresos familiares, el desarrollo más temprano de la autonomía en niños y niñas y las dificultades para dedicar más tiempo al cuidado por parte de los miembros adultos de una familia.

## **5.2. Los cuidados indirectos o las precondiciones del cuidado**

Hasta aquí las actividades descritas son directas, debido a que implican una relación cara a cara entre la persona que cuida y la que es cuidada. Pero a la vez existen modalidades de cuidado donde este trato muy próximo entre dos personas no se produce. Este tipo de cuidados suele ser denominado 'indirecto' y abarca gran parte de las actividades que habitualmente se incluyen en la noción de 'trabajo doméstico'. El cuidado indirecto comprende toda una serie de tareas que son necesarias para que los hogares puedan funcionar y para que las modalidades de cuidado directo puedan ser realizadas.

Casi todas las mujeres a las que les pregunté qué tipo de actividades de cuidado efectúan mencionaron también tareas como limpiar y ordenar la casa, hacer la comida, lavar los cubiertos y la ropa, barrer el patio, entre otras labores domésticas. Como se señaló, estos trabajos son una precondición para que puedan realizarse las labores de contacto más directo mencionadas anteriormente. Para darle de comer a un niño, por ejemplo, es necesario preparar la comida, además de ir a comprar los alimentos y lavar los trastos que se utilizaron. En estos casos, no es necesario que exista una presencia sincronizada ni una relación directa entre la persona cuidadora y la persona que recibe atenciones. Quien se beneficiará con este trabajo, por ejemplo, puede estar durmiendo mientras se realiza. Además, una cuestión muy importante es que esta clase de cuidados se presta a toda clase de personas y no solamente a aquellas que por alguna razón requieren de otras para poder cumplir con determinadas funciones vitales. Cuando se llevan a cabo en el hogar, lo cual sucede la mayor parte de las veces, sus beneficiarios son

todas las personas que forman parte de este núcleo, independientemente de factores que pueden generar dependencia como la edad o el estado de salud. En este sentido, las personas adultas que salen a trabajar fuera de la casa, como en el caso de muchos hombres, se benefician con esta clase de labores debido a que los exime del esfuerzo que implica el mantenimiento de la funcionalidad cotidiana de sus hogares.

Para las personas que viven en barrios donde realicé el trabajo de campo, este tipo de tareas representan una carga más pesada por diversas razones. En muchos casos, los hogares suelen ser más numerosos debido a que las familias tienen más hijos o porque comparten la vivienda y los gastos con otros miembros del grupo, lo cual supone que existe una mayor demanda de trabajo doméstico. A veces la presencia de más personas jóvenes o adultas en el hogar constituye una oportunidad para distribuir mejor las labores reproductivas. Como se verá más adelante, este tipo de arreglos es habitual entre algunas familias del Bañado y permite afrontar el sostenimiento de la vida cotidiana de una manera un poco más solidaria, aunque al mismo tiempo introduce conflictos y tensiones. Sin embargo, dicha posibilidad no se concreta en todos los casos debido a que quienes podrían asumir algunas labores del hogar también realizan otra clase de actividades con el fin de aportar ingresos a la frágil economía doméstica. Por tal motivo es bastante común que exista una constante y tensa negociación entre las personas que integran una familia numerosa para decidir quién asume la responsabilidad del cuidado indirecto.

Por otra parte, la probabilidad de contar con el apoyo de alguien que realice el trabajo doméstico a cambio de una remuneración, como sucede en los hogares con mayores ingresos, es bastante infrecuente entre las familias bañadenses, si bien esta clase de arreglo no está del todo ausente. En ciertas ocasiones, algunos hogares tienen la posibilidad de contratar a alguien para que se ocupe de una parte del quehacer doméstico a cambio de una ínfima remuneración. Por lo general, las personas contratadas se encuentran en una situación de pobreza todavía más crítica o bien son miembros de la propia familia, que incluso pueden vivir en el mismo hogar que la persona contratante.

El peso del trabajo reproductivo en los hogares del Bañado Sur, además,

puede ser mayor debido a la falta de infraestructura y tecnologías que aligeren su carga. Muchas viviendas tienen pisos de cemento o de tierra, lo cual hace que sea más difícil limpiarlos. Si bien en los barrios hay agua corriente, las canillas no siempre se encuentran dentro de la casa. Lo mismo sucede con algunos baños, que están ubicados en el exterior de las viviendas. Todo esto, a su vez, se agrava cuando las familias se mudan a los campamentos a raíz de la inundación. Allí hay que salir de la casa y caminar unos cuantos metros para conseguir agua de la única canilla que abastece a varias familias. La ropa también se suele lavar en la calle y hay menos espacio para colgarla hasta que se seque. Las viviendas a su vez se reducen a uno o cuanto más a dos espacios donde se realizan la mayor parte de las actividades cotidianas. Las personas descansan, comen, miran televisión y hasta a veces trabajan sobre sus camas, que es prácticamente el único lugar donde pueden sentarse, como observé varias veces durante mis visitas. La compresión del espacio vuelve más complicados los quehaceres domésticos porque resulta difícil movilizarse con comodidad y realizar tareas aparentemente sencillas como encontrar un determinado objeto en medio un sinfín de utensilios de cocina, prendas desparramadas y bultos apilados.

El acceso a tecnologías que alivian la carga de trabajo doméstico, por su parte, tiene un doble rostro en los barrios del Bañado Sur. En primer lugar, hay que reconocer que la disponibilidad de ciertos electrodomésticos es proporcionalmente menor en comparación con otros barrios de Asunción. Sin embargo, las familias de los bañados no dejan de utilizar algunos aparatos que ayudan a resolver en mayor o menor medida algunas de las principales actividades cotidianas. Durante mis recorridos en los campamentos, me llamó la atención el considerable número de viviendas con distinta clase de electrodomésticos. La mayor parte de las mujeres que entrevisté afirmó contar con artefactos como cocinas a gas, heladeras, lavarropas, secadores de ropa y hasta hornos microondas o freezers. También hubo algunas que manifestaron tener equipos de aire acondicionado, licuadoras, sandwicheras o planchas.

Sin embargo, la contracara de esta situación es que la disponibilidad de dichos electrodomésticos se encuentra constantemente amenazada por distintos factores. Si se produce una avería, muchas familias no cuentan

inmediatamente con dinero para solventar una reparación. Además, con la subida de las aguas del río, muchos artefactos eléctricos se dañaron al no poder retirarlos de las casas y otros se quemaron en los campamentos debido a los cortocircuitos que se producen a partir de conexiones muy rudimentarias y a las constantes alteraciones de la tensión del sistema eléctrico que ocurren durante el verano. De igual manera, cualquiera de estos electrodomésticos puede ser empeñado en caso de que la familia necesite dinero de manera urgente. La situación por la que atravesó doña Marciana puede ilustrar bastante bien esta clase de avatares. El día que la conocí ella se encontraba muy afligida porque la noche anterior se produjo un corte de electricidad prolongado en varios barrios de Asunción y cuando la corriente se reestableció por la madrugada aparentemente hubo un pico de tensión que afectó a su heladera, una licuadora y el televisor. Doña Marciana se quedó sin estos tres aparatos. Ese mismo día, conversando sobre distintos temas, le pregunté cómo ella preparaba la comida, a lo que me respondió utilizaba un brasero, pero que anteriormente contaba con una cocina a gas cuya garrafa vendió para conseguir dinero con el propósito de llevar a una de sus nietas al hospital materno infantil de San Lorenzo. La existencia de electrodomésticos en contextos de pobreza urbana, por tanto, constituye una ayuda relevante para aligerar la carga de tareas en el hogar relacionadas con el cuidado, pero a la vez este tipo de apoyo puede tener un carácter más inestable e inseguro que en hogares con mayores ingresos económicos.

Pero más allá de estos apoyos, lo cierto es que la mayor parte de las veces el trabajo doméstico recae sobre alguna de las personas que integran el núcleo familiar. En varias ocasiones ello implica que dicha persona se dedique plenamente a las labores necesarias para asegurar la funcionalidad del hogar, lo cual limita sus oportunidades para generar ingresos y ganar cierta autonomía económica. Paralelamente existen situaciones donde quien se encarga de las tareas domésticas también trabaja fuera de la casa o realiza actividades remuneradas dentro de ella, como atender un almacén o producir alimentos para vender. Entonces esta persona se encuentra obligada a ocuparse de las tareas domésticas antes del inicio de la jornada laboral o bien al finalizar el día, con lo cual la carga total de tra-

bajo que recaer sobre ella supera ampliamente el promedio de cualquier otra persona sin esta responsabilidad.

A todo esto hay que agregar una modalidad novedosa de cuidado indirecto descrito por las mujeres que entrevisté. Algunas de ellas se refirieron a la necesidad de velar por la seguridad del hogar para prevenir hurtos. La instalación de las viviendas en los campamentos se realiza de una manera bastante precaria y por lo general éstas no cuentan con algunos elementos básicos de seguridad como una puerta con cerradura o con rejas en las ventanas, como a veces suele suceder en los hogares de origen. Esta situación, agravada por la proximidad y la circulación de muchas personas desconocidas, instala en las familias una percepción de inseguridad y provoca la necesidad de que alguien permanezca en la vivienda para cuidar objetos de uso cotidiano como los electrodomésticos anteriormente citados, las herramientas de trabajo e incluso los propios materiales utilizados en las precarias edificaciones donde viven. Al respecto, Mercedes me contó que muchas mujeres conocidas suyas dedicadas al reciclaje comenzaron a evitar alejarse mucho de sus casas a partir del momento que se trasladaron con sus familias a los campamentos. De esta manera, intentan reducir el riesgo de hurtos, lo cual impacta directamente en su capacidad para generar ingresos.

Las prácticas del cuidado de este modo conllevan mucho más que las acciones que se realizan cara a cara en el marco de una relación próxima y directa entre dos personas.

El bienestar depende de una serie muy amplia de tareas mediante las cuales se reproducen ciertas condiciones básicas para la subsistencia de una familia. En los hogares pobres este trabajo suele tener un peso y un costo mucho mayor debido a factores como el mayor número de integrantes y la relativa falta de infraestructura y tecnologías que hagan más fácil esta clase de tareas.

### **5.3. Más trabajo para las familias que viven en la pobreza**

Una de las principales conclusiones que se desprende de los apartados anteriores es que el cuidado no puede ser concebido como una activi-

dad simple y sencilla que se acopla armoniosamente a la vida cotidiana de las personas. La tarea de cuidar, por el contrario, es un trabajo que exige tiempo y dedicación, además de saberes concretos y una notable capacidad para resolver problemas de manera creativa y con los recursos que se tienen a mano. A diferencia de otros tipos de trabajo, el cuidado es una actividad que compromete el cuerpo, la mente y las emociones de quienes lo realizan. Este involucramiento total de la persona que cuida lo convierte en una labor donde el afecto y el interés por el otro o la otra coexisten –a veces de manera muy conflictiva– con el carácter arduo, desgastante y constante de la tarea.

Otra noción clave que queda al descubierto es que el cuidado no puede ser reducido a un tipo específico de actividad con características muy precisas y delimitadas. El cuidado más bien constituye un haz de prácticas muy diversas, que se realizan principalmente en el núcleo del hogar, aunque también en otros espacios sociales. Tales prácticas no están sujetas a una rutina o una secuencia predefinida, sino más bien se ajustan a las circunstancias cambiantes de la coyuntura en la que viven las personas. La multiplicidad de formas que puede adquirir el cuidado, a pesar de todo, se encuentra organizada en torno a un elemento común, que es el propósito de ocuparse del bienestar de otras personas.

Ahora bien, ¿este entramado de prácticas adopta alguna particularidad en un contexto de pobreza urbana como el que caracteriza al Bañado Sur? A primera vista se podría decir que la actividad de cuidar tiene algunos aspectos comunes en distintos estratos sociales.

Cuidar, en la mayoría de los casos, supone la ejecución de una amplia variedad de prácticas que, como se dijo, exige la intervención del cuerpo, la mente y las emociones de las personas a quienes se les asigna dicha responsabilidad. Sin embargo, en los contextos de pobreza urbana el peso del cuidado podría tener una incidencia bastante mayor dentro del volumen total de esfuerzos que alguien realiza para lograr la subsistencia y el bienestar de las personas que se encuentran a su cargo debido a la limitación de recursos materiales. Ocuparse de las necesidades de apoyo y atención de otras personas, en efecto, representa en estos casos una mayor carga de trabajo al no contar con algunos recursos básicos que podrían

aliviar la ejecución del mismo. Esto se observa particularmente en el caso del cuidado indirecto. En comparación con el resto de la población, las personas pobres deben realizar esfuerzos muy superiores para producir esas condiciones mínimas de bienestar que necesitan las personas para vivir. A su vez, la permanente exposición a riesgos en la que viven las enfrenta a la posibilidad de que aumente aún más la cantidad y la intensidad de los trabajos de cuidados. Durante el trabajo de campo en los campamentos de familias afectadas por la crecida del río, las mujeres que entrevisté dejaron entrever que para ellas se había incrementado el peso de los quehaceres relacionados con la reproducción de la vida cotidiana. Y es que lavar la ropa o los platos en la calle no es lo mismo que hacerlo en la propia casa.

#### **5.4. La organización del cuidado en el Bañado Sur**

El cuidado entendido como un bien que se reparte entre distintas personas supone alguna forma de organización social para producirlo. Es necesario que existan agentes que puedan invertir tiempo, fuerza de trabajo y recursos para que dichas actividades de apoyo y atención logren concretarse. Como se mencionó en el apartado dedicado al análisis de los abordajes teóricos sobre el tema, en las sociedades occidentales contemporáneas estas formas de organización pueden adquirir distintos matices. En algunos casos, la responsabilidad del cuidado se atribuye casi por completo a la familia, la cual debe ocuparse del bienestar de sus integrantes y sobre todo de las personas dependientes. Este tipo de regímenes se denominan familistas debido a que el cuidado se resuelve básicamente dentro del núcleo doméstico. Sin embargo, también existen sociedades donde el cuidado se encuentra distribuido de modo más equilibrado entre distintos agentes. Esto sucede usualmente en aquellos contextos sociales donde pudieron desarrollarse en mayor grado algunas instituciones características de un Estado de bienestar. Un ejemplo claro de este caso es cuando el sector público asume parte de la responsabilidad creando servicios como centros de atención infantil donde los padres y las madres pueden dejar a sus hijos e hijas mientras están en sus lugares de trabajo.

Al igual que en varios otros países de la región, en Paraguay la organi-

zación social del cuidado tiene un marcado sesgo familista, se articula con un patrón tradicional de la división sexual del trabajo. Cuando existen necesidades de apoyo y atención, su satisfacción se obtiene principalmente en el entorno del núcleo doméstico, y dentro de este ámbito social por lo general son las mujeres adultas de la familia quienes se ocupan de cumplir con dicha labor. La mayoría de las veces este trabajo se realiza de manera gratuita, aunque también existe una proporción significativa de hogares que delegan parte de la tarea a otra persona (casi siempre una mujer) a cambio de una remuneración. Este modelo organizativo se reproduce de manera bastante similar en la mayoría de los hogares del Bañado Sur, con la excepción de que en este lugar la capacidad para recurrir a alternativas mercantilizadas es mucho más restringida.

### **5.5. La familia que cuida y descuida**

Entre las familias bañadenses, efectivamente el cuidado se resuelve en primer lugar en el entorno de los familiares más próximos que conviven en un mismo hogar. Dentro de este grupo, se negocian o se imponen los arreglos para definir quién o quiénes se harán cargo de prestar el apoyo y la atención elementales que requieren todos sus miembros en general y de manera más específica aquellos que manifiestan algún tipo de dependencia, como los niños y las niñas más pequeños, o quienes por ejemplo padecen transitoriamente alguna enfermedad. Usualmente las personas que cumplen con esta función son las mujeres de edad media que viven en la casa, sin que importen cuestiones como que estén solas o con pareja, que convivan con otros adultos en el hogar o que cuenten o no con un trabajo remunerado. La principal responsabilidad del cuidado casi siempre se atribuye a quienes se ajustan a un perfil claramente definido por el sexo y la edad. La mayoría de las mujeres con las que interactué durante el trabajo de campo se adecuaba a esta suerte de norma: Ellas eran las principales responsables del cuidado dentro del grupo de personas con las que convivían.

Aun así, el patrón referido no se despliega de manera rígida e inalterable debido a que admite transformaciones a lo largo de las distintas etapas del ciclo de vida familiar y según la incidencia de una variedad

de factores relacionados con la coyuntura social y económica por la que atraviesa cada núcleo doméstico. Por estas razones, es relativamente común que se transformen los papeles de algunos de sus integrantes con el paso de tiempo. Sobre todo en el caso de las niñas, a medida que ellas crecen, van convirtiéndose progresivamente en cuidadoras de sus hermanos y hermanas más pequeños, lo cual las lleva a transitar de una posición de demanda cuidados a una que obliga a proveerlos. Paralelamente se registran otro tipo de casos donde la necesidad de recibir cuidados se pospone constantemente. Esto sucede con algunas mujeres muy ancianas, que requieren apoyo debido a la progresiva pérdida de autonomía, pero deben continuar cumpliendo el rol de cuidadoras en sus hogares porque no hay otras personas que puedan reemplazarlas. Además del impacto que tienen los distintos momentos del ciclo de vida de la familia, estas configuraciones se encuentran determinadas por elementos heterogéneos como la inserción de los integrantes del hogar en el mercado laboral, la migración, el estado de salud de las personas adultas, el número de hijos e hijas que tiene una pareja o una mujer o acontecimientos que ocurren en el medio donde viven como una inundación o la potencial reubicación en otra ciudad. Lo que sí mantiene una relativa constancia es el hecho de que las personas que cuidan siempre son mujeres.

Si bien la tendencia es que la provisión de cuidados se produzca en el hogar, esta tarea igualmente puede extenderse a redes de parentesco más amplias. Si por ejemplo en la casa no hay una persona que pueda ocuparse de la atención de los niños y las niñas durante ciertos momentos del día, se suele recurrir a la ayuda de algún pariente un poco más lejano que tenga la posibilidad de hacerlo. Esta alternativa es facilitada por el hecho de que los miembros de una misma red de parientes muchas veces viven muy cerca unos de otros. En el Bañado Sur, es común que distintos núcleos domésticos pertenecientes a una sola familia compartan un mismo lote o que ocupen casas que se encuentran solo a unas pocas cuadras de distancia. Por ejemplo, cuando algún hijo o hija forma pareja y se “emancipa” es común que construya una vivienda en el mismo terreno donde están sus padres si es que queda espacio. Por esta razón no es tan fácil distinguir las fronteras que separan a un hogar de otro. Pero lo cierto es que

dicha proximidad espacial entre parientes facilita la formación de redes de cuidado como las que se describirán con mayor detalle más adelante.

El hecho de que la mayor parte de los cuidados sea proporcionada por el grupo familiar más próximo coincide con las representaciones que tienen las mujeres que entrevisté acerca de quiénes deben ocuparse de esta clase de trabajos. Según su opinión, el cuidado de las personas es una función que compete básicamente al grupo familiar y en particular a las mujeres adultas que lo integran. A lo largo de las entrevistas y las conversaciones informales que mantuve con ellas, muy pocas identificaron otros agentes alejados de este perfil que tuviera un mismo grado de responsabilidad para brindar asistencia a quienes tienen limitaciones para desenvolverse con autonomía.

Pero si bien la familia constituye un agente fundamental para el cuidado, es importante no incurrir en idealizaciones. Tanto como una fuente de asistencia y apoyo, el grupo familiar también puede configurarse como un ámbito opresivo y hasta peligroso que coloca en riesgo el bienestar de sus integrantes, sobre todo de los más débiles. Hay distintos tipos de abusos que se producen en la intimidad de la esfera privada, donde la negligencia, el abandono y el descuido se imponen sobre el cuidado. Es muy común que los niños y las niñas, al igual que las mujeres, reciban castigos físicos y psicológicos en sus hogares. La violencia perpetrada por las personas adultas, sobre todo por hombres, forma parte del cotidiano. Escuché varios relatos acerca de padres que han propinado golpizas a sus hijos e hijas, así como a sus parejas. A su vez, me tocó observar en numerosas ocasiones a madres castigando físicamente a sus hijos o hermanos mayores golpeando a los menores. Por otra parte, los accidentes domésticos también pueden llegar a ser muy habituales en las precarias viviendas construidas en los campamentos. Tuve la oportunidad de ver a niños y niñas muy pequeños corriendo y jugando alrededor de braseros con carbones encendidos. En otra ocasión, una de las actividades en las que participé fue retrasada porque a pocos metros del lugar donde se realizaba, un niño que intentaba prepararse algo de comer dejó caer una hornalla y con ello se incendió la vivienda de madera terciada donde se encontraba. Su padre en ese momento también estaba en la casa, pero según los relatos que escuché dormía debido a que

había pasado la noche consumiendo drogas. De igual manera, el abandono de algunas personas que necesitan cuidados no es un hecho extraño. Las personas ancianas no siempre reciben toda la asistencia que necesitan y en algunos casos subsisten en una situación de real desamparo pese a vivir bajo el mismo techo que sus familiares. Aunque en menor medida, esto también sucede con algunos niños y niñas.

De esta manera, se puede decir que el grupo familiar constituye una unidad fundamental para proporcionar cuidados y así generar esas condiciones elementales de bienestar para la subsistencia. Pero al mismo tiempo dicha esfera también es un ámbito donde se produce malestar, se presentan riesgos y se experimentan privaciones. El cuidado y el descuido, por consiguiente, coexisten como las dos caras del espacio compartido donde se establecen las relaciones sociales primarias.

### **5.6. Mujeres vinculadas por medio de redes**

Cuando se dice que la familia tiende a ser la principal proveedora de cuidados, es necesario considerar que esta unidad no representa una totalidad lisa y homogénea. Dentro de ella, sus integrantes ocupan posiciones diferenciadas y cumplen distintas funciones de acuerdo con sus posibilidades y con lo que se espera de ellos. En este sentido, dentro del grupo familiar existe una clara división del trabajo que distribuye el peso de la responsabilidad del cuidado de una manera desigual. En efecto, la mayor carga de trabajo reproductivo, sino toda, recae sobre las mujeres de la familia. Atender a los niños y las niñas, preparar la comida, limpiar la casa, hacer las camas, entre muchísimos otros trabajos que forman parte del cotidiano del hogar, son actividades que realizan las mujeres. Esta constatación no tiene mucho de nuevo y simplemente confirma que la forma de configurar las relaciones entre hombres y mujeres que predomina en las sociedades occidentales no cambia en contextos de pobreza urbana. No obstante, la posibilidad de conversar con mujeres en los campamentos y de observar sus prácticas cotidianas me permitió advertir algunos matices que podrían resultar significativos para ampliar la comprensión sobre los arreglos que se establecen para cuidar y las posiciones subjetivas que se derivan de ellos.

El sostenimiento de la vida en hogares donde los ingresos son mínimos e inestables constituye una tarea muy ardua y supone una carga de trabajo comparativamente mayor que en los hogares más acomodados. Esto se debe a varios factores. Las familias en situación de pobreza tienden a tener mayor número de hijos e hijas, suelen incorporar a su estructura a otros familiares conformando hogares extensos, los espacios que habitan pueden estar más degradados y la disponibilidad de servicios es más limitada, no tienen oportunidades para contratar trabajo doméstico remunerado y su acceso a electrodomésticos es más restringido. La combinación de todos estos elementos hace que el volumen de trabajo reproductivo que realizan las mujeres pobres sea superior al que recae sobre las mujeres ubicadas en otros estratos sociales. Frente a esta situación, muchas mujeres bañadenses recurren a diferentes estrategias para poder cumplir con el mandato social que se les impone como principales responsables del cuidado. Una de estas estrategias, quizás la más común, es intentar resolver el cuidado mediante arreglos establecidos entre una red de mujeres de una misma familia. La distribución de responsabilidades entre estas mujeres se realiza según criterios como la edad, la presencia o no de una pareja y el acceso al mercado de trabajo. Tomando en cuenta estos elementos de discernimiento, se establecen acuerdos que pueden ser bastante variables y que se renegocian constantemente según las necesidades y las circunstancias por las que atraviesa cada una de las mujeres que forman parte de la red de cuidado familiar.

El caso de la familia de Estela puede ser muy ilustrativo para comprender estos arreglos. Durante el tiempo que realicé el trabajo de campo, ella vivía en el campamento ubicado en la plaza Expopar con su pareja y sus dos hijos, Pedro (1 año) y Vanina (3 años). Inmediatamente al lado de su pequeña vivienda de madera, también se instalaron sus hermanas Lilian y Marta con sus respectivas familias. Lilian tiene una hija y dos hijos, todos de padres diferentes y ausentes. Antes que ocurriera la inundación, ella vivía en una casa contigua a la de Estela. Las viviendas que habitualmente ocupan ambas hermanas están ubicadas, a su vez, en un terreno que comparten con su madre, en el barrio San Cayetano. Por su parte, Marta convive con su pareja con quien tiene una hija y un hijo pequeños. Pero

a diferencia de Lilian, su casa está ubicada en un barrio distinto. Con la subida del agua y la consecuente mudanza, las tres hermanas y la madre se reunieron en el mismo campamento. Este grupo de mujeres colabora diariamente en el cuidado de sus hijos e hijas y de sus familias en general. Cuando Lilian sale a trabajar como cajera en un supermercado de la zona, las otras dos hermanas se ocupan de sus hijos y su hija. Al mismo tiempo, ellas se hacen cargo de algunas de las necesidades de la madre. La preparación de las comidas diarias por lo general se realiza de manera conjunta. Marta es la que generalmente se ocupa de cocinar para todos los integrantes de este grupo familiar ampliado, y las otras hermanas contribuyen con algo de comida. Por otra parte, esta red ha incorporado a otras mujeres más. La suegra y la cuñada de Estela también viven en el campamento ubicado en la plaza Expopar, a muy pocos metros de distancia. Por eso, cuando Estela tiene que salir de la casa o realizar alguna tarea que exige más atención, le suele pedir a su cuñada, que tiene 18 años, que se ocupe del cuidado de Pedro y Vanina. Anabel —así se llama su cuñada— no asiste al colegio y cuenta con tiempo para “mirarlos” mientras Estela no está en su casa.

Lo que este caso demuestra, al igual que muchos otros que me ha tocado observar, es que con frecuencia las mujeres que brindan cuidados en el hogar no se comportan como sujetos individuales, sino como un sujeto colectivo. Muchas de ellas actúan y se relacionan dentro de una trama social que les permite afrontar tal vez en mejores condiciones la responsabilidad del cuidado en un medio muy precario en términos materiales y expuesto a factores que trastocan constantemente cualquier pequeña estabilidad que se haya logrado. La enfermedad de alguno de los hijos o hijas o la avería de un electrodoméstico como una heladera o una cocina, por citar unos pocos casos, son hechos capaces de provocar serias alteraciones en el frágil equilibrio de sus hogares, que las obligan a asumir una carga mayor de responsabilidades de cuidado. Frente a esta clase de eventualidades, la solidaridad entre mujeres actúa como un paliativo. La ayuda mutua y la distribución del trabajo según las posibilidades de cada una de las integrantes de estas redes son mecanismos que les permite disminuir la carga de trabajo reproductivo.

Estas formas de solidaridad femenina, sin embargo, no deben ser interpretadas como entramados armónicos y simétricos. Las redes familiares que tejen estas mujeres también se estructuran de manera jerárquica según un reparto desigual de poderes, y dentro de ellas no son extraños los conflictos y las tensiones. En varios casos, el rol como cuidadora es transferido de una mujer a otra por medio del uso de diferentes argumentaciones y fuentes de poder dentro de la familia. En el caso de Rosa, ella apela a la autoridad que le confiere su posición de madre para exigir a Pamela, su hija mayor, que cuide a sus hermanas y su hermano menor. Esta autoridad deviene de la potestad sobre la descendencia asociada al significativo de la maternidad, pero también de cierta capacidad que le delega su marido para decidir sobre los exiguos recursos económicos que se manejan en el hogar. El uso de este poder, no obstante, no se encuentra exento de ambigüedades o algún sentimiento de culpa, ya que a la vez Rosa reconoce que Pamela también tiene otras responsabilidades que cumplir, como hacer las tareas de la escuela, y sabe que las tareas que le transfiere representan una carga extra para su hija mayor.

Otra de las mujeres que entrevisté, Verónica, considera que el hecho de que su hermana Gisell no trabaje y no tenga hijos o hijas es razón suficiente para que ella la reemplace en algunas labores del hogar, como cocinar o cuidar a su hijo más chico. La posibilidad de generar ingresos, por más mínimos que sean, le otorga a Verónica cierta legitimidad para transferir el cuidado.

Sin embargo, esto no quiere decir que las órdenes siempre se cumplan, ya que las mujeres que transitoriamente son investidas como cuidadoras, también despliegan pequeñas estrategias de resistencia. Pamela, la hija mayor de Rosa, busca por ejemplo formas para ausentarse durante horas del hogar (como ir a comprar hojas para el colegio a un quiosco que queda a varias cuadras del campamento en vez de recurrir a otro que se encuentra inmediatamente al frente del lugar donde vive), y así algunas veces logra evitar cargar con la responsabilidad de cuidar a sus hermanas y hermano menores. Por su parte, Gisell de vez en cuando establece alianzas con su padre y sus hermanos para reclamar la poca atención que Verónica supuestamente brinda a sus hijos.

El entramado del que forman parte estas mujeres, por tanto, tiene características que a simple vista parecen contradictorias. La solidaridad puede estar sucedida por la confrontación, el trabajo cooperativo coexiste con la búsqueda de ventajas individuales, los acuerdos implican a la vez desacuerdos. Sin embargo, más que volver imposible el cuidado, estas oposiciones son el motor de una dinámica muy fluida que permite constantes reacomodos para resolver las demandas de atención y apoyo en el hogar.

### **5.7. Constancias y adaptaciones para resolver el cuidado**

La organización social del cuidado en los barrios del Bañado Sur se encuentra claramente estructurada según los parámetros del modelo familiarista dominante en la sociedad paraguaya. La mayor parte de las actividades de atención y apoyo que son requeridas para el sostenimiento vital y emocional de las personas están a cargo del grupo familiar y de manera más específica de las mujeres que lo integran. Hasta aquí no hay demasiada diferencia en comparación con lo que ocurre en muchos otros contextos sociales.

Sin embargo, las condiciones específicas en las que vive la población bañadense determinan un conjunto de ajustes particulares que deberían tomarse en cuenta. El sostenimiento de la vida en contextos de pobreza urbana demanda desarrollar una constante capacidad de adaptación frente a los acontecimientos que irrumpen en la cotidianeidad del grupo familiar y desestabilizan cualquier mínimo equilibrio que se haya alcanzado. Factores muy comunes como la pérdida de un trabajo, el padecimiento de una enfermedad, un embarazo no previsto o la crecida del río, imponen la necesidad de reestructurar las dinámicas y las relaciones sociales e implementar distintas estrategias con el fin de asegurar el sostenimiento familiar. En estas circunstancias, la organización del cuidado muchas veces necesita ser renegociada con una flexibilidad que quizás sea más elástica que en otros grupos sociales.

Generalmente la reorganización del cuidado es un asunto que se debe resolver entre mujeres sin alterar la tradicional división sexual del trabajo. Si una madre tiene que salir a vender comida porque su marido está

enfermo o perdió el trabajo, lo más probable es que recurra a otra mujer de la familia para que cuide a sus hijas e hijos mientras ella se encuentra fuera de la casa. Este tipo de acuerdos, que nunca son satisfactorios y conllevan muchas tensiones para todas las partes, pueden concretarse y deshacerse varias veces según las circunstancias que afecten a cada grupo familiar. Por otra parte, de manera inversa, puede suceder que una mujer se vea forzada a dejar un trabajo remunerado para poder ocuparse del cuidado familiar cuando no existen otras opciones.

En el marco de esta necesidad de adaptación permanente, hay que inscribir también el tránsito observado en muchas niñas, que pasan a de una posición de receptoras de cuidado a una posición donde deben ocuparse de esta función. En los contextos de pobreza urbana, una de las estrategias a la que acuden las familias para lograr su sustentabilidad es convertir rápidamente a las niñas en mano de obra familiar disponible para el trabajo reproductivo.

Si bien no puede afirmarse que los hombres en general asuman muchas responsabilidades en el cuidado, en algunos casos puntuales se ha observado algún tipo de participación concreta. Su involucramiento con esta clase de labores podría ser interpretado también como una estrategia adaptativa. Cuando de manera temporal o permanente un hombre adulto no aporta ingresos al hogar, es posible que asuma el cuidado de alguno de sus integrantes, principalmente de un hijo o una hija. Este hecho sugiere que entre los sectores más pobres de la población los mandatos de género probablemente se tornen un poco más flexibles cuando existe la necesidad de asegurar la subsistencia del grupo familiar de la manera que sea. Aun así ello depende mucho de la composición de cada hogar y de su situación material. Además, queda claro que para los hombres este compromiso podría ser una alternativa frente a una coyuntura particular mientras que para el común de las mujeres representa una obligación permanente.

La intervención de agentes extrafamiliares en el cuidado es menos frecuente, pero no por ello deja de ser una práctica real. Sobre todo las instituciones educativas, y en algunos casos más puntuales los centros de atención infantil o algunas organizaciones sociales, son ámbitos a los que

algunos grupos familiares confían el cuidado de niños y niñas durante unas horas, liberando de tiempo a sus madres. No obstante, estos espacios también se encuentran expuestos a diversos factores imprevistos que los obliga a desarrollar una constante capacidad de adaptación. Cuando algunas escuelas fueron cubiertas por agua durante la inundación, tuvieron que anexarse a otras y sortear de la mejor manera posible el hacinamiento y la sobrepoblación escolar. Esta clase de eventos, así como otras situaciones como las huelgas docentes o la falta de espacio, tienen un impacto directo en el cuidado, forzando a las familias a buscar otras formas de resolverlo. Algo muy parecido sucede con las instituciones públicas de salud. Las limitaciones en materia de personal e insumos conducen a recurrir a otra clase de estrategias para cuidar en casos de enfermedad.

La organización social del cuidado en el Bañado Sur se caracteriza así por constancias y adaptaciones. Sin lugar a dudas las mujeres adultas continúan siendo las principales responsables de asegurar un nivel elemental de bienestar físico y emocional de los integrantes de sus hogares. Este rol resulta de fundamental importancia en un contexto de pobreza urbana debido a que la capacidad de reproducción y de subsistencia de dichos hogares depende menos de sus ingresos que de la utilización de la propia fuerza de trabajo familiar para producir los recursos materiales e inmateriales básicos que son necesarios para sostener la vida (contando al cuidado como un recurso clave entre ellos). Pero para lograr este fin, las mujeres bañadenses deben desarrollar distintas estrategias adaptativas que les permitan sortear las permanentes incertidumbres e imprevistos que afectan a quienes viven en la pobreza. Es por eso que el cuidado quizás se organice de una manera un poco más flexible que en otros sectores sociales. Las mujeres, en este sentido, definen y negocian permanentemente su rol con otras mujeres, con redes de parientes y con algunas de las instituciones con las que interactúan en el barrio. Esta práctica, sin embargo, no implica que estemos frente a una trama social fuerte, resistente y consolidada. Por el contrario, los lazos que unen cada una de sus partes suelen ser frágiles e inestables, por lo que pueden soltarse como resultado de cualquier acontecimiento que imponga la necesidad de comenzar todo otra vez.

## 6. Significados y experiencias en torno al cuidado

Antonia padece una enfermedad crónica que a veces la mantiene inmovilizada en la cama durante días enteros. Su cuerpo además es bastante grande, y el sobrepeso le impide desplazarse con facilidad. Como le cuesta caminar, prefiere quedarse en su casa, donde también atiende una pequeña despensa de propiedad familiar. Sin embargo, pese a estas limitaciones, ella se ocupa de la mayoría de las tareas del hogar para que a su pareja y los dos hijos que todavía viven con ella no les falte nada. Lo singular del caso es que Antonia insiste en asumir la mayor parte de las responsabilidades de cuidados, pese a que cuenta con más alternativas para delegar esta función que otras mujeres que viven en el barrio. Gustavo, su marido, es un hombre aparentemente predispuesto a colaborar con el cuidado de su hija menor de seis años. Además, su familia y vecinos en muchas ocasiones la han ayudado cuando sus problemas de salud restringieron sus actividades. ¿Por qué entonces Antonia mantiene con firmeza la idea de que ella debe asumir prácticamente la totalidad de la responsabilidad del cuidado? Durante una de las conversaciones que mantuvimos, ella justificó esta disposición diciéndome que era “su carácter” y que no podía “decir que no cuando alguien lo necesita”.

Esta breve anécdota plantea un interrogante y al mismo tiempo sugiere algunas pistas para aproximarse al complejo entramado de significados que dan sentido a las prácticas y posiciones sociales que fueron descritas en las secciones anteriores. Desde esta matriz subjetiva, los agentes sociales interpretan y justifican el orden objetivo que habitan y que a la vez transforman con algunas de sus acciones. Mediante sus discursos, categorías y metáforas, reconocen la posición que ocupan en el campo social, orientan sus conductas, establecen relaciones y realizan juicios de valor.

El apartado que se desarrolla a continuación tiene como finalidad presentar una parte de este amplio y complejo horizonte de significados y experiencias desde el cual las personas que viven en el Bañado Sur dan sentido a la práctica del cuidado. La perspectiva adoptada corresponde a las mujeres que entrevisté y ofrece algunos indicios acerca de cómo otras mujeres en similar situación también podrían representar y conferir sentido a la realidad que les toca vivir diariamente. Dado que resultaría

imposible referirme a la totalidad de sus ideas e intereses, concentré la atención en tres ámbitos específicos coincidentes con las líneas de análisis presentadas en la introducción teórica de la temática del cuidado. Mi propósito consiste en exponer algunos indicios que permitan comprender mejor cómo ellas interpretan y experimentan su posición en el entramado de relaciones familiares, el ideal de la maternidad que pesa sobre ellas y las redes domésticas donde circulan recursos de cuidado.

### **6.1. Todo queda en familia**

Desde la perspectiva de mis informantes, la familia es el ámbito natural donde se establecen las relaciones de cuidados. Es, dentro este núcleo elemental, donde las personas que necesitan algún tipo de apoyo o atención pueden encontrarlo debido a que existen personas disponibles para ofrecer dicha clase de ayuda. Las personas que se ocupan de cuidar usualmente son mujeres que se encuentran en su etapa de madurez, aunque también comparten esta responsabilidad en varias ocasiones con adolescentes y mujeres más ancianas.

La conformación de las redes familiares donde se demanda y se presta el cuidado ciertamente tiene un carácter polimorfo y no necesariamente se ajusta a las representaciones tradicionales de la familia nuclear. Esto sucede porque es muy común que las personas incluyan en sus estructuras familiares a varios tipos de parientes, con los cuales mantienen distintos grados de consanguinidad. A veces se incorpora dentro del núcleo familiar a una abuela y se excluye a un padre biológico; o se toma en cuenta al hijo de una hermana en particular mientras que se aparta a otros sobrinos y sobrinas. Otras personas igualmente reconocen como parte de su familia a algunos parientes políticos o a personas con las que mantienen un vínculo de orden ritual, como en el caso de los compadres o comadres. Incluso hay casos donde la relación familiar se establece por adopción. Por esta razón es que, al hablar de una red familiar o de parientes en el Bañado Sur, resulta necesario pensar en distintas configuraciones de personas emparentadas de manera consanguínea o simbólica.

Para la mayor parte de las mujeres que entrevisté, la función del cuidado corresponde a la familia. Esta idea forma parte de un sentido común

básico y elemental. Tan lógico y evidente les resulta esta forma de entender las cosas que, al preguntarles acerca de por qué la familia es el grupo social que asume la mayor parte de la carga de cuidados, no encontraron forma de explicarlo. La asociación entre la estructura familiar y el cuidado se impone por sí misma de manera incuestionada y naturalizada. La falta de esclarecimiento sobre las causas de dicha asociación, no obstante, contrasta con las explicaciones bastante más elaboradas que ellas construyen acerca de por qué son las mujeres quienes tienen que asumir la mayor parte del cuidado.

En los próximos apartados describiré algunas de las ideas que un grupo de mujeres del Bañado Sur elabora para entender y explicar su rol como cuidadoras dentro de las redes familiares. Estos constructos funcionan por lo general como argumentos para justificar su posición y básicamente son tres. El primero de ellos insiste en el cuidado como algo que se presta dentro de una lógica de intercambios que se interpreta como algo razonable. El segundo asocia el cuidado con una obligación de carácter irrenunciable. El tercero reconoce el cuidado como un medio para evitar que sus hijos e hijas vuelvan a repetir las mismas experiencias que tuvieron ellas. Los tres argumentos mencionados se solapan entre sí en distintos momentos y circunstancias, a veces de manera complementaria y a veces como puntos en tensión, dando forma a una misma matriz de sentido.

### **6.1.1. Sustento por cuidados y otra clase de intercambios**

De acuerdo con la opinión de varias de mis informantes, una de las razones por las cuales las mujeres se ocupan del cuidado es porque están recibiendo algo a cambio. El cuidado, desde dicha perspectiva, se entiende como una suerte de contraprestación. La asistencia que se brinda a miembros de grupo familiar es reconocida como un elemento intercambiable por bienes o servicios de diferente índole que se han recibido en el pasado, que obtienen en el presente o se esperan adquirir en el futuro.

Según la interpretación que realizan varias de estas mujeres, una de las manifestaciones más comunes de esta clase de trueque consiste en realizar las tareas que son imprescindibles para asegurar un mínimo bienestar cotidiano en el hogar a cambio de los recursos económicos necesarios para

sostener a la familia. Esta idea —estereotipada y, como se verá más adelante, alejada de la realidad concreta de muchas mujeres— sigue el modelo del hombre proveedor de ingresos y de la mujer dedicada a las labores domésticas. En estos casos, se piensa que existe un vínculo de complementariedad en el que ambas partes obtienen algún beneficio.

No obstante, es importante aclarar que esta clase de representaciones se encuentra determinada por valoraciones muy diferentes de los bienes o servicios que son intercambiados. Para varias de mis informantes, una de las principales razones por las cuales las mujeres deben dedicarse a las tareas del hogar, incluyendo al cuidado entre ellas, es porque no trabajan y tienen más tiempo. El trabajo en este caso se entiende exclusivamente como una actividad que se realiza a cambio de una remuneración en el contexto de relaciones mercantiles. Dentro de esta lógica, al trabajo remunerado se le atribuye un gran valor debido a que se suele pensar que es la única manera de acceder a los recursos necesarios para sostener un hogar. En contraposición, todo lo que escapa a esta definición restringida pasa a ser considerado como no trabajo y, por extensión, como algo que tiene menos valor. Las tareas que se realizan en el marco de la esfera reproductiva tienen esta última connotación. Cuando las mujeres se quedan en la casa, se considera que ellas no trabajan y que están disponibles para realizar cualquier labor que se les encargue. Así, mediante esta suerte de contraprestación, retribuirían el aporte económico otros producen para mantener el hogar.

En el contexto del Bañado Sur, donde las privaciones materiales son muy agudas, dicha lógica parecería apuntar a una complementariedad indispensable para enfrentar el duro desafío de la subsistencia cotidiana de la familia. Pero el hecho de que muchas mujeres se encuentren en esta posición a la vez está determinado por una asignación a priori de la función reproductiva, lo cual representa un importante obstáculo para su incorporación al mercado laboral. El resultado de ello es una relación circular trazada a partir del rol asociado a una posición específica dentro de las relaciones familiares y un mandato cultural anterior que conduce a muchas mujeres a ocupar este lugar.

Varias mujeres bañadenses con las que conversé interpretan el rol que

cumplen según dicho esquema mental. Antonia, por ejemplo, me explicó que era “un deber” para una mujer que no trabaja “tener la casa limpia”, en tanto que Carmen me dijo que “siempre es la mamá la que tiene que cuidar, porque el papá tiene que trabajar y casi no tiene tiempo”. Por otra parte, Ana me contó que sus hermanos le confirieron la responsabilidad de cuidar a su madre internada alegando que ella no “trabajaba y estaba de vacaciones en la escuela”. En todos estos casos se observa con bastante nitidez cómo operan los patrones simbólicos que determinan la división sexual del trabajo que atribuyen a los hombres las actividades productivas y a las mujeres, las reproductivas.

Sin embargo, como se mencionó anteriormente, hay que tener presente que la situación concreta de las mujeres bañadenses es mucho más diversa y compleja que lo que estas ideas intentan reflejar. Es muy frecuente que haya hogares a cargo de mujeres que trabajan a cambio de ingresos, sin la presencia de un varón. También es común que en una pareja el hombre pase por períodos de inactividad y que la mujer sea la única que aporta recursos monetarios o que ambos trabajen de manera remunerada para sumar los ingresos. En cualquiera de estas circunstancias, lo usual es que las responsabilidades domésticas se transfieran a otra mujer de la casa o de la red de parientes, que por lo general se encuentra en una situación de desventaja por su edad o por no realizar trabajo remunerado. En unos cuantos casos específicos, se pueden admitir arreglos más flexibles en los que un hombre se ocupa de los trabajos que demanda el mantenimiento del hogar. Pero aunque existan prácticas de esta última naturaleza, persiste la imagen de que las mujeres son las principales responsables de las labores reproductivas.

Aparte de la idea de que existe un trueque de labores domésticas por sustento económico, el apoyo y la atención a distintos miembros de la familia puede fundamentarse también en otra clase de intercambios. Varias de las mujeres con las que conversé reconocen en este sentido que el interés por los otros puede provenir de experiencias pasadas o de expectativas futuras.

Cuando alguien se ocupa de una persona anciana, en algunas ocasiones este hecho puede interpretarse como una forma de retribución de

los cuidados que la persona más vieja brindó a la más joven en el pasado. Para algunas mujeres que se ocupan de sus padres o madres, cuidar en estas circunstancias es una manera de devolver lo recibido. Antonia me contó, por ejemplo, que cuando su papá vivió durante un tiempo en su casa debido a una enfermedad, ella sintió que sus atenciones y cuidados representaban un modo de agradecer los sacrificios que este hombre había realizado por ella cuando era pequeña. Otra historia parecida me relató Marciana. Esta señora, que ya es una persona bastante mayor, si bien fuerte todavía, me contó cómo fueron los últimos años con su madre octogenaria. Antes de fallecer, la anciana demandaba cariño y constantes atenciones, como por ejemplo que le busque los piojos aunque no los tuviere, a lo que la hija respondía con afecto. Marciana incluso se encargaba de bañarla y luego le ponía talco en el cuerpo. Para ella, estas actividades tienen un significado cargado de emoción, debido a que ella y su madre se acompañaron y ayudaron mucho desde siempre.

Retribuir los cuidados recibidos en el pasado con cuidados ofrecidos en el presente, por tanto, es otra forma de dar sentido a las labores que realizan las mujeres en el marco de los núcleos familiares a los que pertenecen. Esta modalidad de intercambios, a su vez, se proyecta hacia el futuro, ya que de manera muy parecida se cree que los cuidados que se prestan a los hijos e hijas en la actualidad constituyen una suerte de inversión para más adelante. Para alguien como Carmen, es bastante razonable que si una mujer se ocupa de sus hijos e hijas en el presente, ellos le devuelvan esa misma atención más tarde cuando se encuentre enferma o sea demasiado anciana para valerse por sí misma.

El intercambio de cuidados por el sustento familiar u otro tipo de atenciones es una práctica muy instalada en los grupos familiares, y a la vez sirve como argumentación para explicar el rol de las mujeres como cuidadoras. En síntesis, la idea de que se está recibiendo algo a cambio de los cuidados que se brindan podría ser uno de los puntos de apoyo para justificar su rol desde la perspectiva de las mujeres tanto como la del resto de los integrantes de la familia. Este canje puede ser actual o potencial, haberse dado en el pasado, suceder en el presente o esperarse para el futuro.

Sin embargo, esta explicación no resuelve todavía la pregunta acerca de por qué son justamente ellas quienes deben responsabilizarse de las labores reproductivas, más allá de la variedad de circunstancias en las que se producen. ¿Cómo se entiende entonces esta tensión entre lo que estas mujeres creen y los datos que ofrece la realidad? Las repuestas a este interrogante habrá que buscarlas en algunas representaciones acerca del ser femenino.

### **6.1.2. “Es tu obligación hacer”**

La justificación que encuentran para reconocerse a sí mismas como principales responsables del cuidado más allá de cualquier circunstancia es que poseen una mejor aptitud para cumplir con esta función. La capacidad de sus cuerpos para dar a luz y amamantar, en este sentido, es una explicación recurrente que utilizan como argumento para justificar las labores que realizan en el hogar. Ana lo señaló de esta manera: “las mamás somos las que les damos de mamar, las que tenemos que velar por ellos si cualquier cosa les pasa”. Este tipo de testimonio se inscribe en la misma línea del discurso de Antonia cuando decía que no podía renunciar al cuidado porque formaba parte de “su carácter”. Desde la perspectiva de estas mujeres, el cuerpo y el ser femeninos poseerían determinadas cualidades que les imponen una responsabilidad sobre el cuidado a la cual no pueden renunciar. Las creencias y expectativas asociadas a una supuesta naturaleza del ser femenino demarcan un campo ideológico desde donde se piensan y orientan las prácticas.

Es por eso que las acciones que realizan las mujeres en el plano de la esfera doméstica generalmente son entendidas y experimentadas con un sentido de obligatoriedad, sobre todo en casos específicos como el de las madres que cuidan a sus hijos e hijas. Para muchas de estas mujeres, resulta inadmisibles renunciar a la responsabilidad del cuidado. Ocuparse de los seres humanos a quienes se ha dado la vida representa un mandato que difícilmente se cuestiona, y es muy frecuente que esta idea de ser responsable del bienestar de alguien se extienda a otras personas de la red familiar. Como dice Antonia, “[...] es tu obligación hacer, es algo que se te dice: «hacé tu tarea», es tipo una orden”. Dicho mandato estructura así

las relaciones entre las personas que comparten un hogar o se encuentran unidas por el parentesco, confiriéndoles un significado moral.

A su vez, este sentido de lo obligatorio se articula con otra noción, que es la de lo insustituible o el percibirse como alguien irremplazable. Algunas veces, las mujeres piensan que las personas a quienes cuidan no podrían vivir sin ellas y que no existe ninguna otra alternativa capaz de asegurar condiciones mínimas para que puedan subsistir. En este sentido es que Ana se preguntaba qué otra persona podría cuidar a su pequeña hija en caso que no fuera ella misma. “Si es que yo no le cuido, ¿quién le va a cuidar? —me respondió cuando le pregunté por qué se ocupaba ella sola de su hija— Si es que yo no estoy, si es que ella no depende de mí, ¿de quién va a depender?”. Este impedimento para reconocer opciones hace que la carga del deber se vuelva todavía más pesada e incontestable.

El sentido de la responsabilidad que recae sobre las mujeres, al mismo tiempo, puede convertirse en algo todavía más complejo cuando dialoga con otras ideas acerca de la situación concreta que experimentan muchas de ellas. Si bien se piensa que las mujeres obtienen algo a cambio por ocuparse del cuidado de los integrantes de una familia y hasta se considera que tienen el perfil indicado para realizar dicha tarea, paralelamente se reconoce que esta responsabilidad puede ser muy penosa y ardua. Se sabe que las mujeres deben realizar enormes sacrificios para atender las necesidades de apoyo del resto de los integrantes de una familia. La conciencia sobre las dificultades, frustraciones y tensiones que produce el rol que socialmente se les asigna no es algo extraño para mis informantes. Para muchas de ellas, no se puede exigir a una mujer que esté todo el día pendiente de sus hijos e hijas, sobre todo cuando la prole es muy numerosa, así como tampoco es posible que resuelva la totalidad de demandas de atención del resto de los integrantes de la familia. Incluso Antonia, que considera que el cuidado forma parte de su carácter, comenzó a colocar límites a los requerimientos de sus familiares, negándose de vez en cuando a cuidar sus sobrinos o sobrinas. Estas resistencias al mandato se manifiestan de diferentes maneras. A veces se trata de conductas o actitudes bastante evidentes, como evitar ocuparse de alguien en particular o rechazar alguna tarea concreta, pero otras veces consisten en

comportamientos más encubiertos o incluso pasivos, como simular una enfermedad para no realizar una tarea en particular. Esto quiere decir que para estas mujeres la idea sobre la inevitabilidad de la responsabilidad del cuidado, por lo menos en estos términos, no tiene un significado absoluto e irrevocable.

Pero aun reconociendo la posibilidad de estas fisuras, también es cierto que la mayoría de las mujeres es consciente de que existen fuertes presiones dentro de su entorno social más inmediato para que no se aparten de las expectativas que recaen sobre ellas. Los demás miembros de la red familiar, en este sentido, se ocupan de recordarles cuáles son sus responsabilidades y generalmente no dudan en transmitirles fuertes reproches en caso que no presten el cuidado suficiente a sus hijos o hijas o a algún otro familiar que necesite atenciones especiales. No asumir esta clase de tareas significa ser acusadas de “haraganas”, recordándoles que existe un arreglo –tácito o explícito– referido a la división del trabajo en el hogar que se tiene que respetar. Como dice Ana: “[...] porque cualquier cosa la mamá es la culpable, si a la criatura le pasa algo, es la mamá, todo la mamá”. Muchas veces quienes enuncian esta clase de recriminaciones son los esposos.

Pero no son los únicos. También hay mujeres que recurren a estas amonestaciones en el marco de relaciones desiguales donde unas ejercen algún tipo de poder sobre otras, como en el caso de una suegra sobre una nuera que vive en su casa. De modo paralelo, y por fuera de la familia, además se despliega todo un entramado de instituciones que refuerza este tipo de presión para que las mujeres cumplan con su rol como cuidadoras. En los centros de salud y las escuelas del barrio se ejerce una constante vigilancia sobre las madres que tiene como propósito promover la responsabilidad de ellas para con sus hijos e hijas. Volviendo al caso de Ana, en ocasiones en que su hija estuvo muy enferma, ella recibió un trato intimidante por parte del personal médico que le exigía exclusivamente a ella (y no a su marido u otros familiares) ocuparse de todas las atenciones que la pequeña requería en ese momento.

El mandato del cuidado que pesa sobre estas mujeres así tiene más de una dimensión. Por un lado se interpreta como una responsabilidad

anclada en las representaciones colectivas acerca de una supuesta naturaleza femenina. Pero por otro lado también se experimenta como una carga que se encuentra en tensión con otras necesidades o compromisos. A su vez, el mandato del cuidado forma parte del entramado de normas del mundo social en el que participan estas mujeres, lo cual supone una permanente presión para que sea acatado. El resultado de ello, así, es un deber construido sobre una base ideológica muy fuerte, que es avalada en lo cotidiano por diversos agentes sociales, pero que produce focos de conflicto y crispación en la experiencia concreta de muchas mujeres.

### **6.1.3. Darles lo que ellas no tuvieron**

La experiencia de vida de la mayoría de las mujeres que viven en el Bañado Sur se encuentra marcada por un patrón de privaciones materiales y de constantes limitaciones en el acceso a oportunidades. Para varias de ellas, entre otras cuestiones, esto ha significado trabajar desde niñas para ganar su propio sustento o aportar ingresos al núcleo doméstico. Esta clase de vivencias comúnmente suele ser interpretada con una combinación de dolor y de orgullo. En tal sentido, varias de mis informantes organizan un relato sobre su vida pasada donde se pone de manifiesto un sentimiento de tristeza y aflicción por las penurias que atravesaron, aunque al mismo tiempo se valora esta experiencia como un medio que les ha permitido construir un carácter fuerte para sobrevivir en un contexto adverso.

Sin embargo, la mayoría de estas mujeres no desea que sus hijos e hijas deban atravesar por las mismas experiencias. Por tal razón, el cuidado también se entiende como un acto voluntario y amoroso que tiene como finalidad evitar en la medida de lo posible que sus hijos e hijas vivan en un mundo de miseria y necesidad. Su rol como cuidadoras, de acuerdo con esta perspectiva, se fundamenta también en una función asociada a un cierto sentido de altruismo, que coexiste con la intensión de obtener algún beneficio a través de una transacción o la percepción de un sentido de la obligatoriedad.

En algunas reuniones escuché esta clase de argumentos por parte de muchas madres preocupadas por el bienestar presente y futuro de sus hijos e hijas. Como me decía Mercedes durante una de las charlas que

mantuvimos “Yo pienso por el futuro de ellos [...] quiero dejar a mi nieto algo que nosotros no tuvimos”.

Ahora bien, ¿qué significado tiene el bienestar para las mujeres bañadenses? Si bien la respuesta es compleja y requeriría una investigación específica para abordar todas sus aristas, es razonable afirmar que las representaciones sobre el bienestar en contextos de pobreza urbana pueden ser diferentes en algunos aspectos a las ideas sobre el mismo objeto que se elaboran en otros sectores sociales. Ciertamente entre las mujeres bañadenses el bienestar de sus hijos e hijas se relaciona con el acceso a recursos básicos para la subsistencia como la alimentación, la vestimenta y la vivienda. De igual manera, el bienestar también se asocia a condiciones favorables para que se mantengan sanos y puedan recibir una educación elemental. Durante las reuniones barriales a las que asistí, muchas mujeres hicieron alusión a su constante preocupación por proporcionar a sus hijos e hijas mejores condiciones materiales de vida.

Pero lo que más llamó mi atención fue otra cuestión. Al hablar sobre las preocupaciones que sentían en torno a sus hijos e hijas, varias mujeres mencionaron de modo recurrente el miedo que les provocaba la idea de que les pase “algo malo”. Es decir, parecería como si el bienestar de sus hijos e hijas se encontrara fuertemente asociado a que no corran peligros. Estos temores fueron expresados de la siguiente manera:

“Yo tengo miedo de que le hagan algo [...] Yo escucho en las noticias todas las cosas que pasan [...] Y la verdad es que a veces tengo miedo de dejarle a mis hijas. Soy miedosa de dejarles, de que les pase cualquier cosa” (Rosa, 31 años, refugio Expopar).

“Las criaturas por ejemplo no se pueden mandar por allá porque hay muchos chespirititos<sup>24</sup>, borrachos, solteros, diferentes layas de hombres y hay peligros [...] En la casa donde vivía antes de la inundación no hay peligros” (Marciana, 68 años, refugio Pablo Rojas).

Estas expresiones colocan en escena otra forma de entender la función del cuidado, que establece un contrapunto con aquellas representaciones asociadas exclusivamente al amor y la entrega afectuosa. Según esta

---

24 La gente del barrio utiliza la palabra ‘chespirito’ para referirse a las personas que consumen “chespi”, una droga altamente adictiva que se produce con el residuo de la cocaína. El vocablo hace referencia también a un personaje de la televisión mexicana que vive en una vecindad pobre.

perspectiva, cuidar significa también mantener un estado de alerta frente a un mundo amenazante para sus hijos e hijas. Tal modo de percibir el mundo puede ser una característica muy acentuada entre personas que conocen de cerca la pobreza para quienes el mínimo bienestar alcanzado es un bien muy precario y frágil, que puede ser arrebatado en cualquier momento. Con la inundación de las zonas ribereñas donde se encuentran sus hogares este sentimiento posiblemente no hizo más que intensificarse y a la vez añadió nuevas preocupaciones. Los peligros de la calle, la coresidencia con personas extrañas en espacios hacinados o la impresión de que el submundo de la drogadicción se vuelve más cercano y visible, como sugieren algunos de los testimonios presentados, dan cuenta de los temores que también modelan la experiencia de estas mujeres en el contexto de su grupo familiar.

En definitiva, el cuidado de familiares, principalmente en el caso de los niños y las niñas, también es justificado mediante la expresión de un deseo de proporcionar bienestar a personas por las cuales se siente afecto. Dicho bienestar se concibe como un tipo de vida diferente al que han tenido las mujeres que cuidan y consiste básicamente en asegurar el acceso a ciertos bienes básicos indispensables para la subsistencia como comida, vestido y vivienda y a oportunidades de educación y cuidado de la salud. Pero además implica una atención constante para prevenir los riesgos y amenazas, reales o imaginarios, que conlleva vivir en una zona marginada.

#### **6.1.4. ¿Se puede cuidar fuera de la familia?**

Queda bastante claro que para las mujeres del Bañado Sur el cuidado es una responsabilidad eminentemente familiar y que dentro de este contexto ellas mismas se reconocen como las principales involucradas. No obstante, cabe preguntarse si existe algún resquicio que habilite la posibilidad de pensar en una transferencia de esta tarea, aunque sea parcial, a agentes que se encuentren por fuera del círculo familiar. Como primera respuesta a este interrogante, es necesario decir que dicha posibilidad es bastante restringida. Pero a la par se pueden resaltar algunos matices que señalan circunstancias muy puntuales donde la función del cuidado sí se puede delegar.

Una de estas condiciones, quizás la más frecuente, se produce cuando una mujer trabaja a cambio de ingresos que luego aporta al hogar donde vive. En estos casos, se suele producir un estado de excepcionalidad en el que su familia la libera de la responsabilidad de brindar apoyo y atenciones a los integrantes que demandan esta clase de acciones. Sin embargo, esta concesión está muy condicionada, debido a que se espera que la mujer no se desentienda del todo de la tarea. Incluso cuando una madre trabaja fuera de la casa la expectativa social es que ella permanezca pendiente del bienestar de sus hijos e hijas y que solo se aparte de ellos durante el tiempo que le lleva realizar las labores por las que recibe una remuneración. Como ya se señaló con anterioridad, cuando una mujer deja de cumplir su rol como cuidadora es muy común que dicha tarea se transfiera a otra mujer de su familia que en ese momento no produce ingresos. Pero en circunstancias muy específicas también cabe la posibilidad de que el cuidado recaiga sobre alguien que no es de la familia. Esto sucede, por ejemplo, cuando los niños y las niñas de un determinado hogar permanecen durante algunas horas en un centro de atención infantil o cuando una persona enferma es atendida por personal de salud. En estos casos, no son los miembros de la familia quienes se ocupan de brindarles cuidados, sino un agente externo.

La posibilidad de dejar de cuidar para poder atender la necesidad de generar recursos económicos es evidente para mujeres como Ana, que conoció muy de cerca las penurias de las familias con miembros internados en un hospital durante los meses que ella cuidó a su madre convaleciente.

[...] esos familiares se tienen que ir a conseguir, por más que ganen poco. A veces ellos le dejan a sus familiares y, no sé, le dejan con la enfermera, con el doctor, con cualquier otra persona para que estén al cuidado de esa persona. Para que ellos por lo menos se puedan ir a conseguir algoito (Ana, 21 años, refugio Expopar).

Pero la ocasional transferencia de cuidados no solo recae sobre este tipo de especialistas. Según la opinión de varias mujeres, también es probable que personas vecinas o conocidas cumplan con esta tarea algunas veces. En estas circunstancias, es necesario que se cumplan algunas condiciones. Una de ellas es que exista confianza suficiente en la persona a la

que se delegará la tarea y para ello resulta fundamental que se la conozca bien. Para la mayoría de mis informantes, el conocimiento es un factor muy relevante debido a que el bienestar de una persona muy cercana y querida no se puede transferir simplemente a alguien extraño. Es por eso que, volviendo al caso de Ana, ella demanda saber con detalle quién eventualmente se ocupará del cuidado de su hija antes de encomendarle cualquier responsabilidad.

Vos tenés que conocerle bien a la persona con quien vas a dejar a tu criatura, si esa persona está capacitada para cuidarle, porque hay mucha gente que dice «sí, le voy a cuidar bien», pero después cualquier cosa. Le dejás a tu hijo ahí, se quema, le pasa algo (Ana, 21 años, refugio Expopar).

Otro factor importante es la proximidad. Para poder delegar el cuidado, es importante que la persona que asumirá esta responsabilidad se encuentre físicamente cerca. Este dato es muy relevante en contextos de pobreza urbana debido a que la movilidad, además de costosa, no siempre se encuentra disponible. Es por eso que cuando no hay un familiar que pueda asumir el cuidado de alguien que lo necesita no queda más que recurrir a alguien que viva en un hogar vecino.

En cuanto al tipo de funciones que se delegan a agentes extrafamiliares, por lo general se circunscriben al cuidado indirecto. De acuerdo con la opinión de las mujeres, es más común que se active una red de cuidados por fuera de la familia cuando se trata de preparar una comida y menos cuando se debe bañar a un niño pequeño o darle de comer. En este sentido, una de las formas en las que se objetiva el cuidado indirecto es cuando una familia comparte el alimento que se cocinó para el día con personas que no tienen qué comer. “Pasar un plato de comida”, como dicen ellas, es una forma de cuidado extrafamiliar que no demanda más trabajo que el ya realizado.

Pese a todo, hay que reconocer que estas prácticas se vuelven cada vez más excepcionales entre las familias bañadenses. A contracorriente de las situaciones mencionadas, la percepción más generalizada es que cada vez se puede confiar menos en los agentes extrafamiliares.

Como ya se indicó, las mujeres creen que el espacio habitado se ha

vuelto muy inseguro. Esta imagen de un peligro próximo e inminente se encuentra alentada en cierta medida por los contenidos y el enfoque de algunas noticias difundidas por los medios masivos de comunicación. Siguiendo en la línea de las expresiones de temor, Carmen me dijo que ahora no se puede dejar a las criaturas con otras personas que no sean de la familia por “todas las cosas que yo veo que pasan” y porque en las noticias se entera que “hay mucha violación”. A parte de ello, otras mujeres con las que conversé alegaron experiencias negativas más objetivas, como en el caso que describió Antonia y que se transcribe textualmente a continuación.

Yo por experiencia te digo que no le voy a dejar a cualquiera. No, porque yo pasé mal. Antes que abra mi negocio, mi hijo tenía dos años y mi nena, meses. Justo me salió un trabajo y me tuve que ir. Y dejé personas supuestamente de confianza y no le cuidó bien a mi hijo. Él usaba pañal, la nena pañal, estaban todos irritados. No les daba su leche a hora, por más que yo le dejaba todo en la heladera. No era porque no había, era porque no quería hacer. Inclusive yo le pagaba. Entonces no tuve buena experiencia en la época en que ellos eran chicos y yo salía a trabajar. No le cuidaba bien (Antonia, 41 años, refugio Plaza Japón).

Con el traslado a los campamentos, la desconfianza probablemente se haya acentuado. En algunos casos los núcleos familiares pierden contacto con parientes con los que anteriormente se compartía una relación de vecindad y de apoyo mutuo. Además la vida en estos asentamientos informales acentúa la presencia y circulación de personas extrañas. Todo esto contribuye a que las mujeres no quieran dejar a sus hijos e hijas solos en sus casas debido a la desconfianza que sienten.

En resumen, el cuidado por fuera de la familia representa una alternativa bastante limitada para las mujeres bañadenses. La desconfianza hacia personas extrañas probablemente sea un fenómeno cada vez más expandido que resquebraja el tejido comunitario, y para las mujeres esto constituye un problema porque significa tener que asumir en mayor soledad toda la carga del trabajo reproductivo.

## **6.2. Ser madres en el Bañado Sur**

Queda bastante claro que la responsabilidad atribuida a las mujeres respecto al cuidado de sus hijos e hijas, al igual que la atención de cualquier persona que posea algún grado de dependencia, mantiene una fuerte conexión con la idea de que ellas se encuentran mejor preparadas para realizar esta tarea debido a la capacidad de sus cuerpos para la gestación de un ser humano. Esta idea ciertamente es muy antigua y se encuentra diseminada en muchos contextos culturales donde predominan sentidos y prácticas que vinculan la función reproductiva con el mundo de la naturaleza opuesto al mundo de la cultura. No obstante, también es verdad que este esquema de representaciones no constituye una estructura esencial que permanezca incuestionada. Hechos como la existencia de muchas mujeres que optan por no ser madres o el desarrollo de nuevas tecnologías de la reproducción discuten la supuesta inevitabilidad de una función marcada por la biología y habilitan otras formas de entender los constructos sociales del género.

En el contexto de las familias bañadenses, sin embargo, las ideas más tradicionales sobre la maternidad representan un factor estructurante del ser femenino. La identidad de las mujeres en muchos casos se encuentra estrechamente asociada a su función como progenitoras, y de allí se desprenden fuertes mandatos que las responsabilizan directamente del cuidado de sus hijos e hijas, así como a veces también de otras personas que necesitan atención. El hecho de haber traído al mundo un nuevo ser humano se interpreta como una responsabilidad individual de la mujer y por lo general se excluye al hombre de cualquier obligación o por lo menos se la minimiza.

Tomando en consideración estas cuestiones, se plantean algunas preguntas que podrían ayudar a comprender un poco mejor este ideal de la maternidad. Algunas de estos interrogantes son ¿cuáles son las principales funciones que, según se cree, debe cumplir una madre?; ¿cuándo se considera que su conducta se ajusta a las expectativas sociales?; ¿qué conexiones guarda con ello el cuidado?; ¿este ideal encierra conflictos o se cuestiona? Esto es lo que se intentará dilucidar en los siguientes apartados, prestando atención al punto de vista de las mujeres que viven en el Bañado Sur.

### **6.2.1. Transmisión de saberes y valores**

El rol de la madre se construye en torno a un conjunto de expectativas sociales que se encuentran asociadas a la posición que ocupan dentro de la familia. El hecho de haber gestado y parido a un hijo o una hija supone un complejo horizonte de comportamientos, actitudes, sentimientos y modos de pensar que se espera de ellas. Este mandato social afecta la mayor parte de las dimensiones de su vida cotidiana. Ser madre por lo general demanda un disciplinamiento del cuerpo, la habilitación de determinados espacios y la clausura de otros, una disposición para experimentar sensibilidades específicas o la realización de actividades puntuales, entre muchos otros preceptos. Incluso en varios contextos, ocupar tempranamente la posición de madre conlleva un tránsito casi inmediato de la infancia a la adultez. Ello se observa con frecuencia en los sectores más pobres de la población, cuando a una adolescente embarazada prontamente se le exige conductas propias de una mujer adulta.

En el marco de esta trama de significados y prácticas, la maternidad también implica toda una serie de expectativas referidas al cuidado y la crianza de los hijos e hijas. Para las mujeres del Bañado Sur, el cuidado acarrea numerosas actividades que tienen por objeto asegurar condiciones mínimas de bienestar para sus hijos e hijas. Este amplio arco contiene esfuerzos destinados a asegurar la alimentación de personas que todavía no son capaces de obtener por sí solas su propio sustento, hasta ocuparse de evitar cualquier tipo de accidente o daño que ponga en riesgo su integridad física. Esta clase de tareas atribuidas a una madre como cuidadora han sido ampliamente descritas en secciones anteriores. Pero por otra parte ser madre significa igualmente asumir una diversidad de funciones que excede la mera reproducción y sostenimiento material de seres humanos que todavía no son capaces de desenvolverse con suficiente autonomía.

La maternidad, podría decirse, también conlleva una misión pedagógica y moralizadora. Dentro de esta perspectiva de análisis, el rol de una madre consiste en asegurar la reproducción de un conjunto de valores, pautas de conducta y reglas sociales del grupo al que pertenecen. En numerosas ocasiones, mis informantes manifestaron que una de sus principales responsabilidades consiste en orientar a sus hijos e hijas para que puedan aprender

a cumplir con determinados roles y a discernir aquello que se considera bueno de lo que se piensa que es malo. Parte del deber ser de una madre así se organiza en torno a esta clase de procesos.

Uno de los contenidos ligados a esta función consiste en la transmisión de los roles asociados al género. Las madres enseñan a sus hijos e hijas a comportarse como hombres o como mujeres desde los primeros años de vida. Por ejemplo, a los niños se les permite salir más de la casa, se les encarga menos tareas domésticas y se admite que tengan conductas menos responsables; mientras que a las niñas se las retiene en el hogar, se les asigna trabajos como hacer la comida y lavar la ropa y se las regaña más si es que no tienen un buen desempeño escolar. Un reflejo de esta clase de distinciones que me llamó la atención fue observar una mayor cantidad de chicos que de chicas jugando en las calles de los campamentos. Dicha tendencia obviamente admite algunas excepciones. Sin embargo, es necesario remarcar que entre las familias del Bañado Sur predomina la transmisión de los roles tradicionales de género.

Otra de las disyuntivas que deben resolver las madres se relaciona con la demarcación de límites para sus hijos e hijas. En algunas ocasiones, como me tocó escuchar durante una reunión barrial y en varias conversaciones personales, esta tarea consiste en evitar que los chicos y las chicas se comporten como “malcriados”, lo cual puede ser entendido de diferentes maneras. Ser un malcriado o una malcriada a veces guarda relación con el quiebre de algunas normas sociales que se valoran, como por ejemplo el respeto hacia las personas adultas. Los más jóvenes no deben perder de vista la autoridad de las personas mayores y deben cumplir sus mandatos. Otras veces una conducta de un “malcriado” se asocia con la pretensión de consumir diversos productos en mayor cantidad y más costosos, como teléfonos celulares o vestimenta de marcas reconocidas, lo que supone un costo que la mayoría de los hogares no puede asumir.

En otros casos, la función pedagógica asociada a la maternidad tiene que ver con inculcar valores que permitan a los hijos o hijas desmarcarse de un entorno que a veces es violento y proclive a la delincuencia. En este sentido, se espera que las madres estimulen la responsabilidad y transmitan a sus hijos e hijas valores relacionados con la dedicación al trabajo, el estudio

y un cierto sentido de solidaridad. Para varias de las mujeres que entrevisté, este legado de índole moral tiene mucha relevancia porque posiblemente representa para ellas un intento de evitar que el estigma social que recae sobre las personas que habitan el Bañado Sur se proyecte sobre sus hijos e hijas. Un buen ejemplo de este deseo lo dio Myrian, quien después de afirmar que a su hijo lo crió y cuidó “bien derechito”, lo comparó con otros muchachos del barrio que cometen robos o tienen vicios problemáticos. Por otro lado, esta forma de cuidado también se presta con la intención de prevenir conflictos futuros que podrían resultar muy difíciles de resolver. La transmisión de este tipo de enseñanzas morales representa un esfuerzo para que las personas de menor edad del hogar se mantengan alejadas del consumo de drogas y la delincuencia. Para muchos jóvenes, los consejos y advertencias por parte de las personas adultas de la familia además van acompañados por prohibiciones para que se junten con algunas personas del barrio que son consideradas poco confiables.

En definitiva, las madres aspiran a que sus hijos cuenten con suficientes herramientas para desenvolverse con autonomía. Para muchas mujeres del Bañado Sur, la función de la maternidad también se encuentra asociada a un rol de apoyo y preparación para la vida. No obstante, en contextos de pobreza urbana, esta tarea puede llegar a ser muy angustiante y penosa debido a la tensión que mantiene con la realidad donde se intenta instalar. Los factores que predisponen a las personas más jóvenes a desmarcarse de los mandatos y orientaciones maternas son numerosos. La circulación y venta de drogas, la criminalidad callejera, la formación de bandas territoriales, la promoción del consumo desmedido o la alta incidencia del embarazo adolescente son elementos reales y concretos que las madres deben enfrentar cotidianamente y que les provocan temor, preocupación y frustración. La función de la reproducción social, por tanto, no puede considerarse un proceso lineal y libre de tensiones, sino por el contrario, se trata de una ocupación que demanda esfuerzos personales muy costosos.

### **6.2.2. El buen cuidado**

La asociación entre el ideal de una buena madre y aquello que se entiende por buen cuidado es bastante frecuente. Para decirlo de manera

resumida, cuidar bien es un requisito necesario para ser una buena madre. Atendiendo esta conexión, resulta de interés entonces saber qué significa para estas mujeres cuidar bien. De entrada se puede decir que el buen cuidado tiene varias acepciones que se complementan entre sí, pero que a la vez existen algunos desacuerdos puntuales.

Al respecto, hay un consenso bastante generalizado acerca de que el amor es uno de los elementos indispensables del buen cuidado. Las acciones que se realizan para proveer apoyo a otras personas demandan ser realizadas con amor para que logren ser efectivas. De acuerdo con esta interpretación idealizada del cuidado, la presencia de un sentimiento amoroso confiere mayor valor a la acción y a sus resultados. A la par, se podría decir que tácitamente confirma el vínculo que mantienen las personas que participan en una relación de cuidados. Para ilustrar esta forma de entender las cosas, se puede citar el modo en que Antonia describió cómo ella cocina para su familia.

Yo soy así, de cocinar con amor para que esa persona coma algo rico, ya sea una tortillita, pero hacerlo bien [...] Aunque sea chiquitita, pero vos hacés con amor y servís bien en la mesa, parece que es más rico todo (Antonia, 41 años, refugio Plaza Japón).

Si bien su relato se aproxima mucho al *cliché*, resulta indiscutible que para Antonia el buen cuidado no consiste en una acción mecánica y que la persona que cuida debe involucrarse afectivamente en su realización.

Dentro de esta misma línea, Ana agregó un matiz que complementa dicho significado. Para ella, una madre tiene que “poner corazón” a lo que hace para cuidar bien. En el contexto más amplio de su discurso, esta expresión remite a varios sentidos. “Poner corazón” quiere decir sacrificarse por el bienestar de la persona que recibe los cuidados, pero a la vez indica que la tarea exige un compromiso emocional y que debe ser asumida con altruismo, sin esperar nada a cambio. De acuerdo con estas formas de comprenderlo, el buen cuidado se inscribe dentro de un ámbito íntimo y de entrega desinteresada, que contrasta con la esfera propia de los intereses individuales e instrumentales.

Desde otra perspectiva, quizás menos idealizada, el buen cuidado se asocia con la paciencia. Brindar apoyo y atención a otro ser humano re-

quiere de cierta capacidad para aceptar y tolerar las demandas de alguien sin perder la calma. Una madre presta buenos cuidados cuando logra controlar la ansiedad y el enojo frente a situaciones que podrían provocar hartazgo, cansancio o furia a otras personas. Volviendo al caso de Ana, ella reconoce que tal disposición es fundamental para cuidar bien a una persona. Esto lo aprendió mientras atendía a su madre en el hospital y ahora intenta cultivar esta capacidad en el contexto de la relación con su pequeña hija. Además, ella cree que cuidar bien también se encuentra relacionado con cierta predisposición para prestar atención a la tarea que se está realizando. No basta con estar cerca de alguien a quien se cuida, sino es necesario también estar pendiente de sus estados.

El contrapunto de este modo de hacer las cosas es actuar de manera indolente, negligente y apática. Para las mujeres bañadenses, la antítesis del buen cuidado es tratar a un familiar que demanda atenciones de mala manera y con pocas ganas. Asimismo, cuidar mal se asocia con una actitud distraída y poco atenta. Varias veces escuché referirse de una manera crítica hacia las mujeres que pasan la mayor parte del tiempo “chateando con su celular” sin prestar atención a lo que sucede a su alrededor. En casos como estos, cuando una madre se encuentra involucrada, por lo general se manifiestan reacciones de reproche y una sanción moral que recorre los circuitos del chisme familiar o barrial.

El amor, la paciencia, el interés y la atención son elementos que generan consenso para definir el buen cuidado. Sin embargo, hay algunas discrepancias respecto a la valoración del conocimiento y las habilidades. Algunas mujeres opinan que no es necesario que una mujer posea algún tipo de conocimiento o habilidad en especial para cuidar bien. De acuerdo con este punto de vista, el buen cuidado emanaría de disposiciones innatas encarnadas en la figura de la madre como la voluntad y el amor. Ana me dijo, por ejemplo, que ella creía que no era necesario tener conocimientos específicos para cuidar y que solo había que “poner corazón, garra y paciencia”. Carmen, a su vez, comentó que bastaba saber qué está bien y qué está mal para poder orientar a los más pequeños. En cambio, desde un punto de vista diferente, otras mujeres creen que sí es relevante poseer algún tipo de conocimiento. Principalmente se refieren

al conocimiento de las necesidades particulares de la persona que cuidan.

La construcción de una idea acerca de lo que es cuidar bien, de esta manera, contribuye a reforzar un ideal femenino. Para cumplir correctamente su rol como cuidadora, la madre debe ser amorosa, atenta y paciente. Por otro lado, debe conocer las necesidades específicas de quienes se encuentran bajo su responsabilidad, aunque quizás no necesite saber demasiado sobre otros temas ya que se presume que cuenta con cierta disposición innata para realizar la tarea. Esta caracterización ciertamente es simplificadora, pero resume alguno de los nudos centrales que organizan el ideal de maternidad elaborado por las mujeres bañadenses.

### **6.2.3. Tensiones y rupturas**

La posición que ocupan las mujeres en el entramado de relaciones familiares arrastra una serie de conflictos que ponen en entredicho la exigencia de ajustarse al ideal de la buena madre. En este sentido, las bañadenses experimentan una constante tensión entre lo que se espera de ellas y sus propias necesidades, aspiraciones o deseos. Esta tirantez irresuelta inevitablemente forma parte de los significados que atribuyen a su experiencia como madres y en no pocas ocasiones produce un impacto en sus vidas que se suma y agrava el malestar provocado por la pobreza y la exclusión social.

La responsabilidad del cuidado que recae sobre estas mujeres, como se ha visto, muchas veces se encuentra asociada a un sentimiento de culpa construido en base a una sedimentación de experiencias fallidas o incompletas. Dicha situación guarda relación con el hecho de que el mandato de la maternidad contiene una extensa lista de deberes que se encuentra reñida con las posibilidades reales de las mujeres para cumplirlos. Existen factores muy concretos que plantean impedimentos para que las mujeres puedan asumir el mandato de la maternidad tal como se espera de ellas. La sobredemanda de trabajo doméstico se combina con las carencias materiales, las dificultades para acceder a servicios públicos de apoyo, la posibilidad de tener que lidiar con cuestiones críticas como el consumo problemático de drogas o la irrupción de acontecimientos que desestabilizan el frágil ordenamiento de la cotidianidad como la crecida

del río. Frente a estas circunstancias, las mujeres se hallan sobreexigidas por sus parejas y familiares sin probabilidades reales para satisfacer dicha demanda. De esta manera, es muy frecuente que no puedan realizar todo lo que se espera de ellas y que se encuentren en el centro de reclamos y recriminaciones que acaban haciéndolas sentir culpables.

Varias de las mujeres que entrevisté reconocen estas tensiones y las interpretan como uno de los principales motivos de conflicto con sus parejas o sus familias. Ana es una de ellas y lo describió de la siguiente manera:

Quando a veces le pasa algo [a su hija], su papá me pregunta: «¿Qué le pasó?». Yo le digo: «Tal cosa, tal cosa». Y me pregunta: «¿Qué estuviste haciendo vos?». Por eso muchas veces le digo: «Y yo no puedo hacer todas las cosas al mismo tiempo. Tengo que cocinar, tengo que hacer esto, tengo que hacer aquello, y tengo que mirarle otra vez». Para los hombres a veces es muy fácil decirnos: «¿Y qué estuviste haciendo?». Ellos no ven todo lo que hacemos en la casa. Tenemos que hacer esto, tenemos que hacer aquello y cuidarles otra vez a ellos. Muchos hombres son así. Hasta en las novelas pasa. Y eso a mí no me gusta. Cuando me habla así, es como si me estuviera diciendo: «Haragana, no estás haciendo nada». (Ana, 21 años, refugio Expopar).

La insatisfacción que produce la posición que ocupan en el entramado de relaciones familiares y el rol que se les asigna a su vez tienen otras dimensiones. Muchas mujeres experimentan malestar ante el reconocimiento de su dependencia económica. Esto sucede principalmente con aquellas mujeres adultas que no tienen un trabajo remunerado y que dependen de su pareja o de otros miembros de su familia. Ellas perciben que se encuentran en una situación de desventaja cuando no tienen control sobre los recursos monetarios. Aun cuando la sostenibilidad de sus hogares estribe en gran medida en el trabajo no remunerado que ellas realizan, los ingresos monetarios no dejan de tener una relevancia material y simbólica muy significativa.

No obstante, hay que aclarar, el control sobre estos recursos no siempre está relacionado con un deseo –legítimo– de lograr mayor independencia propia. La función de producción de bienestar que socialmente se les atribuye también requiere de la disponibilidad de determinados recursos monetarios para que pueda ser cumplida. Por esta razón, en algunos casos las

mujeres demandan mayor independencia económica ya no para conseguir una emancipación en términos personales, sino para poder cumplir su rol maternal en condiciones más favorables.

Rosa es una de las mujeres que entrevisté que atraviesa por esta clase de encrucijadas. Su pareja aporta los ingresos que necesita el núcleo familiar para subsistir y, aunque ella se ocupe de organizar el funcionamiento diario del hogar, el hombre es casi siempre quien decide cuándo y de qué manera se utilizará el dinero.

A mí algunas veces me tiene harta pedirle, pedirle y pedirle cualquier cosa que necesite. Por eso a mí me gustaría trabajar y manejar mi propia plata yo. No andar pidiendo. Él es el que tiene todo. Él se va conmigo en el súper y compra todo lo que necesito yo en la semana [...] Él me deja 10.000 [guaraníes] para comprar si me falta verdura o algo. Tengo que manejarme así. Algunas veces eso es lo que es más complicado, porque él solo no puede todo. Algunas veces él me dice ¿para qué yo me quiero ir a trabajar?, si no necesito, si no tengo hambre. Pero no es tampoco todo de querer comer, porque cuando tenés hijos tiene que necesitar ropa. Ahora es mi drama las ropas de mis hijas. Yo necesito ropas. Por ejemplo ayer [Ireneo, su hijo menor] se mojó todito de mí. Tenía que cambiarle y tenía que secarle todito (Rosa, 31 años, refugio Expopar).

El control sobre el dinero le confiere a este hombre un poder sobre Rosa, que intenta conservar desalentándola cada vez que ella piensa en buscar un trabajo. Este es un trance común para varias mujeres adultas que tienen pareja. Se privilegia y se valora más el trabajo remunerado del hombre antes que el de la mujer, relegando a esta última a cumplir con el rol de la maternidad.

Sin embargo, por otra parte, esa misma insatisfacción también puede producir cambios en las formas de vivir y dar sentido a la maternidad. La adaptación a las exigencias del entorno familiar o la dependencia económica no constituyen destinos inevitables para las mujeres bañadenses. Aunque se encuentren limitadas debido a carencias materiales o por presiones sociales, muchas de estas mujeres también son capaces de cuestionar algunos mandatos y asumir su rol como madres de otras maneras.

Esto es lo que sucedió, por ejemplo, con Verónica cuando el padre de sus hijos comenzó a perjudicarla económicamente. Desde que se conocieron

y decidieron vivir juntos, ella no dejó de trabajar para generar ingresos. Verónica incluso logró montar una despensa en su casa mediante un pequeño préstamo que obtuvo en una financiera. Pero su pareja, que es un hombre alcohólico, comenzó a retirar bebidas del negocio sin pagarlas y a quitar dinero de la caja. Así fue que Verónica perdió la paciencia y lo echó de la casa asumiendo sola la responsabilidad de los hijos. Esta clase de hecho, que según pude observar posiblemente se encuentre bastante extendido, pone en evidencia que las mujeres también cuentan con un cierto margen de elección sobre cómo desean vivir la maternidad sin la necesidad de contar con la presencia de una pareja masculina.

La posibilidad de prescindir de un compañero es todavía más evidente en el caso de Marciana. Ella tuvo hijos e hijas con 6 hombres diferentes sin que haya convivido con alguno de ellos por mucho tiempo. Cuando vivía en una zona rural del departamento de Concepción, conoció a los padres de sus hijos e hijas mientras trabajaba en las estancias y en todos los casos prefirió ocuparse sola de su cuidado. De acuerdo con ella, lo hizo para no tener que depender o estar subordinada a ellos, para que no la “manejen”, tal como me lo explicó una vez.

Es el problema de la mujer. Se enamora así y después terminó [...] Yo soy lo que es caprichosa. Yo no tengo hombre. Un año, dos años tengo, y después que se vaya, porque yo no quiero que me maneje el hombre. No quiero que me diga: «eh, pásame mi tereré, pásame mi zapatilla, tráeme mis cosas». Soy caprichosa. No tengo hombre. Ya pasó todo el amor. Tengo que trabajar para mantener a mi familia. Y a mi familia, por ejemplo, yo no quiero que ni le toque su padrastro. No, eso no me gusta. Por eso yo no tengo hombres. (Marciana, 68 años, refugio Pablo Rojas).

Como se puede ver, para Marciana ser madre no va de la mano con la idea o la pretensión de estar acompañada, lo cual, además, es entendido por ella como una forma de proteger a su prole. En cualquiera de estas circunstancias, cuando una mujer decide llevar por su cuenta un hogar, prácticamente no existen amonestaciones sociales, sino más bien se asume con mucha naturalidad y sin sorpresa.

Esta clase de rupturas, a su vez, conducen a otras. Cuando las mujeres deciden o se ven forzadas a sostener por cuenta propia un hogar indefectiblemente se encuentran ante la necesidad de realizar algún tipo de

actividad para generar ingresos. No es extraño que en estas circunstancias deban dejar a sus hijos e hijas durante largos períodos de tiempo, con lo que establecen una distancia respecto a algunas expectativas sociales asociadas a la maternidad. En estos casos, puede que se critique a las mujeres por no atender lo suficiente a sus hijos e hijas o por dejarlos solos o al cuidado de otra persona.

A parte de ello, aunque no sea lo mismo, también se quiebra el ideal de la maternidad de una manera mucho más radical cuando una mujer se desentiende de manera momentánea o permanente de sus hijos e hijas debido a problemas relacionados con el consumo de alcohol u otras drogas. Cada vez que ello sucede, se aplica sobre ellas una fuerte censura social que consiste principalmente en recriminaciones directas o comentarios negativos sobre su conducta que circulan en las redes barriales.

Ahora bien, dentro de este complejo horizonte de expectativas, conflictos y tensiones, algo que se presenta de manera más o menos inalterable es la postergación de las propias necesidades de cuidado. Para la mayor parte de las mujeres que entrevisté, la maternidad se experimenta como un constante diferimiento del autocuidado. El argumento más utilizado es que no se solicita apoyo o atención para no incomodar o importunar al resto de la familia, como señalaron estas mujeres.

Quando sos adulto sí ya sabés lo que te duele, pero a veces para no preocuparle a tu familia, a los que están de tu cuidado, no le decís, no le contás, entonces te quedás callado, todo un tema es. (Ana, 21 años, refugio Expopar).

Si es que necesito mucho yo voy a pedir. Si es que necesito mucho nomás, porque así nomás no voy a pedirle. No soy de molestarle tanto a la gente. (Rosa, 31 años, refugio Expopar).

Resulta por demás revelador que el significado de la maternidad se asocie a un prototipo de mujer fuerte que no demanda la ayuda de otras personas y evita exponer su propia vulnerabilidad, aunque algunas mujeres admitieron que también les gustaría ser cuidadas por otros.

Yo también necesito que alguien me mime y me diga: «Sentate ahí que yo te voy a servir, así como yo sirvo a las personas» (Myrian, 57 años, refugio Pablo Rojas).

Yo necesito muchos cuidados. Yo siempre pienso en los demás, pero también me gustaría que la gente me escuche a mí. Cosa que no tengo con mi marido (Rosa, 31 años, refugio Expopar).

En resumen, lo que se puede advertir es que la maternidad adquiere numerosos significados para las mujeres del Bañado Sur. Es cierto que la figura de la mujer que se queda en la casa al cuidado de los hijos e hijas constituye un modelo vigente. Sin embargo, este ideal es constantemente cuestionado por diversas prácticas y sentidos que se despliegan dentro de un campo complejo y conflictivo en el que las mujeres intentan cumplir el rol que se les ha asignado realizando adaptaciones y ajustes de acuerdo con sus propias posibilidades.

### **6.3. La circulación de cuidados en el marco de redes domésticas**

La subsistencia de una familia en el Bañado Sur depende en gran medida de procesos muy variados de producción, circulación y consumo que muchas veces tienen lugar en los márgenes del mercado o bien en su exterior. Es por eso que la imagen del hombre o la mujer que vende su fuerza de trabajo a cambio de un salario con el que se mantendrá a sí mismo y a su grupo familiar se ajusta muy poco a la estructura económica en la que se inserta la población bañadense. El sostenimiento de un hogar, en realidad, se logra por medio de diversas prácticas en las que se combina el trabajo por cuenta propia, la cría de animales, la reutilización de una amplia variedad de artículos, la búsqueda activa de ofertas y oportunidades, el intercambio de productos y servicios en el marco de redes domésticas, el ahorro forzado y fundamentalmente el trabajo familiar gratuito. Todos estos elementos, entre los cuales podrían incluirse otros, forman parte de un complejo campo económico configurado de acuerdo con distintas racionalidades y arreglos.

Como una de las modalidades del trabajo familiar gratuito, el cuidado que se presta en la esfera doméstica también debe ser incluido dentro de este conjunto de prácticas cuyo fin es producir las condiciones necesarias para la subsistencia diaria de los integrantes de una familia. En contextos de pobreza urbana, para más, dicho trabajo tiene un valor fundamental debido a que, ante la carencia de recursos materiales y la baja cobertura de los ser-

vicios públicos, representa uno de los recursos básicos de los que dispone la gente para lograr su reproducción biológica y social.

Tomando en cuenta estos puntos, el siguiente apartado se focaliza en el análisis del cuidado como un tipo específico de servicio y de bienes ligados a esta labor que circulan en el marco de redes domésticas. Su principal propósito consiste en analizar las lógicas de funcionamiento de estas redes según la perspectiva de las personas que participan en ellas e identificar algunos factores que posibilitarían su formación y desarrollo.

### **6.3.1. ¿Qué circula en las redes domésticas?**

Las redes domésticas conectan a distintos hogares, integrados la mayor parte de las veces por personas que tienen algún grado de parentesco por consanguinidad, por afinidad o ritual o en algunos casos por personas vinculadas a partir de la proximidad física derivada de la vecindad. Si bien estas redes están conformadas por gente de diferente sexo y edad, generalmente son las mujeres adultas quienes las mantienen, las dotan de contenidos y las dinamizan. La presencia de dichas redes en ámbitos sociales donde se extiende la exclusión y la pobreza es muy importante debido a que funcionan como dispositivos que facilitan el acceso a recursos a los que no siempre se puede acceder por la vía del consumo mercantil. La incapacidad para comprar bienes o servicios indispensables debido a la falta de ingresos suficientes se compensa entonces con otros mecanismos de producción y distribución que se generan dentro del ámbito de estos microespacios sociales.

Como se dijo, el cuidado constituye uno de estos recursos. En el contexto de las redes domésticas, se obtiene el apoyo necesario para brindar atenciones a alguien que lo necesita cuando la persona a la que se le atribuye esta responsabilidad no puede hacerlo. El caso más común se refiere al cuidado de niños o niñas cuando la madre sale a trabajar o realiza actividades que la alejan del hogar. El soporte que encuentra en las redes domésticas sirve para organizar el uso del tiempo en función a las oportunidades que se presentan para generar ingresos o al involucramiento personal que demandan actividades cotidianas como hacer alguna compra o acompañar a alguien a un centro de salud. Así, familias como las de Mercedes, Estela o Noelia, redistribuyen la responsabilidad del cuidado de los niños y las niñas

por medio de arreglos entre los distintos hogares que forman parte de estos grupos de parientes. Esta clase de disposiciones suelen ser informales, están normadas por la costumbre y pueden ajustarse o modificarse de manera permanente de acuerdo con las circunstancias.

Usualmente el cuidado en estos casos consiste simplemente en estar con los niños y niñas y evitar que sufran algún tipo de accidente. Cuando son más pequeños además supone algún tipo de actividad más directa como darles de comer o cambiarles los pañales o la ropa. No obstante, el apoyo que se brinda dentro de las redes también puede implicar compartir algunos bienes como por ejemplo la comida o ropa que no se usa. Ofrecer alimentos a los familiares es una práctica habitual entre las familias bañadenses. En algunos casos, además, esta costumbre se extiende a hogares vecinos que no forman parte de la red de parientes. La mayor parte de las veces esto sucede cuando se tiene conocimiento de que alguien pasa por un momento de extrema necesidad.

No obstante, es importante destacar también que la circulación de cuidados tiene limitaciones en contextos de pobreza urbana. Las posibilidades de dedicar tiempo a otro ser humano y de ofrecer determinados recursos materiales se encuentran condicionadas por la necesidad de luchar diariamente por la subsistencia. Esta clase de barreras son bastante claras para una mujer como Mercedes, a quien le gustaría unir más a su familia, pero reconoce que le resulta muy difícil porque, según su opinión, cada quien tiene su “propia necesidad” y “todo es trabajo”. En este sentido, Mercedes me comentó con pesar que para ella no es posible dedicar más tiempo a otras personas de su entorno familiar que no sean las que conviven con ella. “Cuando tenés todo es diferente y podés dejar un poco tus cosas e ir a pasear, pero nosotros todos luchamos, día a día luchamos”, argumentaba ella.

En resumen, lo que se puede decir es que las redes domésticas sirven como un importante soporte para la circulación de cuidados. En este sentido, los principales recursos que se pueden obtener son tiempo y acciones que tienen como finalidad atender las necesidades de alguien que no puede valerse por sí mismo cuando la persona responsable de esta función no puede hacerlo. A su vez, dentro este entramado también se pueden conseguir algunos bienes específicos que se encuentran directamente ligados a

dicha función. En ambos casos, la circulación de estos recursos se encuentra determinada por una racionalidad particular, que es la que se describirá en los próximos apartados.

### **6.3.2. Entre el altruismo y el interés propio**

La provisión de recursos de cuidado entre hogares con integrantes emparentados entre sí o que se encuentran vinculados en el marco de relaciones de vecindad se estructura a partir de un conjunto de preceptos explícitos o tácitos que orientan las acciones de las personas. Estos preceptos funcionan como un conjunto de normas de orden moral, que otorgan un sentido específico a las prácticas y las justifican. Si bien estas prescripciones instalan una cierta noción de obligatoriedad en la configuración de las relaciones sociales, también es cierto que se aplican con discrecionalidad y en distintos grados.

Para la mayor parte de las mujeres que entrevisté, el altruismo es uno de los principios fundamentales que ordena su participación en una red doméstica. Cuando alguien ofrece su tiempo o realiza labores para cuidar a otra persona que no forma parte de su propio hogar, en principio está mal visto que exija algo a cambio de esta acción. Tal principio ciertamente contradice aquella idea sobre el intercambio de cuidados por algún tipo de beneficio que utilizan muchas mujeres para justificar el rol que cumplen en el marco de las relaciones familiares. Parece existir, en este sentido, una disociación entre el modo en que simbólicamente justifican el rol como cuidadoras y las reglas morales que, por lo menos en el plano discursivo, ordenan el relacionamiento.

Volviendo a algo ya mencionado, la expresión “ayudar de corazón” condensa el significado aludido indicando que cuando se presta ayuda a alguien no es moralmente deseable esperar otra cosa como devolución, tal como lo expresó Ana durante una de nuestras conversaciones:

[...] hay muchas personas que te ayudan y después te sacan en cara: «Yo te ayudaba cuando vos estabas más mal». Eso a mí no me gusta [...] no quiero decaer en eso. No me gusta. Porque si vos vas a ayudar a alguien, tenés que ayudar de corazón (Ana, 21 años, refugio Expopar).

Dar sin pedir algo a cambio funciona como un código que sirve para realizar distinciones sociales. Desde la perspectiva de algunas mujeres, la conducta generosa convierte a alguien en una persona respetable, decente e íntegra. Dichos valores permitirían incrementar el capital social en un contexto donde escasean otras formas de capital. “Pasar la mano”, como Antonia aprendió de su madre, es una forma de demostrar el carácter altruista de una persona y funciona como una marca de distinción en el contexto de las relaciones familiares y barriales.

Mi mamá siempre dice: «Si esa persona es tacaña, si es mala, si vos ves que siempre es envidiosa, vos hacé todo lo contrario para que ella se dé cuenta que vos no sos igual a ella». Porque si vos decís: «Él nunca me ayuda, nunca me pasa la mano, es un mal vecino», vos también vas a ir a ese ritmo, y no podés (Antonia, 41 años, refugio Plaza Japón).

Sin embargo, este principio básico presenta algunos matices que operan como una matriz que convierte al altruismo en algo más complejo. Si bien se censura la idea de pedir algo a cambio de modo manifiesto, también es cierto que en muchos casos existe una expectativa encubierta para que ese favor sea devuelto en algún momento. Siguiendo con la explicación de Ana, lo que provocaría resistencia o rechazo sería más bien la enunciación explícita del reclamo de la deuda.

Si es que ella me quiere dar por sí misma, sin que yo le haya reclamado, sí. Pero yo no soy de esas de estar encima diciendo «Mirá que yo te di esto» (Ana, 21 años, refugio Expopar).

Para que los vínculos se mantengan y la circulación de recursos perdure, se tiende entonces a borrar, o al menos a encubrir, la noción de obligatoriedad de devolver lo recibido. Esta operación resulta útil para mantener a salvo la permanencia y funcionalidad de la red doméstica. En un contexto de pobreza urbana ello es muy importante porque si se establecieran plazos muy cortos y estrictos para la restitución de cualquier ayuda, la gente tendría serias dificultades para cumplirlos y en consecuencia el conflicto y las tensiones se harían evidentes. La argumentación de Ana nuevamente brinda claves para comprender esta forma de racionalidad.

A veces cuando no tengo nada, por ejemplo, mi marido no cobró o algo así, entonces le pedimos, por ejemplo, una platita a mi suegra. [Su pareja] va y le dice: «Mamá, ¿no tenés un 1.500 [guaraníes], un 3.000

[guaraníes], para comprarle pañal», y ella así le da. Pero muchas veces nosotros así también a ella [...] Si es que a ella le falta algo, nosotros le damos cuando podemos así. Pero no vemos de esa forma, de devolver, si no de ayudarle cuando necesita, no vemos de devolverle. Vemos de ayudarle, de cómo estar con ella cuando necesita también de algo [...] Es importante cuidarnos unos a otros. Es como si fuera que yo necesito una mano tuya y vos algún día vas a necesitar, pero yo no digo que porque vos me cuidaste, yo te tengo que cuidar sí o sí a vos porque vos me cuidaste a mí, como una obligación. No es así. Cada uno tiene que poner su parte. Si yo digo: «Mirá, él me cuidó a mi cuando yo estaba mal», ¿por qué yo no voy a hacer por él? (Ana, 21 años, refugio Expopar).

La prestación de cuidados en marco de las redes domésticas, por otra parte, también se encuentra organizada por otros sentidos. Algunas mujeres que cuidan dicen experimentar un sentimiento de satisfacción al realizar esta tarea, como una persona que cumple de manera diligente y aplicada lo que se espera de ella. Además hay quienes reconocen que pueden obtener algún tipo de beneficio emocional con ello. Así, por ejemplo, lo interpretó Ana cuando le tocó cuidar a su madre enferma después de haber pasado mucho tiempo separadas: “Yo pensaba –me decía– que cuidándole a mi mamá yo me llevaría mejor con ella. Yo no pensaba solamente en mi mamá, sino que yo pensaba también en el bienestar mío”. Para Ana, atender las necesidades de su madre en el hospital representaba también una forma de obtener una suerte de beneficio emocional que compense los años de distanciamiento entre ellas.

De igual forma, en otros casos se piensa que el esfuerzo dedicado al cuidado de distintas personas en el marco de las redes domésticas brindará frutos en el futuro. Es bastante habitual que una persona que cuida espere que con el paso del tiempo alguien le brinde el mismo tipo de atenciones al llegar a la vejez, aunque en los hechos esta forma de retribución no siempre se cumpla.

Lo cierto es que el altruismo declarado y el interés individual que a veces actúa de manera más encubierta no pueden ser interpretados como categorías totalmente puras y opuestas. Ambos factores se sobredeterminan, influyendo en la conducta de las personas y movilizándolas para que se ocupen de brindar atenciones y apoyos en el contexto de las redes domésticas.

### **6.3.3. Configuraciones flexibles**

La producción, circulación y consumo de recursos de cuidado dentro de las redes domésticas se organiza de una manera bastante flexible, que se ajusta a las situaciones cambiantes y nada previsibles que afectan a la mayoría de las personas que viven en el Bañado Sur. Uno de estos modos de organización consiste en establecer espacios de intercambio entre distintos hogares que están unidos por medio de relaciones de parentesco o por una historia en común forjada a partir de la convivencia dentro de un mismo territorio. La formación de dichos ámbitos por lo general se realiza por fuera o en los márgenes de la esfera mercantil. Con ello la gente busca paliar el impacto de la desprotección y la inseguridad producidas por la pobreza. En estos espacios dispuestos en razón de vínculos familiares y comunitarios se pueden configurar relaciones solidarias que sirven como un importante soporte para afrontar situaciones críticas, tanto como algunos problemas de la vida cotidiana. Durante el trabajo de campo, recogí varias historias que ponían en relieve la funcionalidad de estas estructuras económicas en el contexto del Bañado Sur.

La ayuda que un grupo doméstico brinda a otro en materia de cuidados o de otros recursos indispensables para la subsistencia generalmente no se realiza de una manera única y lineal. Esto significa que no existe un sistema de prestaciones y contraprestaciones secuenciales establecido exclusivamente entre dos polos. Lo más común es que el apoyo circule en múltiples direcciones, en diferentes tiempos y entre distintos núcleos dando forma a un complejo entramado formado por diversos hogares conectados entre sí. Así, es frecuente que los miembros de un hogar ofrezcan auxilio a quien lo requiera o necesite en un momento determinado, sin esperar que el grupo o la persona beneficiada tengan que obligatoriamente devolver dicho don al mismo hogar donde se originó. Si bien existe de manera más o menos solapada alguna expectativa de reciprocidad, la regla dominante es que un hogar ofrezca lo que está a su alcance a quien lo necesite y que cuando este mismo hogar experimente un trance económico reciba colaboración por parte de quien pueda ofrecerla en esa oportunidad. El carácter abierto de esta norma permite ajustar los intercambios a las circunstancias específicas, sin depender ne-

cesariamente de un sistema cerrado. La ayuda, en consecuencia, puede provenir de cualquier hogar que esté en condiciones de ofrecerla.

Ahora bien, para que sea efectiva la producción, circulación y consumo de recursos de cuidados (o de otro tipo) dentro de una red doméstica es necesario que existan mínimas condiciones. Como ya se mencionó, la existencia de lazos de parentesco o de vecindad es un factor de mucho peso para habilitar la escena de la cooperación. Aunque el sistema tiene un carácter abierto, los intercambios generalmente se producen entre distintos hogares que pertenecen a una misma familia o a un microterritorio en particular. No obstante, también hay otros elementos presentes que contribuyen a generar estas condiciones. Para ilustrarlo, se puede tomar como ejemplo la extensa descripción que realizó Antonia sobre distintas situaciones en las que ella y su familia ofrecieron y recibieron ayuda.

A mi hermana que es viuda le tuve que pasar yo la comida, porque es enferma también y no sale a trabajar. Entonces yo cocinaba y le mandaba. Le preparaba así provistas y le mandaba en su casa. Porque pasa, es normal. Y no solo a mi gente. A mi vecino yo le mandaba igual, porque no quería verle, por ejemplo, a una criatura ni a nadie estar sin comer. Yo cocinaba ya grande porque mi marido lo que a veces estaba afuera, atendía el negocio, y me decía: «Está mal la situación». «¿En dónde?», yo decía. «Allá enfrente, la vecina, parece que no tiene nada de carne». Y entonces yo cocinaba más grande y le mandaba. Pero a veces mi hijo me decía: «Mami, ¿por qué vos le pasás la comida? ¿Por qué vos como siempre?» A veces, por ejemplo, nosotros no teníamos carne, entonces yo hacía un arroz blanco con huevos fritos o si no arroz blanco con tortillitas. O sea, salvaba siempre porque teníamos y comíamos igual bien. Hacés un cocido con tortillas y nosotros ya merendábamos y cenábamos. Mi hijo siempre miraba y me decía «Mami, vos estás enferma, hacés todo lo que hacés en la casa y le pasás otra vez al vecino, y ella está sentada. Ella tiene que hacer aunque sea un arroz hervido y que coman los chicos». Pero yo hacía de pasarle. Digo que es herencia porque mi papá no podía comer una galleta sin invitarle al vecino. Igual si tenía o no tenía. Lo que tenía le invitaba. Mi papá, cuando nos fuimos a Capiatá, fuimos los primeros que habitamos allí. Y él comenzó a limpiar todos los terrenos de alrededor de mi casa y comenzó a plantar: que batata, que mandioca, que todo lo que era así verduras, sandías, todo así. Entonces él tenía más. Teníamos nosotros muchas cosas, entonces él le invitaba al vecino que estaba en la otra cuadra, le llevaba un bolsón. A lo mejor ni él no sabía si necesitaba o

tenía, pero él quería invitar. Y si hacíamos un asado un domingo, que era sí o sí domingo, mis cuñados venían, uno de Sajonia a Capiatá y de Caacupé a Capiatá y hacían asado. Entonces él no se sentaba a la mesa si no invitábamos al vecino. Entonces somos así. La mayoría de mis hermanos y hermanas somos así. Si estamos mirando y nuestra comida hay suficiente, entonces invitamos.

En muchas partes donde yo pasé mal mucho tiempo, parecía que alguien sentía y alguien golpeaba la puerta. Por ejemplo, no teníamos para cenar y golpeaba y traía así, me acuerdo. Estábamos en crisis. Bueno, entonces yo un cocido, merendamos y nos vamos a dormir. Viene, me acuerdo, me golpea mi vecino. «Acá Carol te manda». Milanesa, ensalada, parece luego que Dios mandó, a lo grande cenamos. Yo creo que de arriba te viene todo. Alguna vez alguien será agradecido y te acerca en ese momento o a veces en otro momento. Pero yo ya pasé ese momento crítico y siempre me pasaron la mano. No sé si es agradecimiento o algo, pero siempre viene (Antonia, 41 años, refugio Plaza Japón).

De este relato se pueden extraer varios elementos que forman parte de las condiciones básicas para que se produzcan intercambios en el marco de las redes domésticas existentes en el Bañado Sur. Uno de estos factores básicos es la disponibilidad de recursos materiales o de tiempo excedentes que puedan transferirse a otro hogar. Aunque parezca algo demasiado obvio, es relevante tomar en cuenta este factor ya que, en contextos de pobreza urbana, dicho sobrante es muy limitado, lo cual disminuye la capacidad de acción de las redes domésticas. Aun así, el relato de Antonia también permite identificar cómo las personas se esfuerzan para poder ofrecer esta ayuda mediante estrategias que permitan aprovechar de la mejor manera posible los pocos recursos disponibles.

Otro factor relevante para generar una situación propicia para el intercambio es el conocimiento acerca de las necesidades del otro. En este sentido, la circulación de información sobre el estado de los hogares y de las personas que viven en ellos es fundamental para que puedan tejerse estas redes de apoyo mutuo. Ésta sería la dimensión “útil y práctica” del chisme barrial. Para poder obtener estos conocimientos, las personas han desarrollado algunos criterios para poder interpretar la situación de los hogares. A modo de ejemplo, una vez Mercedes me comentó que ella se daba cuenta cuando sus vecinos pasaban por un momento de extrema

necesidad porque salían poco de la casa. Si no se los veía en la calle, eso quería decir que no estaban trabajando en ese momento y que posiblemente estarían pasando hambre. A su vez, para la disponibilidad de este tipo de conocimiento también depende de la predisposición de la gente para pedir apoyo cuando lo necesita.

Finalmente, otro de los elementos que se expone en el relato de Antonia es la posible conexión que tienen las prácticas del presente con un modo anterior de concebir y organizar las relaciones sociales. La referencia a lo que aprendió con su padre remite a un mundo donde la instrumentalidad y el interés propio no ocupan el lugar central que tienen en el presente. Aunque evitando cualquier interpretación idealizada del pasado, es necesario reconocer los nexos que guardan las prácticas solidarias que se producen en el marco de estas redes domésticas con un orden fundamentado en valores que anteponen la realización de la comunidad antes que el éxito o la salvación individual del sujeto. En tal sentido, hay que entender que el despliegue de acciones solidarias no se apoya sobre el vacío, sino responde a un acumulado de disposiciones, sentidos, valores y prácticas que cuentan con profundidad histórica.

Siguiendo estos indicios, se puede apuntar entonces que en contextos de pobreza urbana las redes domésticas se estructuran de modo flexible y abierto. La condición de posibilidad para que se formen y funcionen en consecuencia no está ligada a una normatividad demasiado estricta que regula los intercambios. Más relevantes son la afinidad producida por el parentesco o la vecindad, la disponibilidad de algún excedente, el conocimiento sobre las necesidades del otro y la transmisión de una cierta disposición para compartir orientada por una racionalidad que se desmarca de principios instrumentales y de mera acumulación individual.

#### **6.3.4. “Algunas veces nos discutimos y yo les echo en cara esto”**

La producción, circulación y consumo de recursos de cuidado en las redes domésticas, sin embargo, no debe ser entendida como un proceso fluido y desprovisto de tensiones. Por el contrario, los intercambios también producen cuestionamientos, malestares y divisiones. En el relato de

Antonia, por ejemplo, se puede observar claramente cómo su hijo mayor objeta la actitud generosa de la madre hacia los vecinos anteponiendo el bienestar familiar de los otros al propio. Esta clase de reacciones es bastante frecuente y coexiste de manera problemática con disposiciones más altruistas, incluso en el plano íntimo de una misma persona.

Aunque la obligación de devolver lo recibido se encuentre relativamente censurada, las personas no dejan de prestar atención a los desequilibrios que se producen cuando alguien provee recursos sin que exista reciprocidad. Este desequilibrio se interpreta como algo negativo y causa disgusto. En el caso de Rosa, ella guarda recelo hacia sus hermanos y hermana debido a que no retribuyen a su madre el apoyo que ésta les brinda respecto al cuidado de sus hijos e hijas.

Generalmente ellos [sus hermanos] se manejan mucho por sus señoras. Poco andan por mamá. Generalmente es mi mamá lo que más le ayuda a ellos cuando no tienen plata. Y ellos, cuando ella necesita, le dan prácticamente la espalda. Lo mismo es con mi hermana. Mi hermana, esa que está por acá, ella generalmente se va para comer [...] Algunas veces nos discutimos y yo les echo en cara esto” (Rosa, 31 años, refugio Expopar).

Conflictos de esta naturaleza son muy frecuentes en las redes domésticas y pueden provocar rupturas y enemistades familiares que perduran durante años. Pero en otras ocasiones los problemas no son enunciados de una manera clara. El malestar que provoca el reconocimiento de una situación injusta o desigual en algunos casos no se expone de modo explícito, sino a través de comentarios indirectos o por medio del cotilleo con otras personas que se ocuparán de comunicar el enfado al implicado. La propensión a mantener encubierto el conflicto posiblemente tenga como finalidad evitar una ruptura no deseada debido a la fuerza de los vínculos afectivos que unen a una persona con otra o a factores de orden más práctico, como cuando la discordia implicaría tener que mudarse a otro lugar o dividir los pocos bienes materiales que se comparten.

Una de las mujeres que se encuentra en esta difícil situación es Mercedes. En su misma casa vive su hijo Robert junto con su pareja y su pequeña hija. Robert es plomero y obtiene algunos ingresos de forma irregular. Pero él maneja de manera independiente sus gastos. Prepara

aparte la comida para él y su familia, por ejemplo. Pese a todo, algunas veces Robert no cuenta con dinero suficiente y entonces su pareja e hijo consumen lo que encuentra en la casa de su madre. A Mercedes le molesta mucho esta situación, según me confesó después de dar algunos rodeos, porque Robert no aporta dinero al hogar cuando tiene. Textualmente me dijo: “eso es lo que realmente disgusta”, porque cuando es al revés, y es ella quien le pide dinero, Robert exige que se lo devuelva lo más pronto que sea posible. En este caso, Mercedes parece no estar muy predispuesta a tratar abiertamente el conflicto con su hijo debido a los sentimientos que la unen a él y porque a final de cuentas los eventuales préstamos de Robert sirven para salvar situaciones críticas.

Otra situación que provoca algunas tensiones se produce cuando una persona que cuenta con menores recursos que otra busca el apoyo de la segunda a través del establecimiento de un vínculo de parentesco ritual como el padrinzago. Elegir un padrino o una madrina que dispone de mayores recursos —aunque sea en una cantidad ínfima— representa a veces un intento para proporcionar mayor bienestar material a un hijo o una hija. Si se logra este tipo de relación, el padre o la madre del niño o niña en cuestión podrían esperar entonces alguna colaboración económica para cubrir gastos relacionados con su vestimenta, educación o para ciertas celebraciones como un bautismo o cumpleaños. Sin embargo, el parentesco ritual no es fácil de lograr porque aparentemente las personas se encuentran cada vez menos dispuestas a aceptar tal clase de compromisos. Mercedes me contó que se está perdiendo la costumbre de que alguien por fuera de la familia acepte convertirse en padrino o en madrina debido a que ello supone gastos significativos. Por este motivo, la gente busca excusas para salir del aprieto y así se producen algunas tensiones entre hogares. A Mercedes misma le sucedió algo así cuando una mujer que vivía en Caacupemí, una de las zonas más pobres del Bañado Sur, le pidió que “alce” a su hija<sup>25</sup>. Para ella, esta responsabilidad implicaba quedar ligada a esta niña de por vida y para evitarlo lo mejor que se le ocu-

---

25 En Paraguay, la expresión “alzar” a un niño o una niña se refiere al acto de convertirse en padrino o madrina de la criatura. El dicho proviene de la acción de levantar el niño o niña frente la pila bautismal donde el sacerdote oficiará el rito de verter agua sobre su cabeza. En guaraní, se utiliza la locución “*ahupi haguã*” (Zalazar, 2009).

rrió fue argumentar que pertenecían a religiones diferentes (Mercedes asiste a una iglesia Evangélica). Lo cierto es que la relación entre ambas no fue la misma después este episodio.

Como se puede observar, el conflicto forma parte inherente de las redes domésticas. No se pueden pensar los intercambios sin una dimensión de malos entendidos, fricciones e intereses contrapuestos. Este registro habilita una lectura no idealizada de un campo económico que, si bien en ciertas circunstancias se rige por una racionalidad distinta a la de los mercados, no deja de presentar tensiones que desestabilizan los principios solidarios.

### **6.3.5. ¿Complementariedad o desigualdad de poder?**

Colocar en circulación recursos de cuidados en el marco de redes domésticas a veces también puede entenderse de otra manera. El apoyo y la atención que se brindan a integrantes del propio hogar o de otros hogares de la familia se suelen interpretar como servicios que se intercambian por recursos materiales que serán destinados a la subsistencia del grupo familiar. Esta clase de sentido está bastante extendido entre las mujeres que tienen una pareja y que no realizan otras actividades fuera de la casa a cambio de una remuneración. Como ya he mencionado antes, es común en estos casos que la mujer considere que el trabajo de cuidados que ella produce represente una contraprestación ofrecida a cambio de los ingresos que aporta su pareja.

El intercambio de cuidados por recursos monetarios con los cuales se comprará lo que se necesite en el hogar es una práctica naturalizada y forma parte de un sentido común muy aceptado. La idea subyacente es que resulta razonable y deseable que un integrante adulto del hogar que no produce ingresos (una mujer, por lo general) se ocupe de las tareas reproductivas que requiere esa unidad para poder mantenerse y para que sus integrantes accedan a un mínimo bienestar. Esta clase de intercambio se interpreta como una suerte de transacción justa y legítima, y habitualmente se considera que ambas partes implicadas logran algún grado de complementariedad de esta manera. No obstante, es relevante apuntar que el trabajo realizado en la esfera doméstica no se reconoce debida-

mente y que no existe cálculo alguno que permita determinar cuánto vale en términos que posibiliten su comparabilidad con el trabajo remunerado. Por consiguiente, también es común que la persona que aporta el trabajo no remunerado en el contexto de una relación como ésta, perciba que se encuentra en una posición de inferioridad.

Uno de los principales resultados que usualmente genera esta disposición es la aceptación de situaciones difíciles que deben afrontar las mujeres que solo trabajan en su casa sin recibir a cambio una remuneración. Muchas veces esto quiere decir tener que admitir sin reclamos los malos tratos que les propinan sus parejas y hasta actos de violencia. Es por eso que una mujer como Rosa termina tolerando el mal carácter de su marido y hasta justificándolo de la siguiente manera:

No lo puedo atacar en ese sentido a él porque todo lo que gana nos da a nosotros. No me puedo quejar en ese sentido. Lo que yo necesito algunas veces es que nos hable, que le diga cosas bonitas a sus hijas y eso [...] Necesitamos cariño también, comprensión, hablar más. Algunas veces se me muda su mal genio y yo me doy cuenta que está mal eso (Rosa, 31 años, refugio Expopar).

En el marco de estos intercambios, el rol de proveedor de recursos financieros es cumplido generalmente por la pareja. Pero si este hombre se encuentra ausente, pueden desempeñarlo también los hijos varones de mayor edad. Se podría decir así que los hijos se convierten en maridos con prerrogativas bastante similares. Las mujeres que entablan esta clase de relaciones perciben que el trabajo que ellas realizan en el hogar representa una contribución que se canjea por los ingresos monetarios que aporta el hijo o a veces la hija al hogar. Esto es lo que seguramente quería decir Mirian cuando me contó que al regresar de su trabajo su hijo la “ocupaba” para ir a realizar compras a la despensa o, de manera más evidente, es lo que indicaba doña Marciana cuando se refería a uno de sus hijos como el “*papá guazú*”<sup>26</sup> del hogar.

Ese mi hijo [Daniel] que está conmigo, ese trabaja y me ayuda, y me cuida. Es el papá guazú, porque es el mayor y los otros no están con nosotros. [¿Qué quiere decir cuando dice que es el “papá guazú?”] Es el que cuida

---

26 Papá grande, en jopará (mezcla de castellano y guaraní). Indica que es el padre de todos o el que concentra más poder y responsabilidades.

la casa, la familia, como papá se representa. Pero algunas veces falla conmigo porque se emborracha (Marciana, 68 años, refugio Pablo Rojas).

El resultado de estas ecuaciones es una economía de intercambios ordenada según la división sexual del trabajo. Los roles tradicionales atribuidos a las personas de acuerdo con su sexo determinan el tipo de bienes y servicios que pondrán en circulación dentro de esta micro-red de intercambios configurada dentro de un mismo hogar. Desde el punto de vista de las mujeres, esta clase de trueques se representa generalmente como algo natural y en cierta medida justo. En este sentido, predomina la idea de que se trata de una relación complementaria. La desigualdad de poder existente entre las partes, en cambio, permanece como una cuestión silenciada, aunque no del todo erradicada ya que emerge de tanto en tanto como motivo de conflicto y malestar.

### **6.3.6. Intersecciones con otras esferas**

Pensar las redes domésticas como un mundo cerrado en sí mismo, con sus propias normas y racionalidad, no se ajusta demasiado a la realidad. Si bien es cierto que constituyen espacios que suelen configurarse en los márgenes o por fuera del mercado, también es verdad que cuentan con múltiples puntos de intersección que conectan a estos ámbitos. Lo mismo sucede con las esferas de la política, la religión o de las organizaciones de la sociedad civil que desarrollan alguna actividad en el Bañado Sur. En cada uno de estos casos, las fronteras entre el mundo familiar y otras constelaciones sociales siempre son difusas y permeables. Se podría decir que lo privado y lo público se determinan mutuamente de diversas maneras.

La disponibilidad de recursos que se utilizan para prestar cuidados a los miembros de una red doméstica se encuentra tan relacionada a una cuota de entrega desinteresada como al grado de acceso al mercado que tenga una familia. Para decirlo con un ejemplo sencillo, el cuidado de un niño o una niña depende también de la posibilidad de contar con alimentos en el hogar. Es aquí donde los bordes que separan ambas esferas se vuelven borrosos y difíciles de identificar con claridad. El tiempo y el esfuerzo que la madre dedicará a preparar la comida pueden objetivarse toda vez que cuente con recursos materiales para realizar dicha actividad.

Lo referido puede ser más evidente al considerar un caso como el de Ana. Para poder cumplir con su rol de cuidadora de su hija, ella debe establecer arreglos para obtener algunos recursos indispensables ligados con esta función (contar con pañales, por ejemplo). Una de las estrategias que utiliza para ello es recurrir a la práctica del “fiado”, que consiste en obtener algo sin pagar de inmediato y postergando la cancelación de la cuenta para más adelante. Así, para lograr este tipo de acuerdo, la confianza se convierte en un elemento indispensable. Pero en un contexto de pobreza urbana la presencia de este factor depende en gran medida de vínculos familiares o generados por la convivencia en comunidad. Se fía, en este sentido, a las personas conocidas que de distinta manera forman parte de las mismas redes domésticas. Ana puede pedir fiado porque pertenece a una red doméstica donde a la par participan otros agentes que la conectan al mercado.

Muchas veces me alcanza, pero muchas veces no. Porque hay veces, por ejemplo... Hoy lunes amanecemos sin plata y hoy él fue a trabajar, pero hoy no cobró. Pero igual nomás. Tenemos una libretita en el almacén. Entonces cuando él pueda cobrar, entonces pagamos nuestra libreta y tranquilo. Hay veces que en esa libreta va toda la plata otra vez. [¿Y en qué almacén tienen libreta?] Ña Nieves se llama. Es la vecina de mi suegra. Ella nos conoce y nunca nos hace problemas (Ana, 21 años, refugio Expopar).

Sin embargo, esta práctica tiene límites que están demarcados por algunas de las reglas de juego del mercado. La capacidad para entregar un producto sin recibir algo a cambio de manera inmediata se reciente cuando la deuda se prolonga por demasiado tiempo. En estos casos, los vínculos familiares o de vecindad no son suficientes para consentir la persistencia del adeudamiento. Para mantener el negocio, es fundamental evitar que haya pérdidas, y muchas veces esto implica dismantelar cualquier lógica solidaria para que predomine el principio del interés propio asociado a la rentabilidad. Esta confrontación supone una tensión para una mujer como Antonia, que resalta el valor del altruismo a la vez que se encuentra presionada a mantener un negocio familiar, tal como me contó durante una de nuestras conversaciones.

Porque ya entré en juego. Se me fue muchísima plata en eso, mi capital. Porque la gente, mucha gente, cobra y se olvida que llevó esta semana

por libreta. Y se van y compran todo del súper y se olvidan. Y le preguntás entonces qué pasó y te dicen: «Ah... la semana siguiente te voy a pagar». Pero la siguiente ya se fue a deber en el otro almacén, y tiene que pagarle a esa persona porque esa persona no le va a dejar de balde como yo. Yo soy esas personas que no quieren requerir. Le voy a dar y ya su voluntad que me devuelva. Si me dijo: «El sábado te voy a pagar», quiero que venga a pagar mi plata. No me quiero ir a requerir. [...] Pero ahora ya no. Con esa condición mi marido me abrió mi negocio. Porque yo antes tenía un almacén bien puesto allá y daba por libreta. Había meses que yo tenía mucha plata que cobrar y ahí surtía. Pero había muchas personas que [le decían] que su hijo justo le hizo algo en la escuela y tuvo que pagar y entonces se olvidó de pagar su libreta y arrastró. Se olvidó, como si fuera borrón y cuenta nueva. Entonces ya mi marido me dijo: «Te abro el negocio, pero no hay más libreta». [Le pregunto si la gente igual le pide fiado y Antonia me responde en voz baja, como contándome un secreto] Ah... y hago igual. Por ejemplo, te dicen: «Dame hoy y el sábado te pago». Son cosas que necesitan en apuros. Por ejemplo, del súper traen todo para la semana, pero justo algo les faltó sal o azúcar. Entonces yo les doy (Antonia, 41 años, refugio Plaza Japón).

El breve relato de Antonia contiene varios elementos interesantes que van desde el impacto que tiene la apertura de un supermercado en la frágil economía barrial hasta la estructuración de las relaciones de género en el marco de la sociedad conyugal. Pero lo que interesa destacar aquí es cómo la solidaridad que podría existir entre la unidad doméstica y productiva a la que pertenece Antonia y otros hogares del barrio se debilita o transfigura ante la necesidad de privilegiar reglas del mercado en el que todos estos núcleos participan y con el que inevitablemente interactúan.

Además de lo dicho, es importante relevar otras intersecciones entre las redes domésticas y la esfera mercantil. Durante el trabajo de campo, identifiqué casos en los que un integrante de una familia brinda una remuneración a otra persona del mismo grupo para que se ocupe del cuidado de alguien. Por ejemplo, Roberto, el hijo de Mercedes, le paga una pequeña suma de dinero a Norma, su hermana, para que cuide a su hijo de un año. Ella se ocupa de su sobrino por las mañanas –mientras su propio hijo se encuentra en la escuela– y además realiza las compras y la comida para su hermano y su pareja. También la familia de Antonia recurre a un esquema parecido para asegurar el cuidado de su padre y su madre, quienes se

encuentran en un avanzado estado de vejez y carecen de autonomía. Los hermanos que obtienen ingresos de modo más regular le entregan dinero a una de sus hermanas para que se ocupe de la pareja de ancianos durante medio día. Lo que se desprende de ello es que la mercantilización del cuidado en el contexto familiar es un fenómeno emergente. Entre otras cuestiones, se trata de una estrategia para lograr que la circulación de recursos monetarios se mantenga dentro del grupo de parientes. Además, es una forma de brindar respaldo a una persona de la familia desocupada o subempleada que necesita acceder a una fuente de ingresos.

A parte de sus intersecciones con el mercado, las redes domésticas también se conectan con las esferas de la política, la religión o de las organizaciones de la sociedad civil. Es muy común que en el Bañado Sur las familias funcionen como un dispositivo a través del cual los partidos políticos ponen en circulación recursos en el marco de una lógica clientelar. Estos recursos son de diverso tipo y van desde dinero en efectivo para distintos fines hasta facilidades para acceder al sistema de salud, recomendaciones laborales o ayuda de emergencia en situaciones críticas como la inundación. También existe una fluida interacción entre las redes familiares y las organizaciones religiosas que se encuentran en la zona. Las redes domésticas constituyen un ámbito adecuado para lograr el acceso a la gente con el propósito de ganar fieles y brindar orientación espiritual, así como para encauzar las obras de caridad y de apoyo a la comunidad. De la misma manera se producen los encuentros con las organizaciones de la sociedad civil, que aprovechan la existencia de las redes domésticas para brindar apoyo a la comunidad y promover procesos de diversa índole.

Los vínculos entre las redes domésticas y los distintos agentes que intervienen en el Bañado Sur ciertamente tienen una doble faceta. Por un lado, operan como puntos de interfaz que permiten el acceso a recursos. Pero por otro lado, también representan otro frente de trabajo que recae sobre las mujeres. Un ejemplo que ilustra bastante bien esta situación es la aglomeración de mujeres que se producía alrededor de los camiones que llevaban ayuda humanitaria a los refugios donde viven las familias perjudicadas por la inundación. Eran ellas quienes tenían que ocuparse de realizar las gestiones, recibir los víveres y trasladarlos hasta sus hogares.

En síntesis, lo que se puede observar es que las redes domésticas no constituyen espacios incontaminados. Su constante interacción con otras esferas produce dentro de ellas adaptaciones, modifica su lógica de funcionamiento, altera sus dinámicas e introduce nuevos contenidos y sentidos. A su vez, las redes domésticas también provocan efectos similares en las esferas con las que se relaciona. El reconocimiento de dichas determinaciones habilita así una lectura un poco más compleja de los espacios de producción, circulación y consumo de bienes y servicios destinados al cuidado y demuestra que su funcionamiento no se rige exclusivamente por un principio de amor, entrega desinteresada y altruismo. La reproducción del capital, los juegos de micropoderes, la salvación de almas y el cambio social también forman parte de ellos.

### **6.3.7. Factores que inciden en la configuración de redes domésticas**

¿Qué factores inciden para que las redes domésticas en las que participan las mujeres sean más o menos amplias y consistentes? Esta pregunta es relevante porque de ello podría depender su capacidad para contar con apoyo para afrontar la responsabilidad del cuidado, además de representar un elemento clave para el sostenimiento de sus hogares en general. Las redes domésticas, en tal sentido, pueden ser entendidas como aparatos que sirven para mitigar el impacto de la pobreza y la exclusión en sus vidas por medio de la habilitación de espacios de producción e intercambio de bienes y servicios que no dependen exclusivamente del mercado.

De acuerdo con las historias recogidas durante el trabajo de campo, una de las circunstancias que más inciden en la formación de redes domésticas protagonizadas por mujeres es la experiencia de una trayectoria laboral actual o previa. Aquellas mujeres que realizan algún trabajo remunerado o que generan ingresos a través de un emprendimiento productivo —o que lo han hecho en el pasado— cuentan con más vínculos sociales y, de esta manera, logran conectar distintos hogares formando una red. Este es el caso de Martina, cuyas compañeras de trabajo de la guardería se han convertido en amigas con las que intercambia algunos favores, o de Antonia, que a través del almacén conoció a muchas vecinas con las que

también colabora. En cambio, aquellas mujeres que solo trabajan en sus hogares realizando tareas domésticas tienen menos oportunidades para relacionarse con otras mujeres en estos términos. Lo que pude observar en estos casos es que dichas mujeres se encuentran más aisladas y con frecuencia deben afrontar solas las preocupaciones y contrariedades de la vida cotidiana.

Una situación muy similar se da con las mujeres que participan en alguna organización barrial. Los espacios comunitarios también funcionan en determinados casos como plataformas para la formación de redes domésticas, donde la cooperación entre vecinos puede extenderse y abarcar la colaboración en tareas relacionadas con la esfera reproductiva como el cuidado de los hijos y las hijas.

Otro elemento importante para la formación de redes domésticas es la pertenencia a una familia amplia y estable. La conexión entre núcleos domésticos tiende a ser más fuerte dentro de un grupo de parientes que se mantiene relativamente unido. Si bien es cierto que los conflictos y desencuentros son comunes dentro de una familia, también es verdad que los problemas y disputas se presentan en diferentes grados. La supervivencia de los progenitores (aparentemente en mayor medida cuando la pareja no se ha separado) produce cierta cohesión entre grupos de hermanos y genera condiciones para que existan intercambios entre ellos. Antonia, sus hermanas y hermanos, por ejemplo, se mantienen en contacto en el marco del espacio familiar que existe en torno a su padre y madre ancianos, lo cual genera condiciones para que se produzcan intercambios entre ellos. Pero cuando hay ausencia de un referente familiar –que también puede ser una hermana o un hermano mayor–, los vínculos tienden a ser más débiles y, por consiguiente, es más difícil formar una red doméstica organizada a partir de lazos de parentesco.

No obstante, una opinión bastante llamativa que registré durante el trabajo de campo es que las relaciones basadas en la amistad y la confianza mutua no serían tan fuertes ni extendidas como podría parecer. Muchas mujeres que entrevisté manifestaron que casi no tenían amigas y que no se puede confiar mucho en otras personas que no sean las de la familia. Rosa, por ejemplo, decía lo siguiente:

No hay amigas ahora. Vos como criatura te peleás y después te echa en cara cualquier cosa. Ahora mi amiga es mi hija. Le cuento todas las cosas que me dicen o hago. Todo eso con ella. Pero ahí se acaba (Rosa, 31 años, refugio Expopar).

Esta clase de opiniones son muy comunes entre ellas. Muchas de estas mujeres dicen que cuentan con personas conocidas, pero no con amigas en las que se pueda confiar. Se alega que las personas ahora son más traicioneras, solo buscan el provecho propio y que reclaman la devolución de favores. Esta percepción contrasta con algunas de las prácticas solidarias entre vecinos y vecinas registradas. Pero posiblemente estén indicando un proceso de fragmentación o descomposición del tejido comunitario que afecta el funcionamiento de las redes domésticas.

#### **6.4. Un horizonte complejo y dinámico de significados**

En este apartado, se han analizado algunos de los significados que un grupo de mujeres que viven en el Bañado Sur atribuye a la posición que ellas ocupan en el entramado de relaciones familiares, al rol maternal que habitualmente cumplen y a las redes domésticas donde ponen en circulación y obtienen recursos de cuidados. Lo que a primera vista se puede observar es que dichos sentidos cuentan con elementos que convergen en algunos aspectos y que colisionan o se contradicen en otros.

Una de las ideas enunciadas con frecuencia y de distintas maneras dentro de sus relatos es que todo el cuidado que ellas prestan a familiares al igual que a otras personas del barrio forma parte de un sistema de intercambios en el que pueden obtener algo a cambio. El cuidado, por tanto, se podría entender como un servicio o un bien que utilizan para obtener otra clase de recursos usualmente destinados a su subsistencia y de las personas dependientes que se encuentran a su cargo.

Ahora bien, este tipo de transacción adquiere sentidos diferentes. Por una parte, la idea de que se produce algún trueque contribuye a justificar el rol que socialmente se les ha asignado como mujeres. En el contexto de las relaciones familiares, ellas interpretan que ocuparse del cuidado de alguien es un deber porque consideran que se trata de una contraprestación por algún beneficio recibido en el pasado, presente o futuro.

Este significado es reforzado por otro tipo de ideas. Una de ellas es un concepto de la maternidad y del ser femenino que asocia la función del cuidado y la entrega amorosa y altruista para producir bienestar en otra persona como una disposición natural de las mujeres. Es más, uno de los fines del cuidado se entiende también como la transmisión de esta forma de entender el rol de la mujer. Otra idea que refuerza la noción del cuidado como un elemento que forma parte de un sistema de intercambios es el planteamiento de que en un hogar las tareas se distribuyen de manera complementaria de acuerdo con el sexo de las personas. Así, a las mujeres les correspondería el trabajo reproductivo mientras que sería responsabilidad de los hombres el trabajo productivo.

Pero por otra parte, y de manera paradójica, la práctica del intercambio de cuidados se encuentra normada por un principio moral que consiste en no explicitar o hacer ostensible el hecho de que se trata de una transacción. El propósito de este encubrimiento podría consistir en evitar poner en evidencia las tensiones y conflictos que se derivan de relaciones desiguales, de distintas modalidades de explotación y de incumplimientos. Con ello se buscaría salvaguardar un frágil y precario estado de cosas que es necesario conservar para no intensificar el malestar y el desasosiego producidos por la pobreza y la exclusión, aunque obviamente el cumplimiento de este precepto se quiebre en numerosos casos.

Una de las principales consecuencias de estas divergencias es la aparición de diversos focos de tensión. La mayoría de las mujeres reconoce que el rol que se les asigna o el sentido de altruismo que dicen tener chocan contra limitaciones e injusticias. No se puede brindar respuestas a todas las personas que demandan cuidados porque ni los recursos, ni el tiempo son suficientes. Cuando no pueden cumplir con lo que se espera de ellas, emergen sentimientos de culpa o se convierten en blanco de reclamos. La dependencia económica que muchas veces produce la división sexual del trabajo genera malestar y angustia. Está mal visto solicitar una retribución cuando se presta ayuda a alguien, pero a la vez veladamente se espera cierta correspondencia. Todos estos desencuentros y contradicciones también forman parte del mundo de vida de las mujeres bañadenses.

Aun así, las privaciones materiales que ellas y sus familias experimentan hacen que el trabajo de cuidado entendido en un sentido muy amplio sea uno de los medios para acceder a un mínimo piso de bienestar. Es por eso que las redes domésticas por donde circulan esta clase de servicios y recursos no dejan de ser muy importantes. Si bien por factores familiares o relacionados con sus trayectorias de vida o laborales estas redes pueden ser más o menos amplias y sólidas, el intercambio de cuidados representa un elemento clave para la subsistencia de ellas mismas y de sus familias.

En síntesis, los significados que las mujeres bañadenses atribuyen al cuidado se configuran de una manera compleja y dinámica. No es posible, por tanto, reducirlos a una lectura estática o unívoca. Este enfoque debería prevenir de cualquier interpretación que se circunscriba exclusivamente a aspectos que deterioran o mejoran las condiciones de vida de estas mujeres. Para ellas, ocuparse del cuidado de sus familiares y algunos miembros de su comunidad tiene mucho más de un sentido.

## **7. Sostener la vida a costa del bienestar propio**

Antes de exponer las conclusiones de esta investigación, creo que es importante detenerme en algunas consideraciones teóricas y metodológicas que forman parte de los supuestos que operan como trasfondo del análisis que se desarrollará de aquí en adelante. Tales observaciones remiten a la obra de Pierre Bourdieu y, más específicamente, a algunos de los conceptos centrales que utiliza para explicar la estructura del universo social. Aclaro que mi propósito no es realizar una revisión exhaustiva de su vasta producción intelectual como sociólogo y etnólogo, sino más bien exponer algunas nociones básicas que emplearé como instrumentos interpretativos. Para ello me referiré de manera sucinta a cómo Bourdieu entiende la constitución del universo social y la manera en que podemos interpretarlo. Esta perspectiva aspira a superar (o al menos a no caer en la trampa de) la antinomia entre lo material y lo simbólico o la estructura y el sujeto.

Las ciencias sociales en general han interpretado el funcionamiento de la sociedad siguiendo los lineamientos de dos grandes paradigmas, que son el estructuralismo y el constructivismo. Según el primero de ellos, la

sociedad se encuentra configurada por estructuras derivadas del modo en que se distribuyen los recursos materiales y las formas de apropiación de bienes y valores. Estas estructuras forman parte de una física social que puede ser medida y cartografiada objetivamente. Ubicados dentro de este armazón, los individuos desarrollan prácticas que se encuentran condicionadas mecánicamente por sus lógicas. El segundo paradigma sostiene que la sociedad es producto de construcciones contingentes elaboradas por agentes sociales capaces de darle forma y sentido. La realidad social por consiguiente es un efecto derivado de sistemas de clasificación y esquemas mentales que ofician como una matriz de significado. En este caso, las prácticas sociales están condicionadas por los puntos de vista y las decisiones que toman los agentes.

Tanto desde el paradigma estructuralista como el constructivista, de acuerdo con Bourdieu, se han producido lecturas parciales y sesgadas del universo social. El problema tiene una raíz ontológica porque desconocen la relación que existe entre las estructuras sociales y los esquemas de percepción. Para Bourdieu, existe una correspondencia entre las divisiones objetivas del mundo social y los modos de interpretar y evaluar el mundo (Bourdieu y Wacquant, 1995). Los esquemas mentales son producto de la incorporación de las divisiones sociales; vale decir, el trato cotidiano y permanente con determinadas estructuras sociales moldea esquemas de percepción que predisponen a los agentes confirmar el carácter necesario y objetivo de esas mismas estructuras. Las ciencias sociales, por tanto, deben reconocer al mismo tiempo las regularidades objetivas y los procesos de interiorización de esa objetividad.

El planteamiento de Bourdieu consiste entonces en superar la antinomia entre el estructuralismo y el constructivismo transformándolos en momentos de un análisis encaminado a abordar la realidad intrínsecamente doble del mundo social (Bourdieu y Wacquant, *op. cit.*). Esta operación implica, en un primer momento, focalizar la atención en las estructuras objetivas del universo social para luego, en un segundo momento, introducir la mirada de los agentes volviendo explícitas sus categorías de percepción y apreciación. De esta manera, se supera la necesidad de tener que elegir entre la estructura o los agentes. La primacía corresponde a las relaciones.

Considero que la matriz metodológica propuesta por Bourdieu puede ser apropiada para abordar una lectura sobre el cuidado en distintos niveles. Por un lado, esto implica observar cómo el cuidado se encuentra inscripto dentro de un orden objetivo de una doble manera: primero, como un recurso que está distribuido de modo desigual en la sociedad; y segundo, como una práctica social que las personas realizan de una manera particular determinada por las condiciones materiales en las que viven. Por otro lado, esta lectura supone analizar de qué forma el cuidado adquiere un sentido, se organiza y se instala como una práctica social siguiendo las pautas de esquemas mentales configurados a partir de valores y racionalidades específicas. En los apartados que siguen desarrollaré algunos puntos clave referidos a estos distintos niveles y finalmente presentaré brevemente algunas ideas sobre cómo la esfera reproductiva –con el cuidado como una de sus principales funciones– cumple un rol fundamental para ocuparse de las vidas que el modo de producción capitalista considera descartables.

### **7.1. Cuidados, pobreza y desigualdad**

El cuidado es una actividad común para todos los grupos que componen una sociedad, ya que de éste depende su reproducción y sostenibilidad. Sin embargo, las condiciones en las que se realiza este tipo de tareas pueden variar notablemente de un grupo social a otro, produciendo nuevas modalidades de desigualdad. Para las familias que viven en el Bañado Sur, el cuidado constituye un recurso muy necesario para sostener los procesos vitales ligados con la subsistencia y a la vez representa una actividad que demanda mayor cantidad de esfuerzos y de horas de trabajo en comparación con las exigencias que presenta en otros segmentos sociales. Entre las numerosas estrategias que despliegan las personas pobres, la dedicación al cuidado forma parte de los mecanismos que utilizan para asegurar las condiciones vitales mínimas que requieren las personas que integran un hogar para poder desarrollarse y cumplir con las funciones que se espera de ellas. Paradójicamente, el cuidado también forma parte del conjunto de elementos que contribuyen a producir la pobreza que afecta a las familias asentadas en la zona ribereña de la ciudad. Esta na-

turalidad dual del cuidado, como mecanismo de respuesta a la pobreza y al mismo tiempo como productor de pobreza y desigualdad, es la que intentaré explicar en los próximos párrafos.

En las últimas décadas, la pobreza ha dejado de ser entendida exclusivamente como un déficit en la capacidad de consumo privado o de ingresos en los hogares. Si bien su relación con las carencias materiales no ha sido dejada de lado, el concepto de la pobreza se ha diversificado, introduciendo otros significados. Una de estas acepciones, como sostienen varios especialistas<sup>27</sup>, es que la pobreza constituye un fenómeno multidimensional. Vivir en condiciones de pobreza ciertamente conlleva la incapacidad para acceder a determinados bienes o servicios que una sociedad o grupo social considera necesarios para poder sobrevivir. Pero también tiene que ver con un patrón de limitaciones relativas al acceso a otras fuentes de bienestar como la capacidad para gozar de autonomía, así como de apoyo en determinados momentos de la vida, las oportunidades de educación, atención a la salud e inserción en el mercado laboral, las facilidades para participar en las esferas política, social y cultural o la disponibilidad de tiempo libre para el ocio y la recreación. Todos estos factores, junto con otros que también dependen de dimensiones de carácter subjetivo y simbólico, forman parte de los hitos por donde se traza la línea que divide la vida digna y deseada de la vida entendida como un tránsito penoso y apremiante.

Si bien es cierto que existen diferencias dentro del mismo territorio, la mayor parte de las familias que viven en el Bañado Sur experimenta la pobreza en este sentido múltiple. A escasez de recursos materiales para asegurar la mera supervivencia diaria se enlaza la insuficiencia o directa carencia de bienes y servicios públicos que brinden protección y seguridad a las personas. A esto se suma la degradación del espacio habitado, el riesgo de enfrentarse a situaciones violentas y la dificultad para participar –salvo en unos contados casos– en instituciones sociales que se encuentren más allá de las que se forman en el barrio.

La exposición a tales condiciones de vida, sin embargo, no se asume

---

27 Ver, por ejemplo, Batthyany (2008), Spicker (2009) y Boltvinik *et al.* (2014). Para el caso paraguayo, ver Serafini (2008; 2014; 2015).

de una manera pasiva y con un sentido de fatalidad. Las personas que viven en este contexto de pobreza urbana reaccionan frente a las privaciones desplegando una diversidad de estrategias con el fin de producir las condiciones mínimas que necesitan para subsistir. Pese a la situación de adversidad en la que se encuentran, las personas continúan comiendo, vistiéndose, manteniendo una casa, enviando a los niños y las niñas al colegio y procurando conservar su salud. Esta capacidad para sostenerse sin ingresos regulares, ni servicios públicos adecuados a sus amplias necesidades, se desarrolla entonces por medio del trabajo familiar no remunerado y de redes domésticas de intercambio dentro de un espacio social que se construye en los márgenes o por fuera del mercado<sup>28</sup>.

En el contexto de estas estrategias, el cuidado forma parte del conjunto de mecanismos domésticos que emplean las familias pobres para producir el bienestar mínimo que necesitan sus integrantes. Mediante este tipo de actividades ciertamente se brinda asistencia directa a las personas de la familia que por su grado de dependencia no podrían subsistir por cuenta propia. Pero lo característico del cuidado en contextos de pobreza urbana es que cumple la función de generar aquellas condiciones elementales que el conjunto de miembros de una unidad doméstica requiere para lograr su reproducción cotidiana. En estas circunstancias tienen gran relevancia los cuidados indirectos prestados dentro la familia, porque a través de estas prácticas muchas veces se obtienen los servicios o bienes que no se consiguen por la vía del consumo mercantil o la institucionalidad pública. Los cuidados indirectos, en estos casos, engloban tareas tan variadas como administrar los pocos víveres disponibles para alimentar a un grupo numeroso, realizar arreglos en la vivienda, curar enfermedades con medicinas tradicionales, remendar la ropa para continuar usándola, establecer alianzas entre parientes para la prestación de ayuda mutua o implementar un complejo sistema de pagos diferidos y regateos con el fin de adquirir bienes elementales para el uso cotidiano. De esta manera, el cuidado se convierte en un medio de subsistencia para las familias pobres que viven en el Bañado Sur.

---

28 En América Latina se han producido numerosos estudios que destacan la relevancia de las estrategias familiares de subsistencia en contextos rurales tanto como urbanos. Ver, por ejemplo, Vélez Ibáñez (1983); Hardy (1987); Lomnitz (2003); y Salles (1991). Para el caso paraguayo, ver Ocampos (1992).

Pero paradójicamente esta forma de ajuste a condiciones precarias e inestables de vida también actúa como un vector que profundiza la pobreza y produce distintas modalidades de desigualdad. Las respuestas por medio del trabajo familiar ante las carencias materiales, además de estar orientadas a la búsqueda de recursos que de otra forma no se podrían adquirir, se encuentran igualmente ordenadas por lógicas extraeconómicas que responden a criterios de género, edad y autoridad dentro del grupo de parentesco. Estas disposiciones por lo general determinan las decisiones acerca de qué se puede esperar de cada miembro, qué derechos tiene y cuáles son sus obligaciones. En base a estas apreciaciones, lo más frecuente es que se atribuya la responsabilidad del cuidado a las mujeres de la casa, lo cual usualmente redundará en una serie de restricciones para ellas. Asumir la mayor parte del trabajo reproductivo en primer lugar conlleva limitaciones para producir ingresos. La falta de autonomía económica a su vez deriva en un mayor riesgo de mantenerse aisladas, sufrir violencia y postergar sus propias necesidades para poder satisfacer las demandas de los demás miembros de la familia. Además, hay que reconocer que gran parte de estas mujeres igualmente realiza trabajos remunerados, ya sea de un modo regular o cuando se presenta alguna oportunidad. En consecuencia, sus jornadas laborales se extienden de manera casi indefinida, colonizando todos los tiempos de su vida.

Las relaciones intrafamiliares, así, se configuran de una manera desigual y jerárquica, agudizando en múltiples dimensiones la experiencia de la pobreza para algunas personas que forman parte del grupo doméstico. Evidentemente no es lo mismo ser un hombre pobre que una mujer pobre. El género, en este sentido, potencia las limitaciones de acceso a los recursos socialmente producidos derivadas de otros sistemas de clasificación como la clase social y el espacio territorial.

A parte de esto, la relación entre el cuidado y la pobreza se podría identificar en otros niveles que es preciso investigar con mayor detalle y profundidad. Pese a los esfuerzos que realizan las familias del Bañado Sur para asegurar mínimas condiciones de bienestar a través del trabajo familiar no remunerado, posiblemente sus resultados no sean equiparables a los que logran los hogares más ricos. Lo que sucede es que el cuidado

también es un recurso que se encuentra distribuido de manera desigual. Al no ser reconocido como un bien público y quedar relegado al ámbito de las relaciones privadas, los grupos familiares mejor posicionados dentro de una sociedad jerárquicamente estructurada tienen mayores oportunidades para acceder a cuidados debido a su capacidad para adquirirlos en el mercado. Las personas que pertenecen a estos sectores poseen la capacidad de enviar a sus hijos e hijas a colegios privados, pagar seguros de salud o resolver las tareas del hogar mediante la contratación de trabajo doméstico remunerado. Estas alternativas, al mismo tiempo, forman parte de las condiciones que las habilitan a acceder a puestos laborales mejor remunerados o a duplicar los ingresos familiares por medio del trabajo del hombre y la mujer. Tronto (2005) se ha referido a varias investigaciones realizadas en el contexto norteamericano que aportan datos fehacientes sobre cómo un acceso más restringido a los cuidados (tanto en cantidad como en calidad) impacta de manera negativa en las familias más pobres. Como resultado se construye lo que esta investigadora denomina un “círculo vicioso del cuidado” que contribuye con la persistencia de las desigualdades de clase. Este abordaje comparativo sobre el cuidado en el contexto de distintos grupos sociales en Paraguay es un tema que debería incluirse en una agenda de la investigación futura.

En resumen, en contextos de pobreza urbana la función del cuidado cumple un rol relevante en el marco de las estrategias familiares que se utilizan para lograr la reproducción y subsistencia del grupo doméstico. Sin embargo, ese recurso al mismo tiempo puede convertirse en un vector que contribuye a reforzar las estructuras de la pobreza y la desigualdad, principalmente para las mujeres, y en cierta medida a perpetuarlas.

## **7.2. Lo que hacen las mujeres**

La provisión de cuidados como mecanismo para atender las necesidades específicas de personas con distinto grado de dependencia, y a la vez como respuesta a la situación de pobreza en la que viven las familias del Bañado Sur, se realiza por medio de una serie de prácticas que ejecutan los agentes dentro del espacio social del Bañado Sur. Dichas prácticas se encuentran moldeadas, en cierta medida, por las estructuras donde se

desenvuelven los agentes y de la posición que éstos ocupan en ellas. No obstante, conviene tomar en cuenta que a la par las prácticas admiten dislocaciones o inflexiones que alteran el curso previsto de las cosas. Tales torcimientos desestabilizan el orden social instituido y en algunos casos habilitan una escena favorable para la introducción de cambios en sus estructuras.

Como en el resto de la sociedad paraguaya y en numerosos otros contextos sociales e históricos, la función del cuidado en el Bañado Sur se cumple por medio de la división sexual del trabajo. Este tipo de práctica consiste en asignar a las personas roles diferenciados de acuerdo con su sexo. En su expresión más tradicional esto significa atribuir a los hombres las actividades productivas, que se realizan en el mercado y por las que se recibe una remuneración; mientras que se reserva para las mujeres un papel reproductivo, circunscripto a la esfera privada y asociado con una actitud de entrega altruista. Esta forma de distribuir las tareas hace que la mayor parte del trabajo de cuidados sea asumido por las mujeres en el Bañado Sur. La constatación que se describe indudablemente no agrega mucho de nuevo a las numerosas investigaciones que desde hace décadas se han producido en el mundo poniendo en evidencia la matriz cultural que moldea aquello que Rubin (1996) denominó sistema sexo/género, vale decir, aquel conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en un producto de la actividad humana.

El reparto del trabajo según los estereotipos y expectativas que se construyen en base al sexo, en efecto, representa una práctica dominante entre las familias del Bañado Sur. Pero no se puede afirmar que esta disposición tenga un alcance total ni, pleno. Para las personas que viven en contextos de pobreza urbana, adoptar conductas más flexibles resulta importante porque ello les permite adaptarse de mejor manera a las situaciones cambiantes de su vida. Es por eso que algunas mujeres pueden delegar parte de la función del cuidado a sus parejas masculinas o hijos varones cuando ellas se ocupan de generar ingresos destinados a la manutención del hogar o cuando el varón se queda sin trabajo y se encuentra forzado a permanecer en la casa. Algo parecido sucede cuando una mujer asume un compromiso socialmente valorado, como culminar

los estudios, que según su opinión podría ayudar a mejorar su situación familiar en el futuro.

Las variaciones mencionadas sugieren así que la función asignada a las mujeres en el Bañado Sur no se encuentra solamente definida por su vinculación con la esfera reproductiva. El rol femenino también consiste en asegurar la subsistencia material del grupo familiar, y para que las mujeres puedan cumplir con este fin debe existir un margen más amplio de arreglos que los admitidos por una versión rígida de la división sexual del trabajo. Esta clase de práctica, donde se intersectan las funciones reproductivas y productivas, forma parte de un continuo en el contexto de la historia de las mujeres en Paraguay, quienes en diferentes épocas y circunstancias han cumplido el rol de sostenedoras de sus hogares (Potthast, 2011). Aun así, aunque las mujeres dediquen parte de su tiempo a trabajos por los que reciben una remuneración destinada a la subsistencia del núcleo doméstico, ello no implica que los hombres asuman la totalidad del trabajo reproductivo. La evidencia recogida muestra que ellos solo colaboran en situaciones puntuales y de manera complementaria. Como consecuencia, la participación masculina que se registra en algunos hogares no alcanza a disminuir sustancialmente la carga total de trabajo reproductivo y productivo que pesa sobre estas mujeres. Es por eso que cierto margen de flexibilidad en la división sexual del trabajo no debe ser interpretado automáticamente como una ampliación del campo de la autonomía femenina.

Bajo estas condiciones, otra práctica social sobre la que se apoya la función del cuidado es la formación de redes domésticas de producción, intercambio y consumo integradas por mujeres. Este entramado de vínculos definidos principalmente por relaciones de parentesco, y a veces también de vecindad, opera como un espacio por donde circulan diversos bienes y servicios, entre los que se incluyen también cuidados. Las redes pueden ser más o menos sólidas y eficaces, lo cual depende de factores tales como la estabilidad de los lazos familiares, la proximidad física entre sus integrantes o la existencia de trayectorias previas dentro del mercado laboral donde se establecieron relaciones duraderas. Esta clase de prácticas, como se mencionó anteriormente, son relativamen-

te frecuentes en contextos de pobreza urbana en toda Latinoamérica y cumplen un papel muy importante para asegurar la subsistencia del grupo familiar por fuera o en los márgenes de la esfera mercantil (Hardy, 1987; Lomnitz, 2003; Gutiérrez, 2007). En Paraguay, además, estas prácticas podrían estar conectadas con algunas modalidades de cooperación como el *jopói*<sup>29</sup>, la minga y el trueque, que fueron comunes en muchas comunidades campesinas y que persisten en algunas zonas rurales (Lehner, Pilz y Riquelme, 2006).

Aunque las redes mencionadas conectan principalmente a individuos unidos por lazos de parentesco, a veces también se extienden a personas que no forman parte del núcleo doméstico más inmediato. En casos de extrema necesidad, algunas mujeres se encuentran dispuestas a ocuparse de la alimentación de personas que no tienen qué comer o del abrigo y la higiene de niños y niñas que no reciben suficiente atención por parte de sus progenitores.

Por otra parte, el funcionamiento de estas redes cuestiona algunos estereotipos sobre la esfera privada. En este sentido, es frecuente que las labores reproductivas se asocien con una condición de aislamiento que afecta a las mujeres. Sin embargo, dichas redes constituyen espacios de sociabilidad y de intercambios muy fluidos sin perder vínculos con lo que sucede en el hogar y con el conjunto de tareas no remuneradas que son necesarias para el sostenimiento cotidiano de las personas. Dicho de otra manera, la gestión de la reproducción no necesariamente conduce a la separación y el retraimiento, sino puede representar una plataforma para otras formas de sociabilidad. Pese a todo, también hay que reconocer que las mujeres bañadenses participan en diferentes grados dentro de estos entramados.

La constitución de redes informales en contextos de pobreza urbana, al mismo tiempo, conlleva otro tipo de práctica social que consiste en ampliar los márgenes de edad dentro de los cuales se considera que las personas se encuentran capacitadas para prestar cuidados. Mediante esta

---

29 El *jopói* (regalo u obsequio, en idioma guaraní) es “una modalidad de cooperación interpersonal o interfamiliar desinteresada, cuya medida es la necesidad del otro sin exigencia de retribución inmediata” (Lehner, Pilz y Riquelme, 2006: 12).

operación, el grupo familiar logra ampliar la extensión de la red al contar con más “fuerza de trabajo” en la cual depositar la carga de labores reproductivas. Esto quiere decir que se asigna la responsabilidad del cuidado a niñas que todavía no alcanzaron determinado grado de madurez tanto como a mujeres muy ancianas que se encuentran en una etapa de su ciclo de vida donde ellas mismas requieren atenciones.

En Paraguay, se han producido numerosas investigaciones que abordan de una manera descriptiva el fenómeno del trabajo infantil y, entre ellas, algunas que se refieren específicamente a una modalidad de trabajo familiar no remunerado de niños y niñas como es el caso del criadazgo. Pero son muy pocos los estudios que indagan acerca de los determinantes culturales que inciden en esta clase de prácticas. Una de estas investigaciones (Soto, Escobar y Escobar, 2007) sugiere que en Paraguay coexisten de un modo conflictivo distintas representaciones del trabajo infantil: algunas de ellas son características de sociedades más tradicionales, donde los sistemas de trabajo incorporan a todos los miembros de una familia con el fin de asegurar la subsistencia, y otras son propias de sociedades modernas en las que predomina una idea de que la infancia es una etapa de preparación para la vida y constitución del sujeto que lo exime del trabajo. No estoy seguro de que esta interpretación culturalista construida en torno a la pareja de opuestos ‘tradición’ y ‘modernidad’ resulte adecuada para describir la complejidad de la realidad social. Sin embargo, los testimonios que recogí en el campo permiten por lo menos afirmar que las representaciones de la infancia elaboradas entre las personas que viven en el Bañado Sur no siempre coinciden con las que se producen en marcos institucionales como el de la escuela, la justicia o las organizaciones que se ocupan de promover derechos de niñas y niños. Además, entre las personas que viven en el barrio y los agentes externos existen disputas no resueltas sobre el significado y las expectativas atribuidas a la infancia. En consecuencia, la práctica social de ampliar las redes de cuidado fundamentalmente por medio del trabajo de las niñas no tiene pleno consenso. En cuanto a las personas ancianas, en cambio, la situación parece ser un poco diferente. No se percibe que la discusión se encuentre instalada y se acepta en mayor medida que ellas se ocupen del cuidado.

Que las mujeres del Bañado Sur recurran al trabajo familiar gratuito o al intercambio de prestaciones en el marco de redes domésticas no significa, empero, que dejen de establecer algunos vínculos con el mercado. Con este fin desarrollan otro tipo de prácticas ligadas a una economía del ingenio y el rebusque. Para poder asegurar mínimamente la subsistencia diaria del grupo familiar, ellas han aprendido a hacer más con mucho menos. Esta función conlleva reducir el consumo, optimizar los recursos disponibles, negociar con los maridos el uso del magro presupuesto familiar, buscar activamente ofertas, establecer un complejo sistema de pequeñas deudas y cancelaciones y otras tareas que demandan conocimientos y habilidades específicas que ellas ponen en juego según la coyuntura por la que atraviesa cada hogar. El resultado es un permanente ejercicio de malabarismos, como lo caracteriza acertadamente Faur (2014), con el que las mujeres del Bañado Sur proporcionan cuidados indirectos que están dirigidos a brindar un mínimo bienestar a la familia en un contexto de precariedades e incertidumbres. A parte de esto, muchas de estas mujeres realizan changas, aceptan trabajos con condiciones poco favorables para ellas o “inventan” actividades para generar ingresos (como la elaboración de alimentos para vender en la calle) que también tienen como objeto asegurar la supervivencia de los miembros del grupo familiar.

Finalmente, es necesario relevar otra clase de prácticas que conectan los hogares bañadenses con la institucionalidad pública. Es cierto que la presencia de servicios estatales capaces de absorber parte de la carga de cuidados que pesa sobre las familias es bastante limitada de por sí en Paraguay y todavía más en el Bañado Sur. Los centros de atención infantil son pocos en estos barrios y las residencias para personas ancianas directamente no existen, por citar solo dos espacios institucionales básicos que cumplen con esta función. Pero aun de esta manera, las contadas opciones que existen comienzan a ser interpretadas, no sin ciertas contradicciones y tensiones, como una alternativa para delegar los cuidados. Esto sucede con las escuelas o colegios a los que muchas familias envían a sus hijos e hijas. Si bien la función de estas instituciones no pasa por el cuidado propiamente dicho, su capacidad para acoger a niños y niñas durante algunas horas del día libera de tiempo y trabajo a las madres.

Con las guarderías pasa algo parecido en algunos casos, aunque debido a su escasez, pocas familias cuentan con esta opción. Considerando estas situaciones, parecería que la práctica de recurrir a cuidados por fuera de la familia comienza a adquirir una cierta relevancia. Sin embargo, no se puede soslayar que la gente continúa pensando que la familia es el mejor ámbito donde proveer cuidados. Además, el acceso de los niños y las niñas a este tipo de instituciones muchas veces supone nuevas demandas para la familia (como ropa adecuada, útiles escolares o clases de refuerzo) que a fin de cuentas acaban ampliando la lista de recursos que son necesarios para proporcionar cuidados indirectos.

Las prácticas sociales a las que me he referido muestran la diversidad de acciones objetivas que realizan las familias bañadenses, y en particular las mujeres, para asegurar la reproducción y subsistencia de sus integrantes. Por medio de este conjunto heterogéneo y dispar de actividades, buscan generar condiciones básicas para poder sobrellevar la vida cotidiana en un contexto marcado por la pobreza en múltiples dimensiones.

### **7.3. El sentido de las prácticas**

Las acciones de los agentes, de acuerdo con Bourdieu (2012), se encuentran estructuradas por un conjunto de disposiciones durables y transferibles que este autor denomina ‘habitus’. El habitus está constituido por esquemas a partir de los cuales las personas perciben el mundo y actúan dentro del mismo. Funciona, en este sentido, como una matriz formada históricamente, que supone la interiorización del mundo donde se desenvuelven los agentes y un aprendizaje de los comportamientos esperados a partir de la posición que ocupan dentro del campo social. Ello les proporciona un guión o una cierta disposición preestablecida para actuar con un sentido práctico y para interpretar el mundo del que forman parte. Para Bourdieu, existe una “complicidad ontológica” entre el campo social y el habitus. Los esquemas de percepción incorporados dan una forma anticipada a la realidad objetiva del campo social y, a su vez, el mismo campo determina la construcción del habitus. De esta manera, se instituye una suerte de “profecía autocumplida” donde los agentes perciben y actúan en el mundo de acuerdo a parámetros que devienen de la

posición que ocupan en el campo social y con ello refuerzan la eficacia del campo y confirman sus estructuras objetivas.

Con todo, hay que remarcar que estos presupuestos no conducen a una filosofía fatalista de la conducta humana. Los esquemas de percepción generados por el habitus también conllevan cierto margen de imprecisión y ambigüedad. En consecuencia, las líneas de acción generadas por estas “estructuras estructurantes” no proveen a las conductas la regularidad y previsibilidad absolutas derivadas de una ley inmutable. Esto quiere decir que existe cierto grado de inventiva o de maniobra por parte de los agentes, quienes son capaces de improvisar limitadamente algunas respuestas ante situaciones nuevas. Esa indeterminación o plasticidad que también forma parte del habitus es lo que posibilita la introducción de algunas variaciones en el mundo social.

El marco conceptual brevemente descrito tiene la intención de introducir el último nivel de análisis que abordaré en estas conclusiones. A partir de aquí me referiré a tres esquemas mentales a partir de los cuales las mujeres que entrevisté frecuentemente interpretan las relaciones sociales y sus prácticas que realizan. Pero antes de pasar a ellos, cabe aclarar que por lo general estos esquemas se solapan y confunden entre sí, por lo que su separación responde exclusivamente a fines analíticos.

El primer esquema perceptivo se relaciona con lo que denomino una “moral jerárquica y sexuada del trabajo”. El principio ordenador de este sistema de normas y valores se estructura en torno a la idea de que el bien y la dignidad de los agentes se encuentran fundamentadas en el trabajo. A todas las personas adultas que forman parte de un núcleo doméstico, en este sentido, se les exige trabajar para que sean respetadas y tomadas en cuenta. Su reconocimiento por regla general depende de que realicen algún tipo de aporte para sostenerlo. Como señala Sennet (2009), la creencia de que el trabajo es la fuente más importante de respeto mutuo y de respeto por sí mismo forma parte del imaginario liberal que influyó en la formación del capitalismo industrial y que determina la cultura occidental de la cual la sociedad paraguaya también es deudora. Por eso, cuando esta clase de contribución no es visible, la persona es despojada

de cualquier valoración social. El “chespirito”<sup>30</sup> o el “haragán” son figuras que comúnmente se asocian con esta condición. Resulta interesante observar aquí como la sociedad bañadense en cierta medida reproduce algunos de los estereotipos y prejuicios que emplean otros sectores urbanos para caracterizar a quienes viven en dicho territorio.

Ahora bien, el trabajo que más se valora es el trabajo productivo por medio del cual se aportan ingresos al hogar. En un contexto donde las carencias materiales son agudas, la capacidad para proveer recursos confiere a las personas adultas un estatus especial que muchas veces les permite anteponer sus propias necesidades y deseos a los del resto del grupo familiar. Pero cuando los agentes no realizan actividades generadoras de ingresos, el grupo familiar los presiona para que asuman alguna otra responsabilidad sustituta a la que se atribuye menor valor, que por regla general consiste en el trabajo doméstico. Por eso se trata de una moral jerárquica. Aunque se interprete como un intercambio justo que se produce dentro de la familia, el trabajo productivo posee casi siempre mayor reconocimiento que el trabajo reproductivo.

Este esquema de percepción se intersecta y refuerza con ideas tradicionales acerca de los roles de género ya aludidas anteriormente. Está naturalizado que las mujeres sean las principales encargadas de las labores que se realizan en el ámbito reproductivo. Pero hay matices importantes que diferencian este esquema de percepción de un modelo más ajustado a los países del norte, donde la distinción entre la función productiva y reproductiva tiene mayor preeminencia y claridad. Lo reproductivo en el caso del Bañado Sur no se limita a la realización de las tareas domésticas más comunes como cocinar, lavar la ropa o mantener limpia la casa, sino también significa el despliegue de numerosas estrategias que apuntan a lograr la supervivencia básica del grupo familiar. En este sentido, se puede hablar de una función reproductiva ampliada, que abarca todo lo que resulta necesario para mantener la vida en un contexto de pobreza. Esta forma de representar el rol femenino se encuentra interiorizada por muchas mujeres que viven en el Bañado Sur y produce en ellas un conjunto de disposiciones relacionadas con la abnegación y el sacrificio. Ello se traduce en una

---

30 Ver nota a pie de página N° 19 en la página 82.

propensión para asumir la responsabilidad del cuidado de los miembros del grupo familiar, soportar una mayor carga de trabajo, postergar las propias necesidades y ocuparse de generar los medios necesarios –usualmente por fuera de la esfera mercantil– para sobrellevar los recurrentes momentos de crisis. Hasta sus propios cuerpos incorporan estas disposiciones volviéndose más fuertes o inclinados a disimular el cansancio y las enfermedades.

El aprendizaje de estos esquemas de percepción comienza desde edades tempranas en las mujeres y se confirma en la configuración del mundo objetivo que habitan. Sus abuelas, madres y hermanas son quienes, la mayor parte de la veces, se ocupan de mantener diariamente los hogares. Sin embargo, en algunos casos también hay mujeres que logran provocar pequeñas aunque significativas torceduras en estos mandatos. Sin desembarazarse totalmente de sus roles como sostenedoras de sus hogares, algunas pueden continuar estudiando siendo adultas o participar activamente en organizaciones barriales como líderes reconocidas. Esto sugiere la posibilidad de extender esa moralidad del trabajo que ordena las conductas de los agentes a otras dimensiones.

La disposición para incorporar el trabajo reproductivo (con el sentido ampliado que se mencionó) como una obligación de orden moral se complementa y fortalece por medio de la vigencia de una ideología del amor y la maternidad. Este marco valorativo es el segundo esquema de percepción presente y actúa para que muchas mujeres bañadenses interpreten el rol que cumplen con un significado positivo. El cuidado que se presta a los demás se convierte en una medida para valorarse a sí mismas como si fuese una forma de capital capaz de ser acumulado. La realización personal de varias de estas mujeres, así, pasa por su capacidad para proporcionar bienestar principalmente a sus hijos e hijas, y en algunos casos también a otros miembros de la familia. De ahí que el amor, el sacrificio y la entrega altruista sean interpretados como sentimientos nobles que forman parte del ser femenino, cuyo cultivo y expresión confiere sentido a sus acciones y produce un sentimiento de plenitud. Esta experiencia afectiva sin dudas es muy importante para las mujeres del Bañado Sur. Pero al mismo tiempo también puede ser entendida como una manifestación de la violencia simbólica analizada por Bourdieu (2000).

Este concepto describe el proceso por medio del cual los agentes subalternos (las mujeres, en este caso) representan el mundo con las categorías de conocimiento que han sido elaboradas por los agentes dominadores debido a que no cuentan con otros instrumentos de conocimiento. De esta manera, sin coacción física ni presiones explícitas, los agentes subalternos terminan aceptando su posición como algo natural, que hasta puede producir gratificación.

Dicho marco ideológico, a su vez, adquiere mayor consistencia mediante la acción de agentes institucionales, que responsabilizan a las mujeres de la protección de la niñez. La escuela, los centros de salud o algunas organizaciones no gubernamentales por lo general depositan en la figura materna un conjunto de obligaciones referidas a la atención de sus hijos e hijas, a la par que ejercen una constante vigilancia para que ellas ejerzan esta función. Con este fin, los agentes institucionales promueven muchas veces una “ética reaccionaria del cuidado”, que, como sostiene Pérez Orozco (2014), clasifica a las mujeres según categorías binarias que las dividen en buenas (mujeres hacendosas, que se ocupan de la casa) y malas (mujeres que desatienden sus responsabilidades como madres).

Es relevante recordar, por otra parte, que este tipo de construcciones están teñidas por representaciones estereotipadas acerca de la mujer paraguaya que forman parte del imaginario nacionalista. En Paraguay, la imagen de la mujer se encuentra asociada con un ideal de abnegación, sacrificio y laboriosidad asociado a los procesos de construcción simbólica de la nación (Soto, 2009; Makaran, 2013; Mancuello González, 2013). La mujer se representa como madre, transmisora de la cultura, compañera, esposa fiel y reconstructora de la patria en el contexto del mito nacionalista. Este reconocimiento grandilocuente que recibe la figura femenina en el plano simbólico, no obstante, se encuentra en contradicción con el papel pasivo que se le asigna en términos fácticos. La aparente paradoja, como señala Makaran (2013), cumple la función de legitimar su posición subalterna dentro del campo, restringiendo su acción a la reproducción biológica, el cuidado de la familia y la manutención del hogar sin que tenga acceso a las áreas reservadas para los hombres como el liderazgo político y el accionar público.

Pese a todo, este modo de interpretar la realidad social que coloca la figura de la madre en el centro del cuidado también admite algunas desviaciones que dan cuenta del carácter histórico y contingente del esquema. Por distintos motivos y de una manera más puntual, algunos hombres a veces suelen asumir algunas responsabilidades de cuidados. Dichas inflexiones resquebrajan el ideal de la mujer cuidadora como única alternativa posible. Como ya sugerí, posiblemente en los contextos de pobreza urbana las familias se encuentren más predispuestas a establecer ciertos márgenes de flexibilidad en los mandatos de género con el fin de ajustarse mejor a las cambiantes circunstancias que las afectan. Además, hay que considerar que algunas mujeres también recurren a servicios que presta el Estado o algunas organizaciones sociales, si bien en estos casos más que a una ruptura es necesario referirse a una modalidad de alivio.

Finalmente, el tercer esquema mental que orienta las prácticas de las mujeres bañadenses se organiza en torno a una racionalidad de intercambios solidarios. Para cumplir con su rol como sostenedoras de sus hogares, muchas de ellas participan en redes domésticas donde es posible acceder a determinados recursos que son necesarios para sobrevivir y satisfacer las necesidades básicas de la familia. El cuidado es uno de los recursos que se intercambian dentro de estos espacios. La racionalidad que ordena el funcionamiento de las redes domésticas se apoya sobre distintos principios.

Una de estas bases se asocia al altruismo, que se construye a partir de la idea de que se debe dar sin esperar nada a cambio. Esta forma de entrega desinteresada en parte se inscribe como uno de los rasgos del ideal femenino, pero además podría tener otros sentidos y finalidades. En un contexto de relaciones articuladas en torno al intercambio, esta conducta que coloca en suspenso los intereses propios en beneficio del otro tendría como finalidad promover y conservar la sociabilidad. Postergar la retribución de un favor opera como mecanismo que sirve para evitar el conflicto y proteger los vínculos.

Pero por otra parte dejar de recibir en el corto plazo no significa la anulación permanente de cualquier forma de devolución. Paralelamente habría una expectativa latente de que en algún momento se producirá el retorno del don entregado de forma desinteresada. Enmarcada en

una lógica de la circularidad, esta compensación provendría de cualquier dirección y en un tiempo inespecífico, que no coincide con los plazos inmediatos e inexcusables del mercado.

En otros casos, el funcionamiento de las redes domésticas se apoya en un principio de jerarquía. Cuando se las observa a escala microscópica, se puede reconocer que las posiciones que ocupan las mujeres dentro de estos espacios no son idénticas. La edad, la capacidad para generar ingresos, los vínculos establecidos con otros agentes o el lugar de residencia, pueden operar como elementos de distinción. La importancia subjetiva atribuida a estos factores determina así poderes diferenciados para tomar decisiones, distribuir el trabajo, definir el valor de los bienes y servicios intercambiados o acceder a pequeños privilegios. Por esta razón las redes domésticas también pueden llegar a ser entendidas por las mujeres como un campo de disputas, donde se despliegan distintas estrategias para conservar o lograr una mejor posición.

Las redes domésticas en el Bañado Sur tienen este sentido ambivalente. Funcionan como espacios de solidaridad y altruismo, pero al mismo tiempo son ámbitos donde puede existir rivalidad y competencia. Igualmente hay que decir, aunque sea un hecho evidente, que la configuración de estas redes y el valor asignado a las prácticas que se desarrollan en ellas no tienen un carácter esencial ni estático. En ciertas etapas del ciclo de vida familiar, las redes pueden ser más activas y en otras los lazos pueden debilitarse. La muerte de una madre o un padre, por ejemplo, puede separar a los hijos e hijas sobrevivientes. Asimismo, algunas personas comienzan a cuestionar el valor de la solidaridad y el altruismo. Esto sucede principalmente con algunas personas jóvenes, que desde una perspectiva más individualista no encuentran sentido en entregar algo sin recibir nada a cambio. Además, estos espacios también han comenzado a incorporar una lógica mercantil dentro de sus reglas de funcionamiento. En algunas familias, la colaboración entre sus miembros se presta a cambio de algún tipo de beneficio, como cuando una mujer recibe una remuneración para ocuparse del cuidado de parientes.

Los esquemas de percepción brevemente expuestos forman así una matriz compleja de significados que orienta las prácticas de los agentes.

A partir de estos moldes adquiere sentido el rol que cumplen tanto en sus hogares como en las redes de parentesco y domésticas en las que participan y en la comunidad en general. El deber del trabajo, la exaltación del amor y la maternidad y una lógica del altruismo son principios de orden simbólico que contribuyen a reforzar disposiciones para actuar de una manera específica como principales sostenedoras de sus familias en contextos de pobreza urbana.

#### **7.4. Cuidar la vida en los márgenes de la urbanización**

Aproximadamente desde la década de los noventa se volvió evidente que la sociedad paraguaya había experimentado un giro irreversible hacia una composición urbana de su población. Este proceso ha producido diferentes configuraciones demográficas, económicas, sociales y culturales en el país, según las características de los territorios donde fue instalándose. De manera más específica, en Asunción esta tendencia hacia la urbanización se caracteriza por la profundización de las distancias y las fracturas sociales. En determinadas zonas de la ciudad ha dado lugar al desarrollo de obras públicas de infraestructura acompañadas por la proliferación de lujosos complejos habitacionales y empresariales, mientras que en otras zonas ha concentrado viviendas de chapa, madera y hule que cíclicamente destruye el río.

Esta oleada urbanizadora, tardía en comparación con otros países de la región, va de la mano con la inserción de Paraguay en la matriz del modo de producción capitalista. Como señala Harvey, “la urbanización desempeña un papel particularmente activo [...] en la absorción del producto excedente que los capitalistas producen continuamente en su búsqueda de plusvalor” (2014: p. 24). Esta conexión íntima entre el desarrollo del capitalismo y el proceso de urbanización se caracteriza por la interdependencia. El capitalismo produce constantemente el excedente requerido por la urbanización y, al mismo tiempo, el capitalismo necesita la urbanización para absorber el sobreproducto que genera continuamente.

Pero el acople entre la demanda permanente de insumos para la expansión de las ciudades y la necesidad de formar nuevos mercados para la producción capitalista representa solo una de las dimensiones del proceso.

Como parte de su arco de efectos, también se produce un resto que no se absorbe o, al menos, se mantiene confinado en los márgenes como un elemento obsoleto o apenas accesorio. Tal sobrante está constituido por aquellas poblaciones aparentemente descartables, que no se integran a un sistema de mercado o que solo participan de un modo inconstante para llevar a cabo aquellas tareas que el resto de la sociedad no quiere realizar. La presencia de dichos grupos sociales muestra el reverso intolerable de la urbanización del vidrio templado y los superviaductos promovida por empresas transnacionales y financiada con dinero de la deuda pública.

El modo en que los pobres participan en el proceso urbanizador tiene características diferenciadas en comparación con otros sectores de la población asuncena. La concentración de las personas con menores recursos en espacios segregados y durante mucho tiempo poco valorados, representa una de las manifestaciones más patentes del carácter excluyente de la ciudad. Por lo general, la vida de estos seres humanos transcurre en espacios hiperdegradados, marcados por el hacinamiento y la precariedad de sus viviendas, la ausencia o baja calidad de servicios públicos, la inseguridad cotidiana y la poca comunicación con el resto de la urbe.

Frente a la acumulación de carencias materiales y simbólicas, las familias que habitan en el Bañado Sur se ven presionadas a ensayar una multiplicidad de estrategias con el fin de poder reproducirse y sobrevivir cada día. En la mayoría de estos casos, el núcleo doméstico oficia como la estructura donde se establecen los arreglos necesarios para sostener la vida de sus integrantes y, dentro de este ámbito, son las mujeres quienes se ocupan de velar por la subsistencia diaria de las personas que no tienen lugar dentro en las utopías urbanizadoras del mercado.

En estas condiciones, se puede decir que la esfera reproductiva, con las mujeres como sus principales protagonistas, se convierte en uno de los pocos lugares de amparo de las vidas negadas por el capital. Mediante un amplio conjunto de prácticas donde el cuidado tiene un rol destacado, ellas procuran mitigar las escandalosas consecuencias de un orden objetivo donde la exclusión de amplios sectores de la población tiene raíces estructurales. Pero lo chocante del caso es que dicha función se encuentra naturalizada por medio de esquemas de percepción exaltados

y difundidos por el mismo capitalismo como una moral jerárquica del trabajo, el amor maternal y el altruismo femenino, como si el propio sistema se ocupara de producir los elementos necesarios para contener sus efectos más perversos. La búsqueda de alternativas, por tanto, habrá que orientarla hacia la deconstrucción y resignificación de tales categorías en clave emancipadora. El trabajo, el amor y el altruismo son conceptos que también podemos recuperar estratégicamente para sostener la vida humana en todas sus expresiones y habilitar una escena para que todas las personas puedan transitarla en condiciones dignas.

## Referencias Bibliográficas

- Aguirre, Rosario. 2007. "Trabajar y tener niños: insumos para repensar las responsabilidades familiares y sociales", en Gutiérrez, María Alicia (Comp.), Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 99-135.
- Aguirre, Rosario (Edit.). 2009. Las bases invisibles del bienestar social. El trabajo no remunerado en Uruguay, Montevideo, UNIFEM.
- Aguirre, Rosario y Batthyány, Karina. 2005. Uso del tiempo y trabajo no remunerado. Encuesta en Montevideo y área metropolitana 2003, Montevideo, UNIFEM - Universidad de la República.
- Althabe, Gérard. 2008. "Entre varios mundos", en Hernández, Valeria y Svampa, Maristella (Edits.), Gérard Althabe: Entre varios mundos. Reflexividad, conocimiento y compromiso, Buenos Aires, Prometeo, pp. 27-124.
- Althabe, Gérard. y Schuster, Félix. (Comps.). 1999. Antropología del presente, Buenos Aires, Edicial.
- Ashwin, Sarah et al. 2013. "Gendering reciprocity: solving a puzzle of nonreciprocation", en Gender and Society, N° 27 (3), pp. 396-421.
- Badgett, Lee y Folbre, Nancy. 1999: "¿Quién cuida a los demás? Normas sociosexuales y consecuencias económicas", en Revista Internacional del Trabajo, N° 3, Vol. 118, pp. 347-366.
- Bareiro, Line y González, María Digna. 2009. Lo que debe cambiar para la igualdad legal de las trabajadoras del servicio doméstico, Asunción, Centro de Documentación y Estudios.
- Bareiro, Line, Soto, Lilian y Valiente, Hugo. 2005. Necesarias, invisibles, discriminadas. Las trabajadoras del servicio doméstico en el Paraguay, Asunción, Organización Internacional del Trabajo.

- Batthyány, Karina. 2008. "Pobreza y desigualdades sociales. Una visión desde el género", en *Papeles de población*, N° 57, Vol. 14, pp. 193-207.
- Benedict, Ruth. 1971. *El hombre y la cultura*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Bestard, Joan. 1998. *Parentesco y modernidad*, Barcelona, Paidós.
- Bestard, Joan. 2004. *Tras la biología: La moralidad del parentesco y las nuevas tecnologías de la reproducción*, Barcelona, Universidad de Barcelona.
- Boltvinik, Julio *et al.* 2014. *Multidimensionalidad de la pobreza: propuestas para su definición y evaluación en América Latina y el Caribe*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Borderías, Cristina, Carrasco, Cristina y Alemany, Carme. 1994. *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*, Barcelona: Icaria - Fuhem.
- Borneman, John. 1996. "Cuidar y ser cuidado: el desplazamiento del matrimonio, el parentesco, el género y la sexualidad", *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, N° 154.
- Bourdieu, Pierre. 2000. *La dominación masculina*, Barcelona, Editorial Anagrama.
- Bourdieu, Pierre. 2012. *Bosquejo de una teoría de la práctica*, Buenos Aires, Prometeo.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc. 1995. *Respuestas por una antropología reflexiva*, México DF, Editorial Grijalbo.
- Caravias, José Luis. 2015. ¿Por qué viven en las zonas inundables?, en *Revista Acción*, N° 357, pp. 19-24.
- Carrasco, Cristina, Borderías, Cristina y Torns, Teresa (Edits.). 2011. *El trabajo de cuidados. Historia, teorías y políticas*, Madrid, Los libros de la catarata.

- CEPEP (Centro Paraguayo de Estudios de Población). 2009. Encuesta Nacional de Demografía y Salud Sexual y Reproductiva 2008, Asunción, CEPEP.
- Collier, Jane y Rosaldo, Michelle. 1981. "Politics and gender in simple societies", en Ortner, Sherry y Whitehead, Harriet (Edits.), *Sexual meanings. The cultural construction of gender and sexuality*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 275-329.
- Collier, Jane, Rosaldo, Michelle y Yanagisako, Sylvia. 1997. "Is there a family? New anthropological views", en Lancaster, Roger y Di Leonardo, Micaela (Orgs.) *The Gender/Sexuality Reader*, Nueva York, Routledge, pp. 71-81.
- Comas d'Argemir, Dolors. 1993. "Sobre el apoyo y el cuidado. División del trabajo, género y parentesco", en Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español - Asociación Canaria de Antropología, *Perspectivas en el estudio del parentesco y la familia*, Actas del VI Congreso de Antropología, Tenerife, pp. 65-75.
- Comas d'Argemir, Dolors. 2017. "El don y la reciprocidad tienen género: las bases morales del cuidado", en *Quaderns-e*, N° 22 (2), pp. 17-32.
- Connell, Robert. 1997. "La organización social de la masculinidad", en Valdés, Teresa y Olavarría, José (Edits.), *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Santiago de Chile, Isis Internacional - FLACSO Chile, pp. 31-40.
- Coronel, Bernardo. 2001. "Migración y estrategia de supervivencia. Una experiencia en la comunidad de Santa Cruz en el marco del Plan Maestro de la Franja Costera (PMFC)", en *Suplemento Antropológico*, N° 1, Vol. 26, pp. 291-337.
- Davis, Mike. 2004. "Planeta de ciudades miseria. Involución urbana y proletariado informal", en *New Left Review*, N° 26, pp. 5-34.
- DGEEC (Dirección General de Estadística, Encuestas y Censos. 2016.

Principales resultados de pobreza y distribución del ingreso, Fernando de la Mora: Dirección General de Estadística, Encuestas y Censos.

di Leonardo, Micaela. 1987. "The female world of cards and holidays: women, families and the work of kinship", en *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, N° 3, pp. 440-453.

Dobrée, Patricio, González, Myryan y Soto, Clyde. 2015. Perfil de Paraguay con relación al trabajo doméstico de personas migrantes en Argentina, Asunción, Organización Internacional del Trabajo y ONU Mujeres.

Durán Heras, María Ángeles. 2011. El trabajo del cuidado en América Latina y España, Madrid, Fundación Carolina.

Echauri, Carmen y Serafini, Verónica. 2011. Igualdad entre hombres y mujeres en Paraguay: la necesaria conciliación entre familia y trabajo, Santiago, Oficina Internacional del Trabajo.

Escobar, Raquel y Soto, Lilian. 2009. La vida de mujeres paraguayas en el empleo doméstico, Asunción, Centro de Documentación y Estudios.

Esquivel, Valeria. 2011. La economía del cuidado en América Latina. Poniendo a los cuidados en el centro de la agenda, Panamá, Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.

Esquivel, Valeria (Edit.). 2012. La economía feminista desde América Latina. Una hoja de ruta sobre los debates actuales de la región, Santo Domingo, ONU Mujeres.

Esteban, Mari Luz. 2008. "El amor dentro y fuera de Occidente: Determinismos, paradojas y visiones alternativas", en Suarez, Liliana, Martin, Emma y Hernández, Rosalba (Coords.), *Feminismos en la antropología: Nuevas propuestas críticas*, ANKULEGI antropología elkarte, pp. 157-172.

- Esteban, Mari Luz. 2017. "Los cuidados, un concepto central en la teoría feminista: aportaciones, riesgos y diálogos con la antropología", en *Quaderns-e*, N° 22 (2), pp. 33-48.
- Faur, Eleonor. 2014. *El cuidado infantil en el siglo XXI. Mujeres malabaristas en una sociedad desigual*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.
- Garay, Gonzalo. 2013. "El proyecto Franja Costera de Asunción. Crónica de una experiencia", en *Revista de la Cátedra UNESCO sobre Desarrollo Sostenible de la UPV/EHU*, pp. 65-75.
- Guber, Rosana. 2001. *La etnografía. Método, campo y reflexividad*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.
- Gutiérrez, Alicia. 2007. *Pobre', como siempre...*, Córdoba, Ferreyra Editor.
- Hardy, Clarisa. 1987. *Organizarse para vivir. Pobreza urbana y organización popular*. Santiago: Programa de Economía del Trabajo.
- Harris, Olivia y Young, Kate (Comps.). 1979. *Antropología y feminismo*, Barcelona, Editorial Anagrama.
- Harvey, David. 2014. *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*, Buenos Aires, Ediciones Akal.
- Heikel, María Victoria. 2014. *Trabajo doméstico remunerado en Paraguay*. Asunción: Organización Internacional del Trabajo.
- Imas, Víctor. 1993. *La problemática de los asentamientos espontáneos de las zonas inundables de Asunción. Una propuesta de solución*, Asunción, BASE ECTA.
- Imas, Víctor. 2014. *Ejercicio de derechos de seguridad social de las trabajadoras migrantes del servicio doméstico del Paraguay. Una mirada sobre las condiciones socio-laborales desde la perspectiva de las trabajadoras domésticas migrantes a la Argentina*, Asunción, Organización Internacional del Trabajo.

- Lamphere, Louise. 1974. "Strategies, cooperation, and conflict among women in domestic groups", en Rosaldo, Michelle Z. y Lamphere, Louise, *Woman, culture and society*, California, Stanford University Press, pp. 97-112.
- Lehner, Beate, Pilz, Diana y Riquelme, Quintín. 2006. *Redes de reciprocidad en economías campesinas tradicionales*, Asunción, Centro de Documentación y Estudios - Helvetas Paraguay.
- Lomnitz, Larissa. 2003. *Cómo sobreviven los marginados*, México DF, Editorial Siglo XXI.
- López, Verónica, Soto, Lilian y Valiente, Hugo. 2005. *Trabajo doméstico remunerado en Paraguay*, Asunción, Organización Internacional del Trabajo.
- MA (Municipalidad de Asunción). 2016. *Informe de resultados. Censo comunitario en 4 refugios del Centro Municipal N° 10*, [Inédito].
- Malinowski, Bronislaw. 1961. *A scientific theory of culture and other essays*, Nueva York, Oxford University Press.
- Marcus, George y Fischer, Michael. 2000. *La antropología como crítica cultural. Un momento experimental de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Makaran, Gaya. 2013. "La imagen de la mujer en el discurso nacionalista paraguayo", en *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, N° 57, pp. 43-75.
- Mancuello González, Wilma. 2013. *Cantando a la madre: una deconstrucción de la figura materna del nacionalismo paraguayo*, Asunción, Museo Andrés Barbero.
- Martin, Mariluz. 2015. *Sistematización de la respuesta de Unicef a la emergencia por las inundaciones de Asunción*, Asunción, Unicef.
- Mauss, Marcel. 2009. *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en sociedades arcaicas*, Buenos Aires, Katz Editores.

- Mead, Margaret. 1994. *Sexo y temperamento*, Barcelona, Ediciones Altaya.
- Messina, Giuseppe. 2015. *Inserción de trabajadoras domésticas paraguayas a partir de las reformas laborales y migratorias en Argentina*, Buenos Aires, Organización Internacional del Trabajo.
- Montalto G., Belem y Achinelli B., Marcela. 2014. *Situación laboral de las madres solteras, jefas de hogares en condición de pobreza en la zona urbana*, Asunción, Instituto Desarrollo.
- Monte Domeq, Roger et al. 2003. "Paraguay", en Tucci, Carlos y Bertoni, Juan Carlos (Orgs.), *Inundações urbanas na América do Sul*, Porto Alegre, Associação Brasileira de Recursos Hídricos, pp. 325-378.
- Moore, Henrietta. 1991. *Antropología y feminismo*, Madrid, Ediciones Cátedra.
- Morínigo, José. 1998. "Modernización económica y proceso de urbanización", en: Caballero Merlo, José y Céspedes Ruffinelli, Roberto (Comps.), *Realidad social del Paraguay*, Asunción, Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica "Nuestra Señora de la Asunción" (CEADUC) y Centro Interdisciplinario de Derecho Social y Economía Política (CIDSEP), pp. 313-321.
- Morínigo, José y Barrios Federico. 1984. "Crecimiento urbano y pobreza en Asunción", en *Sociedad de Análisis, Estudios y Proyectos (SAEP). Ciudad y vivienda en el Paraguay*, Asunción, Sociedad de Análisis, Estudios y Proyectos, pp. 110-148.
- Narotsky, Susana. 2001. "El afecto y el trabajo: la nueva economía, entre la reciprocidad y el capital social", en Archipiélago, *Cuadernos de Crítica de la Cultura*, N° 48, pp. 73-77.
- Narotsky, Susana. 2005. "La renta del afecto: ideología y reproducción social en el cuidado de los viejos", en Moreno Feliu, Paz (Comp.) *Entre las gracias y el molino satánico: Lecturas de antropología económica*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, pp. 321-336.

- Ocampos, Genoveva. 1992. *Mujeres campesinas y estrategias de vida*, Asunción, RP Ediciones - Base ECTA.
- OPS-OMS (Organización Panamericana de la Salud - Organización Mundial de la Salud). 2015. Informe de situación en salud - OPS/OMS (SITREP N° 3), en [http://www.paho.org/disasters/index.php?option=com\\_docman&task=doc\\_download&gid=2406&Itemid=&lang=en](http://www.paho.org/disasters/index.php?option=com_docman&task=doc_download&gid=2406&Itemid=&lang=en) (Consultado el 18 de enero de 2016).
- Ortner, Sherry. 1979. “¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?”, en Harris, Olivia y Young, Kate (Comps.), *Antropología y feminismo*, Barcelona, Editorial Anagrama, pp. 109-132.
- Pautassi, Laura. 2010. “Cuidado y derechos: la nueva cuestión social”, en Montaña V., Sonia y Calderón M., Coral (Coords.), *El cuidado en acción. Entre el derecho y el trabajo*, Santiago, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, pp. 69-92.
- Pérez Orozco, Amaia. 2014. *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*, Madrid, Traficante de Sueños.
- Potthast, Barbara. 2011. ¿”Paraíso de Mahoma” o “País de las mujeres”? El rol de la familia en la sociedad paraguaya del Siglo XIX, Asunción, Fausto Ediciones.
- Radovich, Juan Carlos. 2006. “El estudio de los sistemas de parentesco en la antropología clásica: Lewis Morgan, Alfred R. Radcliffe-Brown y Claude Lévi-Strauss”, en Balazote, Alejandro, Ramos, Mariano y Valverde, Sebastián (Coords.), *La antropología y el estudio de la cultura: fundamentos y antecedentes*, Buenos Aires, Biblos, pp. 79-88.
- Rodríguez Enriquez, Corina. 2007. “Economía del cuidado, equidad de género y nuevo orden económico internacional”, en Girón, Alicia y Correa, Eugenia (Comps.), *Del Sur hacia el Norte: Economía política del orden económico internacional emergente*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 229-240.

- Rodríguez, Dinah y Cooper, Jennifer (Comps.). 2005. El debate sobre el trabajo doméstico. Antología, México DF, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.
- Rojas, Luis. 2013. "Los caminos de la pobreza. Evidencias en el caso del Bañado Sur en la periferia de Asunción", en: Aguirre, Andrea et al., La construcción social de la pobreza en América Latina y el Caribe. Perspectivas, alternativas y críticas, Buenos Aires, CLACSO, pp. 189-220.
- Román, María Lis. y Soto, Clyde. 1996. "Trabajo doméstico de las mujeres", en Coordinadora de Derechos Humanos del Paraguay (Edit.) Derechos humanos en Paraguay 1996, Asunción, Coordinadora de Derechos Humanos del Paraguay, pp. 135-153.
- Rosaldo, Michelle. 1979. "Mujer, cultura y sociedad: una visión teórica", en Harris, Olivia y Young, Kate (Comps.), Antropología y feminismo, Barcelona, Editorial Anagrama, pp. 153-180.
- Rubin, Gayle. 1996. "El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo", en Lamas, Marta, El género: La construcción cultural de la diferencia sexual, México DF, Programa Universitario de Estudios de Género - Miguel Ángel Porrúa, pp. 35-96.
- Sanchis, Norma y Rodríguez E., Corina. 2011. Cadenas globales de cuidados: el papel de las migrantes paraguayas en la provisión de cuidados en Argentina, Santo Domingo, ONU Mujeres.
- Sautu, Ruth *et al.* 2006. Manual de metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Salles, Vania. 1991. "Cuando hablamos de familia, ¿de qué familia estamos hablando", en Nueva Antropología. Revista de ciencias sociales, N°39, Vol. 11, pp. 57-87.
- Schneider, David. 1984. A critique of the study of kinship, University of Michigan.

- Sennett, Richard. 2002. *El artesano*, Barcelona, Editorial Anagrama.
- Serafini, Verónica. 2008. *La liberalización económica en Paraguay y su efecto sobre las mujeres*, Buenos Aires, CLACSO.
- Serafini, Verónica. 2014. “Políticas de combate a la pobreza y su impacto en la igualdad de género”, en: CFEMEA (Edit.), *Una análise feminista sobre políticas de combate à pobreza no Brasil, Paraguai e Uruguai*, Brasilia, CFEMEA, pp. 97-149.
- Serafini, Verónica. 2015. *Pobreza, oportunidades económicas desiguales y género. Hipótesis para la discusión*, Asunción, ONU Mujeres - PNUD.
- Soto, Clyde. 2009. “Marcas culturales para las mujeres en la sociedad paraguaya”, ponencia presentada en el Primer Foro Internacional del Bicentenario, Asunción, 6 y 7 de agosto de 2009.
- Shiva, Vandana. 1995. *Abrazar la vida: Mujer, ecología y desarrollo*, Madrid, Horas y Horas.
- Spicker, Paul. 2009. “Definiciones de pobreza: Doce grupos de significados”, en Spicker, Paul, Álvarez L., Sonia, y Gordon, David (Edits.), *Pobreza. Un glosario internacional*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 291-306.
- Soto, Clyde, González, Myrian y Dobrée, Patricio. 2012. *La migración femenina paraguaya en las cadenas globales de cuidados en Argentina. Transferencias de cuidados y desigualdades de género*, Santo Domingo, ONU Mujeres.
- Soto, Lilian, Escobar, Arístides y Escobar, Raquel. 2007. *Invertir en la familia. Las voces del TID: develando injusticias desde otro tiempo cultural. Estudio sobre factores preventivos y de vulnerabilidad al trabajo infantil doméstico en las familias rurales y urbanas de Paraguay*, Asunción, Oficina Internacional del Trabajo.
- Sousa Santos, Boaventura. 2010. “Desigualdad, exclusión y globalización: hacia la construcción multicultural de la igualdad y la diferen-

cia”, en: Caicedo Tapia, Danilo y Porras Velasco, Angélica (Edits.), *Igualdad y no discriminación*, Quito, Ministerio de Justicia, Derechos Humanos y Culto, pp. 3-51.

STP a (Secretaría Técnica de Planificación). 2016. Diagnóstico territorial asentamiento de Bañado Sta. Ana, Asunción, Programas Sembrando Oportunidades y Arovia de la Secretaría Técnica de Planificación, [Inédito].

STP b (Secretaría Técnica de Planificación). 2016. Diagnóstico territorial asentamiento de Bañado Tacumbú, Asunción, Programas Sembrando Oportunidades y Arovia de la Secretaría Técnica de Planificación, [Inédito].

Suárez, Francisco y Rabey, Mario. 1997. “El río y la ciudad: Asentamientos marginales ribereños en Asunción del Paraguay”, en *Revista Paraguaya de Sociología*, Vol. 34, pp. 132-146.

Techo a. 2016. Informe de diagnóstico participativo comunitario. El Porvenir (Bañado Sur), Asunción, Techo. Un techo para mi país, [Inédito].

Techo b. 2016. Informe de diagnóstico participativo comunitario. San Blas, Asunción, Techo. Un techo para mi país, [Inédito].

Thomas, Carol. 2011. “Deconstruyendo los conceptos de cuidados”, en Carrasco, Cristina, Borderías, Cristina y Torns, Teresa (Edits.). 2011. *El trabajo de cuidados. Historia, teorías y políticas*, Madrid, Los libros de la catarata, pp. 145-176.

Torns, Teresa. 2008. “El trabajo y el cuidado: cuestiones teórico metodológicas desde la perspectiva de género”, *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, N° 15, pp. 53-73.

Tronto, Joan. 2005. “Cuando la ciudadanía se cuida: una paradoja neoliberal del bienestar y la desigualdad”, en *Congreso Internacional Sare 2004 ¿Hacia qué modelo de ciudadanía?*, Vitoria-Gasteiz, EMAKUNDE / Instituto Vasco de la Mujer, pp. 231-253.

- Valiente, Hugo. 2010. Regímenes jurídicos sobre trabajo doméstico remunerado en los Estados del Mercosur. Edición revisada y ampliada, Montevideo, Cotidiano Mujer.
- Váscones, Alison. 2012. “Reflexiones sobre economía feminista, enfoques de análisis y metodologías: Aplicaciones relevantes para América Latina”, en Esquivel, Valeria (2012), *La economía feminista en América Latina. Una hoja de ruta sobre los debates en la región*, Santo Domingo, ONU Mujeres, pp. 98-140.
- Vázquez, Fabricio. 2013. “Ciudades intermedias y sustentabilidad urbana en Paraguay” en Dane, Félix, *El desafío del desarrollo sustentable en América Latina*, Río de Janeiro, Konrad-Adenauer-Stiftung, pp. 223-243.
- Vélez Ibáñez, Carlos. 1983. *Rituals of marginality. politics, process and culture change in central urban México*, Berkeley, University of California Press.
- Zalazar, Raquel. 2009. El parentesco ritual: el compadrazgo en Paraguay, en <https://antropologia.wordpress.com/2009/03/28/el-parentesco-ritual-el-compadrazgo-en-el-paraguay/> (Consultado el 16 de junio de 2017).